

ROBERT LESLIE BELLEM

Las estrellas mueren de noche

y otros casos de Dan Turner, detective de Hollywood



Annotation

Invitamos al lector a penetrar en el delirante universo del Hollywood pulp del detective privado Dan Turner, creado por Robert Leslie Bellem. Un viaje en el tiempo, sin pretensiones ni excusas, a un mundo más simple, donde todos los detectives son duros e ingeniosos (aunque les lluevan las palizas), todas las chicas guapas y fáciles (aunque puedan matarte), todos los polis torpes, y donde el crimen siempre paga –aunque no siempre las cosas salgan bien para los inocentes: eso es el hardboiled–. Un universo amarillento y desvaído por el paso de los años, que, sin embargo, reaparece lleno de frescura y en el que los diálogos siempre chispean, las pistolas ladran plomo, los coches corren a velocidad de vértigo y el alcohol a raudales. Es decir: el antídoto perfecto para recuperar el sentido de la maravilla, el entretenimiento y la esencia

- [LAS ESTRELLAS MUEREN DE NOCHE](#)
- [RESEÑA](#)
- [Hollywood Confidencial](#)
- [El brillante halo de la muerte](#)
- [Más allá de la Justicia](#)
- [El caso del horóscopo](#)
- [LA MALDAD DEL MONSTRUO](#)
- [LAS ESTRELLAS MUEREN DE NOCHE](#)
- [notes](#)
 -
 -
 -
 -
 -

LAS ESTRELLAS MUEREN DE NOCHE

Y OTROS CASOS DE DAN TURNER, DETECTIVE DE HOLLYWOOD

Robert Leslie Bellem



El Club Diógenes
VALDEMAR
2011

Dirección Literaria:
Rafael Díaz Santander Juan Luis González Caballero

Ilustración de cubierta:
©Norman Saunders: Ten Story Detective, 1938

1 * EDICIÓN: SEPTIEMBRE DE 2011
© Robert Leslie Bellem
© DE LA TRADUCCIÓN: MARTA LILA MURILLO
© DE la INTRODUCCIÓN: JESÚS PALACIOS
© DE ESTA EDICIÓN: VALDEMAR [ENOKIA S.L.]
Corrección de pruebas: Ana García de Polavieja Embid
IMPRESIÓN: RIGORMA
Encuadernación: Huertas

ISBN: 978-84-7702-702-7
Depósito Legal: M-28.111-2011

OceanofPDF.com

RESEÑA

Invitamos al lector a penetrar en el delirante universo del Hollywood pulp del detective privado Dan Turner, creado por Robert Leslie Bellem. Un viaje en el tiempo, sin pretensiones ni excusas, a un mundo más simple, donde todos los detectives son duros e ingeniosos (aunque les lluevan las palizas), todas las chicas guapas y fáciles (aunque puedan matarte), todos los polis torpes, y donde el crimen siempre paga —aunque no siempre las cosas salgan bien para los inocentes: eso es el *hardboiled*—. Un universo amarillento y desvaído por el paso de los años, que, sin embargo, reaparece lleno de frescura y en el que los diálogos siempre chispean, las pistolas ladran plomo, los coches corren a velocidad de vértigo y el alcohol a raudales. Es decir: el antídoto perfecto para recuperar el sentido de la maravilla, el entretenimiento y la esencia netamente pulp de una literatura que nació en aquellas absurdas y baratas páginas amarillas destinadas al consumo de las masas «incultas». Hoy, paradójicamente, puede que no haya ejercicio tan exquisitamente sofisticado y perverso como, precisamente, disfrutar del regusto camp, políticamente incorrecto y kitsch, dé las aventuras de Dan Turner, el detective de Hollywood.

OceanofPDF.com

Hollywood Confidencial

Los increíbles casos de Dan Turner, el detective de Hollywood

Actrices secuestradas para la trata de blancas cuyas cabezas saltan cercenadas cuando intentan escapar, reinas de la belleza fulminantemente asesinadas por el mismo premio que recogen en sus brazos desnudos, estrellas del cine de terror que creen estar convirtiéndose en los monstruos que interpretan en pantalla, planes para matar a nuestro enemigo desde más allá de la tumba, fracasados actores de Serie B que dirigen siniestras organizaciones criminales... ¡Bienvenidos a Hollywood! Pero el Hollywood de la más delirante y pura pulp fiction, el de un tipo llamado Dan Turner, que, sin duda, haría palidecer de bochorno a colegas como Sam Spade o Philip Marlowe, quienes se apartarían de su lado, profundamente disgustados por tener que reconocer que se dedican al mismo negocio.

Porque, ciertamente, Dan Turner, el detective de Hollywood, es la vergüenza de su profesión. Uno de esos prívate eyes que proliferaron no en las prestigiosas páginas de Black Mask, el rey de los pulps de crimen y misterio, donde vio la luz la novela negra moderna, sino en las de otras publicaciones mucho menos alabadas por la crítica: los Spicy Pulps, es decir, los pulps «picantes», donde todos los géneros y temáticas propios de la literatura popular —ciencia ficción, aventura, western, crimen, terror, romance, deporte...— se teñían de verde para ofrecernos su (perversión netamente sexy y bien subida de tono. El pulp sicalíptico, que hubieran podido decir sus colegas de la bohemia española y madrileña. Aquí fue donde nació Dan Turner, en las páginas del número dos de Spicy Detective —Detective picante, no se olvide—, de junio de 1934... Había nacido también un mito de la edad dorada del pulp, cuyas aventuras (¡¡¡alrededor de trescientas...!!!) seguirían publicándose en esta revista hasta 1943, cuando la misma cambió su nombre por el de Speed Detective, disminuyendo su contenido sexual ante la presión de la censura y la debacle de los pulps eróticos y sangrientos. Dan Turner se amoldó rápidamente y

siguió resolviendo crímenes en el «nuevo» magazine hasta su definitiva desaparición en febrero de 1947. Entre tanto, su popularidad había crecido de tal forma que, desde enero de 1942, tenía su propia publicación: *Hollywood Detective*, que duraría ni más ni menos que hasta octubre de 1950, cuando la bancarrota de la industria pulp era ya irreversible, y su mundo delirante pasaría directamente al universo del libro de bolsillo —los pocket books— y los cómics, dando lugar a una nueva etapa en la larga, infame y fundamental historia de la literatura popular. A lo largo de esos años, Dan Turner se había erigido en todo un modelo —no precisamente moral, claro— del género *hardboiled*, llevado a la pantalla en 1947 por Lesley Selander en *Blackmail*, una genuina Serie B producida por Republic, que goza de la fama de ser considerada una de las peores películas de detective privado duro en la historia del cine negro. También había sido convertido en personaje de cómic, primero por Max Plaisted en una serie de tiras que aparecían en el propio *Hollywood Detective Magazine*, y más tarde por el memorable Adolphe Barreux, con guiones del propio creador del personaje, Robert Leslie Bellem.

Algo habrá que decir acerca de este tipo, claro. ROBERT LESLIE BELLEM (1894 ó 1902—1968) es uno de esos miembros de la fauna pulp que no dejan de asombrar a quienes penetran en sus territorios agrestes y salvajes. Antes de convertirse en fecundo autor para las amarillentas páginas de estas publicaciones, había trabajado como periodista, locutor radiofónico —de anuncios comerciales— y, no sin provecho, extra cinematográfico. Cuando se transformó en escritor de pulp, se convirtió también en uno de los más rápidos y prolíficos de un negocio donde un hombre valía lo que la velocidad de sus dedos frente a la máquina de escribir, y existían competidores tan salvajes en liza como Hugh B. Cave —que escribió unos ochocientos relatos sólo en la década de los 30—; Arthur J. Burks —del que se afirmaba que podía escribir entre uno y dos millones de palabras al año—; el también periodista y editor Norvell W. Page, que comenzó escribiendo westerns y no contento con convertirse en autor de decenas de aventuras del héroe vigilante «The Spider» bajo el seudónimo de Grant Stockbridge, creó además héroes de ciencia ficción, espada y brujería, y al detective *hardboiled* Bill Cáster, también para las páginas de

Spicy Detective Stories—, el infatigable Lester Dent, que escribió en menos de veinte años más de ciento cincuenta novelas del célebre «Doc Savage», con el nombre de marca de Kenneth Robeson, creando todo un «modelo maestro» de cómo escribir pulp fiction, conocido como «La Fórmula Lester Dent», pero a quien se le acredita también como uno de los creadores del genuino estilo Black Mask, con dos historias de detectives: “Sail” y “Angelfish”, publicadas en 1936. O los más famosos E. Hoffman Price y L. Ron Hubbard, que entre cientos y cientos de páginas publicadas encontraron tiempo para convertirse en orientalistas y aprender chino, el primero, e inventar la Dianética y fundar la Iglesia de la Cienciología, el segundo.

Nuestro hombre no les iba a la zaga. Se calcula que en su momento de mayor esplendor no escribía menos de un millón de palabras anuales y, lo que es más sorprendente, vendiendo todas y cada una de ellas. Una estimación prudente de la obra de Bellem nos da una cifra aproximada de unas tres mil historias para pulps, dos novelas y más de sesenta guiones de cómic. Naturalmente, utilizó múltiples seudónimos —entre ellos Ellery Watson Calder (sin comentarios), John A. Saxon, Harley L. Court, Anthony Gordon, Jerome Severs Perry o Franklin Charles (este último para escribir en colaboración con el autor de novela negra Cleve F. Adams)—, y también creó otros personajes, detectives como Nick Ransom, Cliff Downey y Duke Pizzatello, de los cuales sólo el primero tuvo cierto éxito, aunque sin hacer sombra ni por un momento al gran Dan Turner.

En cualquier caso, el coto de caza favorito, ya que no privado, de Bellem fueron los ya citados Spicy Pulps, que editaba en su mayoría la Culture Publications (¡qué deliciosamente irónico nombre!): Spicy Detective, Spicy Adventure, Spicy Western y, muy especialmente, Spicy Mystery, uno de los más populares Weird Menace Pulps, donde la violencia y la sangre no desmerecían del contenido erótico, sino más bien al contrario. De hecho, nuestro autor fue también habitual de este género¹, publicando con regularidad en Mystery Tales, Detective Stories y otras truculentas revistas por el estilo, aunque su éxito y asiduidad en las páginas «picantes» acabó por ganarle el mote de «el Shakespeare de los Spicy Pulps». Cuando el mercado del papel amarillo se vino completamente abajo, Bellem no tuvo problema alguno para integrarse en la nómina de escritores que invadieron las series de televisión, pasando a trabajar en

shows tan famosos como El Llanero Solitario, Las aventuras de Superman (el serial catódico de los años 50), Perry Masón, etcétera, etcétera.

Pero su verdadera inmortalidad se la debe, desde luego, a Dan Turner. Aunque pertenece al universo secreto de la peor y más barata pulp fiction, aquella que rara vez llega en forma de libro a las estanterías de bibliotecas y librerías, la que se resiste incombustiblemente a la dignificación cultural, que tantas veces se apropia de la literatura de género —tantas veces desvirtuándola y privándola de atractivo—, formando en las filas del más genuino subproletariado de la novela popular que imaginarse pueda², lo cierto es que el detective de Hollywood ha seguido presente en series de cómic modernas —como la que le dedicara Eternity Comics, en 1991, con una miniserie de cuatro números, con guiones de John Wooley basados en historias originales de Bellem, y arte de Kevin Turna y Gary Dumm—, en reediciones hechas por aficionados impenitentes, y hasta en un largometraje para televisión, *The Raven Red Kiss—Off* (1990), dirigido por Christopher Lewis, con Marc —«V»— Singer en el papel del detective, y escrito también por John Wooley —se nota que es un fan, ¿no?—, que pasó, eso sí, sin pena ni gloria, además de numerosas páginas webs dedicadas al personaje en los últimos años. Para llegar ahora a este pequeño librito que el lector tiene entre sus manos, a punto de llenarse de sangre y restos de pólvora, primera edición, que yo sepa, del personaje en nuestro país.

¿Cuál es el motivo de esta inmortalidad? Muy sencillo: Dan Turner es irresistible e irresistiblemente divertido. Resulta difícil, si no imposible (como muy bien argumenta el experto en pulp Kevin Burton Smith³), saber si Bellem era consciente o no de estar llevando los tópicos del género *hardboiled*, en realidad todavía de reciente invención, hasta extremos prácticamente autoparódicos. Yo me inclino a creer que sí. Al contrario de Hammett o, sobre todo, Chandler, que se preocupaban seriamente por el hecho de estar creando una nueva dirección en la literatura policíaca y criminal, y se planteaban toda suerte de serias disquisiciones tanto éticas como estilísticas, Bellem escribe para el más directo consumo y en las páginas de los más abyectos pulps. Ello le sirve, precisamente, para poder actuar con total libertad y radicalizar de forma salvajemente frívola los aspectos más característicos ya de la serie negra, en concreto aquellos ligados al personaje del detective, el *prívate eye*, duro, violento y cínico.

Dan Turner es más duro que el turrón de Alicante, bebe tal cantidad de alcohol —esencialmente whisky Vat 69— que podríamos rebautizarlo Dan

Esponja, su dedo es más rápido que el gatillo de cualquier villano; su cerebro, a pesar de los resacaes de órdago, es ágil como una pantera, y todas las chicas caen rendidas en sus brazos. ¡Y qué chicas! No olvidemos que la mayoría de las aventuras de Dan Turner se escribieron para los rijosos Spicy Pulps. No hay mujeres feas en el mundo de Dan Turner: rubias, morenas, pelirrojas, delgadas, entraditas en carnes, maduras, jovencitas, debutantes, estrellas de cine, esposas engalladas... Da igual. Todas son bombones ligeros de ropa, todas son explosivas, y todas pueden —y deben— acabar haciendo el amor con el detective de Hollywood, que deja a 007 a la altura de un maduro galán achacoso. Es decir, Dan Turner es el pluscuamperfecto detective hardboiled, hasta un grado tan exacerbado que no puede resultar sino paródico e inevitablemente divertido, como sólo ha llegado a serlo después el Mike Hammer televisivo interpretado por Stacy Keach, en los primeros años 80. En más de un sentido, Bellem se adelantó en su cinismo galopante, excesos autorreferenciales y efectos paródicos a la novela negra americana —y el cine— de los 50 y 60, que con escritores como Richard S. Prather y su detective Shell Scott; Marvin H. Albert y su Pete Sawyer; John D. MacDonald y su Travis McGee, o Donald Westlake y su desastroso ladrón Dortmund, llevaron el hardboiled a humor o a la inversa. Al igual que filmes como Harper, investigador privado (Harper; Jack Smight, 1966), Hampa dorada (Tony Rome, Gordon Douglas, 1967), Marlowe, detective muy privado (Marlowe, Paul Bogart, 1969), Más oscuro que el ámbar (Darker than Amber, Robert Clouse, 1970), Un diamante al rojo vivo (The Hot Rock, Peter Yates, 1972) o Shamus (Buzz Kulik, 1973), hacían lo propio, usando a estos escritores y otros como base literaria o proponiendo una relectura irónica de los clásicos del género.

Y luego están los argumentos. Puro serial. Si todavía Hammett tiene algunos elementos propios del folletín y la novela de misterio por entregas —el maleficio familiar y la sociedad secreta de La maldición de los Dain, la misteriosa y exótica estatuilla de El Halcón Maltés, etcétera—, Bellem, encallecido en las sangrientas y delirantes arenas del Menace Pulp, es capaz de, en apenas veinte páginas, poner en danza rayos diabólicos, tratantes de blancas, inverosímiles complots para eliminar a la competencia en un concurso de belleza, criminales enmascarados, traiciones, persecuciones en coche y tiroteos, apenas interrumpidos para dejar espacio a la pasión más (discretamente, es sólo spicy no porno) desatada, y finalizar con una

explicación aturullada perfectamente acorde con el resto del delirio precedente. Generalmente, ante la sorpresa del Teniente de Homicidios Dave Donaldson, experto en equivocarse de culpable para mayor gloria de su, al parecer, amigo Dan Turner.

Otro buen motivo para rescatar las aventuras del detective creado por Bellem, y no poco importante, es su escenario: el Hollywood de los años 30 y 40,» que el autor conocía de sobra, entre otras cosas gracias a sus trabajos anteriores como reportero y actor de reparto. Dan Turner es el tipo al que hay que acudir si trabajas en el show business y tienes un problema. Especialmente, si el problema es que quieren apiolarte. Que tus socios, esposa o novia te traicionan —o tú a ellos—, que estás siendo chantajeado por algún viejo amigo, enemigo o por alguna amante despechada. Si eres productor o director y tu estrella está bajo sospecha, ha desaparecido o, peor, ha aparecido más fría que un rosbif. Los relatos de Bellem están llenos de guiños para los lectores de la época, habituados a los chismes de Hollywood y sus estrellas. En varios de los aquí reunidos, quien esté familiarizado con aquel viejo Hollywood Babilonia de la Era Dorada reconocerá alusiones a los típicos astrólogos de Tinseltown, estilo Cheiro o Criswell (“El caso del horóscopo”), a estrellas de la época como Nancy Carroll (“Las estrellas mueren de noche”) o Bela Lugosi (“La maldad del monstruo”), y a las reinas del chismorreó cinematográfico en la prensa, como Louella Parsons o Hedda Hopper (“El caso del horóscopo”), entre otras muchas posiblemente imposibles de descifrar para nosotros, pero quizá obvias en su día. Estamos en un Hollywood tan exagerado como el propio Turner, donde todo son celos mortales, pasiones prohibidas, complots maquiavélicos, chantajes, estrellas sin escrúpulos y toda suerte de productores, directores, especialistas, actores de segunda y actrices con cuerpos de primera, que se engañan, traicionan y asesinan constante y conspicuamente entre sí. De cada uno de los relatos aquí incluidos, James Elroy podría sacar el argumento para una de sus novelas de quinientas páginas... Probablemente sin que el resultado fuera mucho mejor, lo cual dice algo de las virtudes del viejo formato pulp.

Pero, finalmente, lo que ha permitido que este detective de cuarta categoría (regional: Hollywood) perdure y tenga una legión de fieles admiradores es el estilo desenfadado y lleno de inventiva del propio Bellem. En efecto, sin importarle demasiado la verosimilitud de los casos y mucho menos la profundidad psicológica (esto es crimen pulp, amigos, si

queréis del otro, para eso está Dostoyevsky, que lo hacía mucho mejor que los suecos, por cierto), el creador de Dan Turner pone todo su genio e ingenio a la hora de llevar también el lenguaje típico del *hardboiled* hasta terrenos que ningún ser humano había pisado jamás. Escritos en la sempiterna primera persona de todo detective noir que se precie de serlo, los casos de Bellem son auténticos *casus linguae*, donde este hace un empleo del *slang*—el argot, para los afrancesados— tan ingenioso como imparable. Es el reino absoluto de la metáfora chusca, porque para Turner/Bellem nada es tan simple como una chica, un asesinato, un cadáver o una pistola. Para describir su trabajo como investigador puede desde inventar un nuevo verbo —«detectiveo»— hasta decantarse por los más típicos y habituales epítetos de «husmeabraguetas», «husmeabragas» o «hurón privado». Una chica nunca es (sólo) una chica, sino una «palomita», «muñequita», «bombón de cañón doble», «monada rubia», «frau», «pastelito» o «gatita», entre otros sustantivos que llevan incluido el adjetivo en sí mismos. Las casas, propias o ajenas, son «chozas», «madrigueras», «covachas» o «iglús». El whisky es «el elixir de las Tierras Altas» o «la medicina de las Tierras Altas». Los pechos de una muchacha pueden ser «pulgas juguetonas», y el puñetazo de un gorila un «torpedo peludo». Estar sobrio es también estar «dolorosamente sobrio», pero estar muerto es lo mejor, porque suele consistir en estar «más muerto que un huevo frito» o «tan muerto como los bonos de guerra Confederados». Fumar es «encender otro clavo más para mi ataúd». Constantemente, Turner nos da pruebas de una sabiduría callejera tan milenaria y eficaz como los proverbios chinos de Charlie Chan, por ejemplo, esta joya: «que una gata incuba sus crías en un horno no las convierte en galletas». Un absoluto chorreo de frases chispeantes, adjetivos rebuscados, símiles absurdos, palabras callejeras improbables e imposibles, unas cuantas de invención propia, que a veces parecen dignas de los Hermanos Marx. Fue este estilo disparatado, rápido y felizmente desprejuiciado el que ganó a Bellem la admiración del gran humorista S. J. Perelman —guionista, precisamente, de algunas de las mejores películas de los Marx—, columnista habitual del *New Yorker* y descubridor, por ejemplo, de la novela *Trampa 22* de Joseph Heller, hoy todo un clásico, que hubiera pasado desapercibida de no ser por sus comentarios sobre el libro. Perelman, admirado por Maugham, T. S. Eliot y Woody Allen, en una de sus piezas para el *New Yorker*, “Somewhere a Roscoe”, cariñosa sátira del género pulp, alabó a Bellem y su estilo,

calificando a Dan Turner como «la apoteosis de todos los detectives privados... salido de un cruce entre Ma Barker y el Sam Spade de Dashiell Hammett». Algunos han comparado el uso del slang y el sentido del humor de Bellem, en sus historias del detective de Hollywood, con un Damon Runyon en clave menor⁴.

Sin más preámbulos —abróchense los cinturones: esta va a ser una lectura movidita—, invito ya al lector a penetrar en el delirante universo del Hollywood pulp de Dan Turner y Robert Leslie Bellem. Un viaje en el tiempo, sin pretensiones ni excusas, a un mundo más simple, donde todos los detectives son duros e ingeniosos (aunque les lluevan las palizas), todas las chicas guapas y fáciles (aunque puedan matarte), todos los polis torpes, y donde el crimen siempre paga —aunque no siempre las cosas salgan bien para los inocentes: eso es el *hardboiled*, oigan—. Un universo amarillento y desvaído por el paso de los años, que, sin embargo, reaparece lleno de frescura y en el que los diálogos siempre chispean, las pistolas ladran plomo, los coches corren a velocidad de vértigo —unos sesenta kilómetros por hora de entonces— y el alcohol a raudales.

Les propongo el regreso a un noir esencialmente divertido, formato relato corto, en un momento en el que para escribir novela negra parece que hay que rellenar, por fuerza, quinientas páginas con dramas personales, desgracias familiares y tristezas sociales y psicológicas ad infinitum (y adnauseam), bajo la triste lluvia de sórdidas y aburridas ciudades escandinavas —cuando no aparecen autores americanos capaces de convertir a nuestros viejos detectives o duros polis en hermanitas de la caridad políticamente correctas—, para hacer pasar el género por buena literatura (sí, «buena» la han hecho...). Es decir: el antídoto perfecto para recuperar el sentido de la maravilla, el entretenimiento y la esencia netamente pulp de una literatura que, al fin y al cabo, nació en aquellas absurdas y baratas páginas amarillas destinadas al consumo de las masas «incultas». Hoy, paradójicamente, puede que no haya ejercicio tan exquisitamente sofisticado y perverso como, precisamente, disfrutar del regusto camp, políticamente incorrecto y kitsch, de las aventuras de Dan Turner, el detective de Hollywood.

P. D.: Estos son sólo cinco relatos escogidos de entre lo mejor y más representativo del personaje, que se ofrecen al lector ordenados cronológicamente, indicando la revista de procedencia original, para que

pueda apreciarse la evolución de este y del estilo de su autor —cómo pasa de unos inicios netamente Spicy, con toques de serial y genuino gore al estilo Menace Pulp, a una cada vez mayor prestidigitación lingüística, disminución del sexo y la sangre, mayor elaboración en las tramas y aumento del humor, en vena también cada vez más hardboiled—Pero como se dijo más arriba, existen unas trescientas historias de Dan Turner... Así que, ya saben, si quieren que vuelva, no tienen más que decirlo y sus deseos —y los míos— se harán realidad, y les aseguro que nuestros editores se volverán tan locos como unas maracas.

Jesús Palacios
Gijón, 23 de junio de 2011

OceanofPDF.com

El brillante halo de la muerte

Estaba lloviendo y tenía prisa. Me encontraba dentro de mi cupé, a punto de salir pitando, cuando Sammy Weissmann saltó sobre el estribo del auto e introdujo la cabeza en el interior.

No me gustaba Sammy Weissmann. Era gordo, era grasiento, y olía a ajo. En otros tiempos fue uno de los más reputados agentes de Hollywood; había llevado los contratos de muchísimas estrellas y aspirantes a estrellas. Pero en los últimos meses había sufrido varios reveses. En ese momento, apesándome toda la jeta con su aliento a ajo, me dijo:

—Escucha, Dan Turner. Te daré cien ñapos si me encuentras a Lorna McFee.

Negué con la cabeza y dije:

—Ni hablar, Sammy. Me voy a tomar unas vacaciones del detectiveo.

—Pero, maldita sea, hombre —dijo Sammy—. ¡Tienes que ayudarme a encontrarla! ¡La necesito! Los estudios N—D—N quieren darle un papel de categoría. Y eso significa pasta en mi bolsillo... ¡Y sólo Dios sabe lo bien que me vendría ese dinero! ¡Pero Lorna McFee ha desaparecido de la faz de la tierra!

—Probablemente aparezca dentro de uno o dos días —le dije—. Quizás está por ahí de juerga. Dale tiempo para que se le pase la curda.

—¡Sabes perfectamente que Lorna McFee no es de ese tipo de chicas! —me miró indignado.

De hecho, tenía razón. Lorna McFee era una preciosa morenita que había comenzado hacía poco a labrarse una reputación en el mundo del cine. No había ni un solo rastro de escándalo en su vida privada. No bebía, ni fumaba, ni salía por ahí en actitudes promiscuas. Pero, ¡demonios!, intentar encontrar a una chica desaparecida en Hollywood es una labor tan ardua como intentar encontrar una gota de mantequilla en una olla de grasa hirviendo.

Varias actrices de turbias producciones habían desaparecido recientemente, y para mí Lorna no era más que otro nombre añadido a la lista. Además, Sammy Weissmann tan sólo me había ofrecido cien machacantes. No era suficiente... Y sabía que no podía pagarme más.

Así pues, metí la marcha atrás y revolucioné el motor.

—Lo siento, Sammy—dije—. Nos vemos.

Tuvo que saltar a toda prisa del estribo para evitar que los pantalones se le quedaran enganchados en el guardabarros del coche aparcado junto al mío. Le oí gritar.

—Maldito seas, Turner... ¡te haré pagar por esto! —sonaba tremendamente enojado. En cualquier caso, solía estar siempre de muy mal genio.

Me dirigí a Santa Mónica Boulevard entre el tráfico vespertino. Me disponía a pasar una velada con Jeff Truman, la vieja gloria de las películas del Oeste. De vez en cuando Jeff y yo nos reuníamos para nuestra pequeña celebración escocesa. Me gustaba beber con él porque su capacidad era similar a la mía. Normalmente ambos perdíamos el sentido al mismo tiempo, y así ninguno de los dos tenía que quedarse despierto y escuchar al otro roncar.

Jeff Truman tenía una casa en la playa, en una zona aislada al otro lado de los Pacific Pallisades, donde residía todo el año. No había participado en ninguna película desde hacía mucho tiempo. Tenía fama de ser problemático con los contratos y todos los estudios lo tenían vetado. Lo cual me parecía una verdadera pena, porque Jeff sabía cabalgar, disparar y actuar bastante mejor que los nuevos guaperas del celuloide.

Finalmente llegué a la ciudad de Santa Mónica y me dirigí a la autopista de la costa. Y entonces comenzaron a ocurrir cosas...

Siendo detective privado en Hollywood, he tenido ocasión de oír historias sobre nudistas y he visto a muchos de esos colgados. Pero los nudistas normalmente se desnudan en el cálido verano. No es habitual que vayan corriendo por la arena de una playa desierta empapada por la lluvia y a mediados de diciembre, y sin una sola prenda de vestir. Ni siquiera en Baja California. El mes de diciembre puede ser condenadamente frío aquí.

Por lo tanto, deduje que la señorita que se acercaba corriendo totalmente desnuda a través del tormentoso crepúsculo debía de haberse escapado de algún manicomio.

Sin embargo, no tenía la expresión de estar pirada. Sólo parecía estar totalmente aterrorizada. A medida que se acercaba pude distinguir que se trataba de una china o una japonesa... en cualquier caso, algún tipo de asiática. Era joven y muy bonita. Sus redondos y pequeños pechos eran

demasiado sólidos para saltar a pesar de lo mucho que corría; y su cuerpo de color marfil era delgado, pero sin resultar escuálido.

No llevaba encima ni una maldita cosa excepto una especie de collar plateado. Y un collar no resulta de mucho abrigo cuando el termómetro baja a dos grados y de las nubes cae la lluvia a cántaros sobre la extensa superficie de la creación.

Pisé el freno y eché un vistazo a la chica. No es muy habitual ver a mujeres orientales desnudas corriendo por las playas, y además yo soy de naturaleza curiosa. El cabello negro y mojado de la dama de ojos almendrados flotaba tras ella como un banderín negro; cuando me vio dentro del coche dejó escapar un estridente quejido, hizo un quiebro y comenzó a avanzar por la arena de la playa directamente hacia mí.

—¡Qué demonios! —exclamé y salté fuera de mi cafetera, olvidándome la automática junto a mi asiento. Estaba claro que la delicada oriental estaba en serios apuros. Huía de alguna cosa que la había asustado hasta la médula.

Sus pisadas eran manchas rojizas en la arena húmeda, como si se hubiera cortado los pies en las puntiagudas rocas de la playa. Corría tambaleándose y tropezándose y su rastro llevaba hasta una lujosa villa en la playa junto al océano.

Reconocí la casa. Había sido la casa de verano de Sammy Weissmann, el agente que se había colgado al estribo de mi coche hacía una hora en Hollywood. Pero el sheriff había expropiado la casa de Sammy debido a algunos problemas de liquidez.

La monada de ojos oblicuos estaba ya cerca de mí, y seguía gritando al máximo de su capacidad pulmonar. No pude ver a nadie persiguiéndola, pero mi mano se lanzó hacia la automática calibre 32 que siempre llevo en la funda del hombro. Luego recordé que había dejado el revólver en mi cupé.

Antes de que pudiera darme la vuelta para cogerlo del auto, ocurrió algo. La chica oriental paró en seco y se quedó petrificada. Echó las manos al collar plateado que rodeaba su cuello de marfil y tiró con los dedos intentando arrancárselo. Y a continuación ¡el collar comenzó a brillar como un halo azulado!

Era como si chisporroteara y escupiera chispas. Una ráfaga de aire sopló hacia mí, transportando un hilillo de humo.

Lo olí. ¡Era olor a carne quemada!

He visto a muchos asesinos mientras les freían el trasero en la silla eléctrica. Conozco ese peculiar y nauseabundo olor.

Eché a correr como un demonio hacia la dama de ojos rasgados. Pero ya no había nada que hacer. No podría haberla salvado ni siendo el mismísimo Buda. Antes de que pudiera llegar a la chica, el collar azul y chispeante se había transformado en un círculo cegador de fuego luminoso. La chica se derrumbó, sacudiéndose. Y luego la cabeza cayó.

Rodó casi hasta mis pies. Sus ojos almendrados me miraron y pestañearon horriblemente. Fue un movimiento reflejo del músculo, obviamente. La cabeza cercenada no sangraba, ni tampoco el cuerpo decapitado. La carne humana quemada no sangra, o al menos no más que un filete bien hecho.

Me quedé paralizado durante unos instantes, sentía náuseas. Había visto la muerte aparecer de ningún sitio, y estaba profundamente aturdido. Luego escuché un bramido a mi espalda.

Me giré, y a continuación di un respingo. Mi cacharro se había convertido en un atronador infierno en llamas. Algo hizo que me agachara y así lo hice. Justo a tiempo. Me tumbé hundiendo la nariz en la arena en el momento preciso en que el fuego alcanzó el depósito de gasolina del coche. Se oyó un ¡foop! y a continuación un estruendo tremendo. Ahí se esfumaban de golpe los últimos siete galones de alcohol etílico.

Una parte de la sustancia me cayó sobre el brazo y la manga se incendió. Rodé por la arena para apagarla. A continuación sentí una sola punzada de dolor abrasante en las pantorrillas, bajo los pantalones.

Me palmeé las piernas y tiré de los pantalones. Los cierres metálicos de los ligeros de los calcetines estaban ennegrecidos y derretidos, y tenía unas enormes ampollas en la piel, como si me hubieran asado a la parrilla.

En ese momento me alegré de no haber llevado monedas en los bolsillos; me alegré de haberme dejado las llaves y la pistola en el cupé. Porque en ese momento fui consciente de que si hubiera llevado una gran cantidad de metal me habría quemado hasta abrasarme. Por algún tipo de mecanismo procedente de ninguna parte, la espesa y lluviosa oscuridad se había cargado de electricidad de alto voltaje... ¡La muerte había golpeado el collar metálico de la chica asiática y fue la descarga eléctrica lo que hizo que la cabeza cercenada cayera de sus hombros! También derretió mi cafetera y la transformó en un amasijo de lata quemada.

Intenté sobreponerme y me levanté con dificultad. Miré a mí alrededor, intentando situarme. Necesitaba un trago urgentemente... pero mi botella de Vat 69 estaba en el interior del coche siniestrado. Y no tenía intención de acercarme a ese infierno para echar un trago ¡por muy sediento que estuviera!

Eché a correr por la autopista, rodeado por la oscuridad. A mis espaldas las llamaradas de mi buga pintaban la oscuridad de luz encarnada, saltarina e infernal. Recorrí una curva de la desierta carretera, y allí se alzaban los Pallisades. Y entonces vi la pequeña covacha de Jeff Truman.

Se trataba de un bungalow bastante confortable. Una luz brillaba a través de la ventana del salón. Aporree con fuerza la puerta de entrada. Se abrió tras unos segundos y apareció Jeff Truman en el umbral, engullendo un bocadillo de salami que añadiría unos centímetros más al barrigón que ya estaba comenzando a acumular.

—¡Por Dios Santo! —dijo Jeff—. Sherlock Holmes en persona. ¿Por qué no me avisaste de que venías? ¿Y de qué infierno sales?

—Lo has adivinado, Jeff. Acabo de regresar del infierno. Está en aquella carretera, a medio kilómetro de aquí.

Jeff Truman me miró con cierto recelo.

—Estás borracho. No has jugado limpio. ¡Me llevas delantera! —se quejó Jeff.

—No estoy borracho —dije—. Una cosa acaba de quemarme el buga. Y esa misma cosa electrocutó a una china. Corría por la playa totalmente en pelotas. ¡Una descarga eléctrica la achicharró y le separó la cabeza de los hombros!

Jeff Truman sonrió.

—¿Y qué hay de las tortugas color bermellón y los elefantes morados? Le lancé el aliento en la cara para probarle que no estaba borracho.

—¡Por Dios, tómalo en serio! —dije—. Déjame telefonar. Debo notificar el hecho a la policía del condado.

—Tranquilízate, Turner —dijo—. Espera a que coja un impermeable. Quiero echarle un vistazo a ese cadáver decapitado antes de avisar a la policía.

Se embutió el bocadillo en la boca, agarró un chubasquero y se lo puso. A continuación nos dirigimos a la carretera.

Bordeamos la curva pronunciada. Mi cafetera en esos momentos era sólo un amasijo retorcido de chatarra al rojo vivo, y ya se había ido la luz

del sol.

—Bueno, tenías razón en cuanto a que tu coche se ha quemado. Pero ¿dónde está el cadáver desnudo?

—¡Aquí mismo! —dije, y le conduje al lugar exacto. Luego exclamé —: ¡Por todos los santos!

El cuerpo desnudo de la china había desaparecido.

No había ni rastro de él ni de la cabeza cercenada. Además ¡no se veía ninguna huella por los alrededores... a excepción de las mías!

—¡Así que la chica recogió la cabeza, se la sujetó con un gancho y salió volando por los aires como un pájaro! —dijo Jeff Truman sonriendo.

—¡Hombre, por Dios! —gruñí—. Ha habido un asesinato en este lugar... ¡Y sólo se te ocurre ponerte a hacer chistecitos! —le agarré del brazo y lo arrastré un poco más allá—. ¡Mira! —dije—. Allí están las huellas de la chica desnuda, allá en la arena —saqué mi linterna y la encendí.

Jeff Truman miró. Luego rompió a reír.

—¡Eso no son huellas humanas, idiota! —rió—. ¡Echa otro vistazo!

Así lo hice. Y entonces pude ver que las huellas no eran humanas. Parecían de algún tipo de animal. Un animal bastante grande, quizás, pero no un animal humano.

—¡Caramba! ¡Tal vez esté perdiendo la sesera!

—Has estado viendo cosas. Necesitas un trago —dijo Jeff Truman—. Regresemos a mi casa.

Vacilé unos instantes, y luego dije:

—Escucha, Jeff. ¿Tienes una herramienta?

Me miró fijamente.

—¿Una pistola? Sí. En mi casa. ¿Por qué?

—Me gustaría tomarla prestada —le dije—. La mía se ha quemado dentro del coche.

—¿Vas a disparar a alguien? —me preguntó con sorna. Pude ver que aún no creía mi historia de la china.

—No, no voy a disparar a nadie... a menos que no me quede más remedio. Pero voy a investigar. Voy a ir a esa casa de la playa de donde vino la chica asiática... la antigua casa de Sammy Weissmann. ¡Voy a hacer algunas preguntas!

Jeff se encogió de hombros.

—Estás comportándote como un lunático, Turner. ¿Por qué no admites que has tenido una alucinación y lo dejas estar?

—¡Y un cuerno una alucinación! ¡Sé lo que vi!

—De acuerdo —me respondió, en un tono que indicaba que aún dudaba de mi cordura.

Regresamos a su casa, y mientras él iba a su dormitorio a buscar el arma, me quedé en el salón y tomé tres tragos de escocés. A continuación Truman entró y me dio un enorme Cok calibre 44, del tamaño de un cañón en miniatura.

Metí la pistola en el bolsillo y me dirigí a la puerta. Jeff Truman me siguió. Le miré y le dije:

—¿Adónde crees que vas?

—Contigo —respondió.

—Ni lo sueñes. Esta es mi fiesta —le dije—. Tú te quedas aquí. Si no regreso en una hora llama a la policía.

Intentó convencerme, pero al final logré persuadirle. Y fue entonces cuando sonó el timbre.

Jeff se dirigió a la puerta. Miré por encima de su hombro... y vi a una chica en el porche. Era morena y ¡Dios mío, qué morena! Era diminuta, joven y lo tenía todo en su sitio.

Rizos de cabello oscuro como el carbón asomaban por debajo de su sombrero empapado por la lluvia. Sus ojos eran profundos y soñolientos pozos negros de pasión durmiente. Sus labios de carmín color amapola rebosaban de besos guardados. Y su cuerpo...

Bueno, llevaba puesto un impermeable, pero este no ocultaba la armoniosa simetría de sus deliciosas curvas. Los pechos eran dos arrogantes prominencias gemelas, altas y firmes. Hicieron que me entrara un cosquilleo en los dedos de deseo por acariciarlos... El chubasquero le llegaba a las rodillas; pude echar un vistazo a sus piernas envueltas en seda y me puse a cien.

En ese breve primer momento creí reconocerla; me pareció que la había visto antes en algún otro sitio. Y luego recordé. Era Lorna McFee... ¡La actriz que había desaparecido! ¡La chica que Sammy Weissmann me pidió que buscara!

Y entonces me di cuenta de otro detalle. Alrededor de su garganta llevaba un collar metálico y plateado ¡exactamente igual al que llevaba la chica asiática que había muerto en la playa!

La morena sonreía.

—Dis... disculpe, señor Truman —dijo dirigiéndose a Jeff—, vivo en aquella casa grande junto a la playa. La electricidad se ha ido. Tenemos algunos quinqués, pero no tenemos queroseno. Pen... pensé que quizás podría prestarnos un poco...

—¡Por supuesto! —dijo Jeff Truman—. Tengo una lata de veinte litros entera. Entre mientras voy a por ella.

La condujo al salón y después se fue a la cocina, dejando a la chica a solas conmigo. Ella me dirigió una tímida sonrisa, se desabrochó el impermeable y se lo echó hacia atrás por encima de los hombros. Llevaba un vestido de noche con un escote tan vertiginoso que casi se podían ver por completo sus pechos perfectos. La visión de aquellas suaves y blancas colinas de belleza hicieron que mi corazón comenzara a botar como un montón de pelotitas de goma.

Ella se percató de que la miraba y se ruborizó levemente. Me estaban empezando a venir todo tipo de ideas lascivas... como abrazarla entre mis brazos, amasar sus rojos labios con mi boca, sostener sus pechos con mis manos... y otras cosas.

—Eres Lorna McFee, ¿verdad? —dije.

La chica palideció un poco.

—N... no —contestó vacilante—. ¿Qué le hizo pensar eso?

Supe que me mentía. Y me pregunté por qué. También me intrigaba aquel collar metálico plateado. Estaba sujeto a su garganta de manera que no podía hacer que se lo quitaran aunque quisiera. ¡El collar tenía un diminuto candado brillante de acero cementado!

Antes de que pudiera formular otra pregunta, Jeff Truman regresó al salón. Traía un pesado bidón de veinte litros de queroseno que salpicaba y burbujeaba y olía a parafina.

Se lo cogí de la mano y le guiñé un ojo.

—Yo se lo llevaré a la señorita —dije—. Tú no puedes salir con esta lluvia y el trancazo que tienes.

Jeff captó mis intenciones inmediatamente. Sabía que quería ir con la chica para colarme en la casa grande de la playa. El queroseno me daba una excusa para entrar allí.

—De acuerdo, Turner —dijo Jeff asintiendo.

Saqué el enorme bidón de queroseno del bungalow y la morena me siguió. Llovían chuzos de punta. Tomamos un atajo a través de la arena

mojada de la playa. Tras unos minutos dije:

—Sammy Weissmann te busca, Lorna.

—¿Tiene algo para mí? —dijo ella rápidamente. La había pillado con la guardia baja; de repente volvió a recobrar el control—. Quiero decir... No conozco a nadie llamado Sammy Weissmann —murmuró.

—¿Aún sostienes que no eres Lorna McFee? —le espeté.

—No... No soy Lorna McFee—me respondió con un tono neutro y opaco.

Me di cuenta de que no iba a llegar muy lejos por ese camino, así que intenté con otra táctica.

—Me ha llamado la atención su collar. Es muy extraño—dije.

—Sí, ¿verdad? —reconoció ella lánguidamente.

—Nunca he visto nada parecido —le dije—. ¿De dónde lo ha sacado?

—No... no debe preguntarme eso —susurró; pude detectar miedo en su voz.

La miré mientras avanzábamos por la arena mojada. En la oscuridad, su rostro se veía muy pálido, muy asustado y muy hermoso. Lejos en la distancia, más allá del límite de las doce millas, se veía un brillante manchón de luz sobre el océano.

Era uno de los barcos—casino que plagaban la costa; un barco del placer anclado, dedicado a juegos de azar ilegales y otras formas de entretenimiento... incluyendo chicas. Una vaga idea se introdujo en mi mente. Una chica tan bella como Lorna McFee probablemente podría sacar un dineral en aquel barco del placer, divagué...

En ese momento bordeamos el alto acantilado y llegamos a la casa de la playa... el antiguo hogar de Sammy Weissmann. La casa relucía con muchas luces... luces brillantes. Había electricidad.

—¡Vaya por Dios!—dijo la morena—. La electricidad debe de haber vuelto. Ha hecho todo este viaje para nada, me temo

—Valió la pena. Me gusta estar con usted, incluso bajo la lluvia.

Me lanzó una sonrisa coqueta que me pareció forzada y artificial.

—¿Le gustaría entrar a echar un trago? —sugirió.

—¡Y tanto que sí! —contesté.

La morena sacó una llave y abrió la puerta. Dejé el bidón de queroseno en el porche y la seguí hasta un salón grande y confortable.

La chica se quitó el impermeable y lanzó el sombrero a una esquina. Luego fue a buscar una botella de Elixir de las Tierras Altas y un vaso.

Sirvió un trago y me lo ofreció.

—Tome. ¡Esto le calentará! —dijo en voz alta, y a continuación—. ¡No lo beba, por lo que más quiera!—musitó en un susurro tenso que apenas pude oír.

Me puse en guardia. ¿Qué demonios estaba pasando?, me pregunté. Algo parecía estar yéndose a pique... y yo me encontraba en medio de todo. Miré a la chica. Luego alcé el vaso y derramé el whisky en mi boca.

Pero no me lo tragué. Saqué el pañuelo y fingí limpiarme los labios. En ese momento escupí el whisky en un hilillo sobre el pañuelo y volví a guardar el pañuelo de lino mojado en el bolsillo. Me pareció distinguir un sabor amargo en la bebida... ¡efectivamente le habían echado alguna droga!

Dejé el vaso vacío y sonreí a la morena.

—¡Gracias! —dije. Ella me miraba con los ojos como platos.

Entonces, como si estuviera representando un papel mal ensayado y chabacano, la morena me sonrió y meneó las sinuosas caderas de forma seductora.

—¿Se siente mejor? —me preguntó.

—Sí, un poco. Pero me gustaría una cosa más —dije.

—¿El qué? —inquirió ella.

—Un beso.

La chica sonrió maliciosamente.

—Tengo muchos de esos.

Así que la agarré por la cintura y la atraje hacia mí. Era evidente que ella quería, porque respondió apretándose contra mí de forma tan sensual que me puso a cien y me dejó un leve temblor por todo el cuerpo que aún me dura. Le planté la boca en los labios y comencé a trabajármela.

Su vestido era muy ajustado, como si se lo hubieran tatuado en las curvas del cuerpo. Recorrí con los dedos su espalda, acaricié el lascivo arco de las caderas y la sedosa suavidad de los muslos. Toqué las mitades superiores de sus lechosos pechos, justo donde rebosaban sobre el escote. La volví a besar.

—¡Finge que tienes sueño!—me susurró—. ¡Es tu única salida!

Seguí su consejo y le bostecé en la cara. Olí peligro... mucho peligro. Y sabía que la chica intentaba salvarme de algo condenadamente siniestro. Supuse que probablemente nos observaban...

—¡Qué raro! —farfullé con voz pastosa—. Me siento... un poco... cansado...

—¿Quieres echarte y descansar un rato? —me preguntó. Sus ojos me ordenaron decir sí.

Asentí y dije:

—Sí... si tú me acompañas.

—Ven conmigo —sonrió, pero el temor en sus ojos no concordaba con la sonrisa en sus rojos labios.

La seguí al piso de arriba, a una pequeña habitación iluminada tan sólo por una lámpara de mesa con tulipa rosa. Me senté en un extremo del sofá. A continuación, mientras la miraba, la morena se desabrochó los tirantes del traje de noche y se desprendió de él.

El traje cayó al suelo y le rodeó los finos tobillos. Le eché un buen vistazo bajo la tenue luz. Y sentí un cosquilleo que me subió por la espalda al contemplar la arrogante y cantarína elevación de sus pechos sin sujetador, la imponente y armoniosa belleza de su joven cuerpo. Lo único que llevaba puesto era una braguita de tela tan fina como el papel...

Le inmovilicé las muñecas y la arrastré junto a mí. Después apagué las luces. En la oscuridad, se deslizó entre mis brazos un poco reticente. La presioné contra mi cuerpo de tal forma que sus pechos se clavaron en el mío. La besé, hambriento, abriendo sus labios hasta que la cálida punta de su lengua tembló. Mi boca vagó hacia la hendidura de su cuello...

No opuso resistencia alguna cuando posé mis manos sobre sus firmes y cálidos pechos. Los acaricié. Se estremeció ligeramente y pasó los brazos alrededor de mi cuello, acercando mi cabeza a su oído... Luego me dijo en un susurro:

—Escucha atentamente. Debes salir de aquí... Por la ventana. Baja escalando... ¡y sal corriendo! ¡O acabarás... muerto!

—¿Yo? ¿Muerto? ¿Por qué, demonios? —le respondí.

—¡Porque el hombre que regenta este lugar sabe que fuiste testigo del asesinato de la china! Por eso me envió para atraerte hasta aquí. Se suponía que debía darte la bebida con droga y traerte a esta habitación para que durmieras. Después te... matarían. Pero yo... yo no he podido hacerlo. No me quedó más remedio que... avisarte.

La mantuve pegada a mí en la oscuridad.

—Eres realmente Lorna McFee, ¿verdad, cielo?

—S... sí... Y ahora... ¡vete, rápido, antes de que sea demasiado tarde!

—De acuerdo. ¡Pero voy a llevarte conmigo! —respondí.

Se puso rígida entre mis brazos y un temblor histérico la poseyó.

—¡No! ¡No! ¡Me matarán! —jadeó. A continuación me arrancó de su cuerpo, se liberó de mi abrazo y me empujó hacia la ventana.

Dejé que se saliera con la suya, porque una idea empezaba a tomar cuerpo en mi mente. Había algunas cosas que quería investigar. Así que abrí la ventana con mucha cautela y me deslicé al exterior bajo la lluvia.

Mis pies aterrizaron sobre el techo del porche de entrada, justo bajo la ventana. Me agaché y me dirigí al borde. Y luego me detuve.

A través de otra ventana vi una rendija de luz y oí el tenue gemido de miedo de una mujer.

Permanecí en total silencio mientras reptaba hacia esa segunda ventana. Al llegar a ella, pegué el ojo a la rendija de luz oculto en las sombras. Y entonces me invadió la ira por lo que vi.

Dentro de la habitación había cinco chicas acurrucadas en una esquina. Llevaban negligés... y nada más debajo. Había una espectacular y tierna rubia platino con generosos pechos y caderas sinuosas; una chica diminuta con piel color crema y cabello negro... probablemente una mulata, por la oscuridad de su mirada; una chica japonesa delgada y con pecho de adolescente con la piel amarillenta como el marfil pulido.

Y había otras dos... ambas lo suficientemente hermosas para ser coristas de Eddie Cantor. ¡Y todas ellas llevaban un collar con cerrojo de metal plateado!

De pie delante de las chicas atemorizadas vi a un hombre enmascarado y a una dama pelirroja de rostro severo. La señora hablaba en ese momento:

—¡Y ahora a ver si lo comprendéis de una vez, golfas! —ladró a las jóvenes casi desnudas—. Esta noche os embarcan en el barco del placer. Los clientes buscan caras nuevas, nuevos cuerpos. Y si sabéis lo que os conviene, ¡haréis lo que se os diga! ¡Os portaréis bien con los chicos...!

—¡Sí! —gruñó el hombre enmascarado—. ¡O tendremos que daros la misma medicina que le suministramos a la china esta tarde!

Cuando pronunció estas palabras, comprendí toda la historia. Aquellas chicas desnudas de la habitación eran algunas de las damas que habían desaparecido de Hollywood recientemente. ¡Eran esclavas blancas, encerradas aquí para luego ser enviadas a aquel barco del placer! Habían sido raptadas... y ahora se veían forzadas a vivir una vida de deshonor.

Como un rayo rodé de nuevo al otro lado del tejado del porche. Llegué a la ventana de la otra habitación... la habitación donde había dejado a

Lorna McFee. Me aupé y entré dentro.

En la oscuridad, Lorna McFee musitó:

—¿Quién anda ahí?

—¡Dan Turner! —le contesté.

Y entonces se arrojó a mis brazos, temblando contra mí, su cuerpo estaba frío y agitado. Durante unos segundos la abracé.

—¡No... no deberías haber vuelto! —jadeó aterrorizada—. ¡Debiste escapar cuando tuviste la oportunidad!

Le acaricié la espalda.

—¡Escucha! —murmuré—. Voy a hacerte algunas preguntas y quiero respuestas claras. Quizás pueda sacarte de este lío. Bueno, en primer lugar, ¿qué le ocurrió a aquella china que murió en la playa esta tarde?

—Ella... intentó huir —dijo Lorna McFee con voz entrecortada—. Y luego... algo terrible le ocurrió. La mujer pelirroja salió de la casa con botas de nieve hace un rato y trajo con ella... el cadáver. Le habían achicharrado el cuello y cercenado la cabeza...

¡Botas de nieve! Me puse tenso. Eso explicaba el hecho de que no hubiera huellas en el lugar donde había desaparecido el cadáver de la joven china. Luego me surgió otra duda.

—¿Y qué me dices de los pies de la joven china? ¿Había algo raro en ellos?

—S... sí. Los llevaba atados, según la antigua tradición oriental. Los tenía aplastados... deformes.

Ahora ya tenía la respuesta a mi otra duda. Ahora sabía por qué la chica asiática trotaba al correr, por qué sus huellas parecían las de un animal. ¡Y Jeff Truman se había reído de mí y me había llamado loco!

—Ellos... Ellos nos secuestran y nos traen aquí—musitó Lorna McFee amargamente—. Nos obligan a llevar estos collares. Y si intentamos escapar...

—¡Ya lo entiendo todo! —dije.

A continuación, súbitamente, oí pasos al otro lado de la puerta de la habitación. Sería probablemente el criminal tratante de blancas enmascarado que venía a matarme, creyendo que me encontraba drogado. Tiré de Lorna McFee y la coloqué a mi espalda. Saqué el Colt calibre 44 que había tomado prestado de Jeff Truman y me agaché, a la espera...

La puerta de la habitación se abrió. Entró la luz y vi al hombre enmascarado. Empuñaba una automática. Sus ojos se agrandaron bajo las

ranuras de la máscara cuando me vio de pie en lugar de tumbado e inconsciente sobre la cama. Soltó una maldición y me apuntó con la automática.

Saqué mi arma calibre 44 y apreté el gatillo. Y entonces se me revolvieron los higadillos. ¡El arma estaba encasquillada! ¡La pistola calibre 44 era totalmente inservible!

Antes de que pudiera moverme, el enmascarado me clavó la automática en el estómago y dijo:

—¡Arriba las zarpas, Turner! —luego miró a Lorna McFee, que temblaba prácticamente desnuda detrás de mí—. ¡Tú también, golfa traidora! —gruñó.

Lorna dejó escapar un grito de desesperación. El hombre enmascarado la agarró por el pelo con la mano libre y tiró hacia él.

—Así que no le diste la bebida con droga, ¿eh?—ladró— Bueno, ¡tendrás el placer de morir con él!

Se volvió hacia mí y sonrió con malicia.

Su rostro estaba cerca del mío. Pude oler su aliento a ajo. Y entonces supe a lo que me enfrentaba. Supe la identidad del hombre enmascarado, y fui consciente de que esa persona se había involucrado en el negocio de la trata de blancas para recuperar la fortuna perdida. Y supe también que no se detendría ante el asesinato...

Me empujó fuera del cuarto y arrastró detrás a Lorna McFee. Mantenía la pistola clavada en mis higadillos. No tenía más remedio que ir con él o me perforaría un túnel a través de los riñones. Y entonces ya no podría volver a beber whisky nunca más.

En ese instante, procedente del pasillo del primer piso a nuestros pies, nos llegó un grito... el alarido de terror de una chica, seguido del sonido de unos pasos y una agria maldición con voz femenina. Carne chocó contra carne y se oyó el golpe de un cuerpo sobre el suelo. Y entonces la mujer pelirroja de rasgos severos subió las escaleras cojeando, una figura desnuda subía tras ella.

Era una de las cinco chicas que había visto en la otra habitación. La tierna rubia platino. Su negligé estaba hecho jirones; podía ver la pesada rotundidad de sus pechos, las sinuosas curvas de sus caderas...

—¿Cuál es el problema? —gruñó el enmascarado.

—Intentó escaparse. Y la atrapé —informó la dama pelirroja.

—Ah, ¿sí?—rugió guturalmente el enmascarado—. Bien, ya le enseñaremos modales junto a estos dos. Eso me dará la oportunidad de hacer los últimos ajustes en mi máquina de rayos mortales... ¡La máquina que me convertirá en el amo del mundo!

Me arrastró con él y el resto nos siguió. Subimos un tramo de las escaleras traseras. Llegamos a una pequeña habitación circular... estábamos en la cúpula de la parte superior de la casa. El enmascarado levantó la pistola y la estampó contra mi coronilla. Vi las estrellas. Y luego ya no vi nada más. Me desvanecí.

No permanecí inconsciente mucho tiempo. Tengo el cráneo bastante duro. Abrí los ojos y pestañeeé intentando calmar el dolor que me brotaba de la mollera. Miré a mí alrededor.

La morena Lorna McFee estaba en el suelo junto a mí. Ambos estábamos apoyados en la pared. Lorna estaba atada por las muñecas y los tobillos, y casi totalmente desnuda a excepción de sus diminutas braguitas. Pero el enmascarado no se había tomado la molestia de atarme. Probablemente pensó que estaría fuera de juego durante bastante tiempo por el porrazo en la cabeza.

La mujer pelirroja se había ido. Pero al otro lado del cuarto pude ver a la rubia platino atada a una silla. Sus extremidades tiraban de las ataduras que la retenían y tenía los ojos desorbitados de puro terror.

El matón enmascarado estaba delante de ella, jugueteando con el mando de un artilugio de apariencia extraña que parecía un enorme proyector de películas. Mientras le miraba, accionó un interruptor...

Oí un sonido burbujeante y húmedo; olía a carne humana quemada. Un humo acre flotó hasta mi nariz y me entró por los ojos. La rubia dejó escapar un grito que siguió en un salvaje crescendo hasta el silencio total. Me puse en pie, las náuseas hicieron hervir mis tripas hasta espumear. El collar metálico de la rubia se había convertido en un halo chispeante de fuego fulgurante que abrasó su cuello inmaculado...

La descarga eléctrica horadó la carne y el hueso en un instante. De forma abrupta, la hermosa cabeza de la chica se separó... El calor la cercenó de su blanco cuerpo. La cabeza rebotó de forma macabra sobre el suelo...

—¡Maldito demonio del infierno! —grité, y me abalancé hacia el enmascarado.

Este se giró al oírme y sacó la automática de la funda. Pero, para su desgracia, fui demasiado rápido. Enrosqué el puño y lo estrellé contra su boca. Se tambaleó y cayó hacia atrás... sobre el cuerpo decapitado de la rubia, que estaba aún en la silla letal.

El hombre gritó. Una voluta de humo azul y una lluvia de chispas manaron de él cuando el rayo mortífero entró en contacto con su pistola. El arma explotó produciendo un enorme agujero en el pecho del asesino, de manera que se podían ver sus pulmones carbonizados y abrasados... Se derrumbó en el suelo...

Le quité la máscara que cubría unas facciones crispadas.

—¡Así que Jeff Truman! —gruñí.

Sí, era él. Jeff Truman, la estrella acabada de películas del Oeste. Era Truman quien había secuestrado a las chicas y las forzaba a ser esclavas blancas. Las explotaba para pagar sus diabólicos experimentos con la máquina de rayos mortales. Por eso Truman vivía en la playa, en un diminuto bungalow junto a la casa más grande que en otro tiempo perteneció a Sammy Weissmann...

Fue Jeff Truman quien asesinó a aquella chica asiática con su demoledor rayo eléctrico invisible. Después regresó a su bungalow justo a tiempo para abrirme él mismo la puerta. Recordé que tuve que esperar un buen rato antes de que respondiese a mi llamada...

Y Jeff Truman, al saber que tenía intención de registrar la casa grande de la playa y temiendo que descubriera su secreto, debió de llamar desde el bungalow mientras fingía buscar el Colt calibre 44 que le pedí prestado... y que él mismo inutilizó encasquillándolo. Ordenó a Lorna McFee, una de sus cautivas, que acudiera al bungalow con la excusa del queroseno. ¡Jeff lo planeó todo para que me atrajeran hasta la casa grande y poder así drogarme y asesinarme!

Y ese olor a ajo en su aliento... Eso es lo que me dio la pista de que el hombre enmascarado era Jeff Truman. Porque cuando lo vi la primera vez, Truman estaba comiendo un bocadillo de salami. Salami... ¡con ajo!

Me giré y levanté entre mis brazos el cuerpo semidesnudo e inconsciente de Lorna McFee. Bajé a toda prisa las escaleras con ella. Mientras la transportaba al exterior se le veía una expresión muy dulce, muy atractiva... A los pies de la escalera me di de bruces con la señora pelirroja de rostro severo, la compinche de Jeff Truman.

Se lanzó hacia mí. Con la mano que tenía libre le clavé un puñetazo con fuerza, justo en el ombligo. Le retorcí el pelo y la arrastré fuera de la casa. Lorna McFee se estremeció, estaba volviendo en sí.

—Vigila a esta bruja pelirroja —le dije—. Si intenta algo, ¡dale una patada en los piños!

Luego volví a entrar en la casa. Dos minutos más tarde tenía a todas y cada una de aquellas pobres chicas con collarín fuera del antro. Cuando estuvieron todas vestidas y a salvo en el exterior, derramé el bidón de veinte litros de queroseno por todas las habitaciones del primer piso de la casa y prendí una caja de cerillas...

La casa ardió como la yesca. Ya era un infierno rugiente cuando llegó el equipo de bomberos del condado. No pudieron salvar nada. Jeff Truman y su máquina de rayos letales, situada en el piso superior bajo la cúpula, quedaron destruidos simultáneamente.

Pero no me esperé a verlo. Corrí hacia el bungalow de Truman y saqué su auto. Luego recogí a las esclavas blancas, las llevé de regreso a Hollywood y las liberé. A todas excepto a la dama pelirroja y a Lorna McFee.

Entregué la dama a la policía e interpose contra ella una denuncia por trata de blancas... y por ser cómplice de al menos dos asesinatos. Luego me llevé a Lorna McFee a mi apartamento. Le di una bata y un whisky y la hice sentarse en el diván del salón.

A continuación me dirigí al teléfono y marqué el número de Sammy Weissmann.

—¿Sammy? Dan Turner al aparato. He encontrado a Lorna McFee. Sí. Tráeme los cien verdes a mi apartamento y es toda tuya.

Me volví para observar a Lorna McFee en el diván. Se había abierto la bata por delante revelando sus dulces y jóvenes pechos. Recordé los momentos que pasé con ella en la oscura habitación de la enorme casa de la playa...

Y ahora me sonreía, y sus ojos brillaban invitándome a acercarme... Volví a colocar mi boca en el auricular del teléfono y dije:

—Eh, Sammy, no tengas prisa en llegar aquí. Sí. En una hora más o menos. Estupendo...

Death's Bright HALO.
Spicy Detective Stories, octubre, 1935

OceanofPDF.com

Más allá de la Justicia

Era una tarde calurosa y yo sudaba sin cesar. El público comenzaba a impacientarse y no se le podía culpar. Habían ido a ver un concurso de belleza y querían algo de acción. Y yo también. El veredicto del jurado ya llevaba un retraso de casi una hora.

Esperábamos a Ben Berkin. Se estaba retrasando. Ben Berkin era el magnate propietario de la productora de cine Cosmos, y este concurso de belleza había sido idea suya como reclamo publicitario. Se celebraba en los estudios Cosmos, con asistencia de público invitado.

Yo era uno de los tres jueces del concurso. ¡Imaginen, Dan Turner, sabueso privado de Hollywood, en un sitio así! Pero Ben Berkin me lo había pedido como un favor personal. «¡Con tu reputación de rompecorazones, Dan, seguro que eres un juez magnífico!», me dijo.

Así que acepté, simplemente porque me apeteció. Y en esos momentos me encontraba allí, en el estrado, con otros dos jueces esperando a que comenzase el desfile de monadas.

Las participantes del concurso eran en su totalidad extras de cine. La ganadora sería premiada con un contrato de un año con los estudios Cosmos y una enorme copa de plata donada por el propio Ben Berkin. No sólo la donó, sino que incluso la hizo él mismo. Ben fue platero antes de meterse en el negocio del cine.

Y ahí estaba yo, sentado y deseando poder escabullirme lo suficiente para meterle un tiento al whisky de mi petaca, cuando un mensajero del estudio se acercó y me susurró al oído.

—Le necesitan en la oficina central, señor Turner —me dijo.

Le seguí, preguntándome qué demonios pasaba. Llegué al edificio de oficinas de dirección. Un tipo me esperaba. Era el ayudante de Ben Berkin y se le veía muy pálido.

—Señor Turner —dijo—, ha sucedido una cosa terrible. ¡Ben Berkin ha muerto en un accidente de tráfico de camino a los estudios!

—¡Dios mío...! —exclamé.

El tipo asintió con gesto solemne.

—El señor Berkin fue trasladado a urgencias, donde murió. No supo que estaba muriéndose. Sus últimas palabras fueron que el concurso de belleza debía celebrarse según lo planeado. La noticia de su accidente debe ser silenciada hasta que se conceda el premio.

Así era Ben Berkin, pensé. Lo primero eran los estudios, sin importar qué ocurriese. Saqué la petaca y me metí un buen trago de Vat 69, a la salud de Ben.

Luego regresé al estrado de los jueces en el plató B y di la señal para que comenzara el desfile.

Inmediatamente, una larga hilera de tías buenas comenzaron a mostrar sus carnes a lo largo del enorme escenario. He visto muchos bañadores cuando era joven, pero los que llevaban estas bellas damas eran los más atrevidos que jamás haya visto. Breves pantaloncillos de seda marcando la entrepierna y muy ceñidos; y a modo de sujetador, apenas un suspiro de cintas de seda.

No habían dejado mucho para la imaginación; y si no me hubieran acabado de informar de la muerte del pobre Ben Berkin, me lo habría pasado en grande.

Pero el caso es que me sentía triste y deprimido. Esperaba ansiosamente a que acabara el maldito concurso. Así pues, eché un rápido vistazo a las damas que desfilaban y mis ojos se clavaron en una llamativa morena que destacaba entre el resto. Era todo un espectáculo para la vista.

Tenía el pelo tan negro como la medianoche, y sus negros ojos brillaban como dos relucientes estrellas negras. Su cuerpo no era ni demasiado delgado ni demasiado exuberante. Era simplemente perfecto. Tenía buenas caderas y pechos... femeninos pero sin ser ostentosos. Y su piel era tan sedosa como el marfil cremoso. Sostenía una tarjetita con el número «7» escrito en ella.

Consulté mi lista y vi que el nombre de la número 7 era Estrellita Souzan. Hispana, probablemente.

Justo al lado de la preciosa Souzan había una rubia. Llevaba demasiado maquillaje, pero era endiabladamente atractiva... es decir, si a uno le gustan un par de pechos generosos y unas anchas caderas ligeramente excesivas, a mí no. Su número era el 13 (qué mala pata) y la lista informaba que su nombre era Wanda Wynne.

Al comprobarlo, recordé unos cotilleos que habían llegado hasta mis oídos. En mi profesión vale la pena escuchar los cotilleos. Se rumoreaba

que la rubia platino Wanda Wynne era el ligue del momento de Ben Berkin. Me pregunté, si eso era cierto, cómo se lo tomaría cuando supiese que Ben Berkin había muerto.

Le eché una buena ojeada, y luego estudié de nuevo a la morena Estrellita Souzan. A continuación me volví hacia los otros dos jueces y dije:

—Mi voto va para la que lleva el número 7... la muchacha hispana.

Los dos idiotas se miraron e intercambiaron elocuentes miradas.

—Vamos a votar a la número 13, Wanda Wynne —dijo uno de ellos.

Me encogí de hombros. Sus dos votos superaban el mío y me importaba un pimiento. Así pues, se anunció que Wanda Wynne había ganado el premio.

Abrí una caja grande y saqué la enorme copa de plata con la que Ben Berkin había contribuido. Era un enorme trasto con recargadas filigranas grabadas y pesado como un demonio. En la parte delantera había un bajorrelieve de una mujer desnuda en plata maciza, primorosamente tallada.

Crucé el escenario y me acerqué a Wanda Wynne. Le di la copa.

Ella la sostuvo sonriente. Me dedicó especialmente para mí un ligero contoneo. Sus exuberantes pechos se agitaron bajo la sutil cinta—sujetador de seda.

—Gracias, guapo —me dijo.

—No me des las gracias. No voté por ti.

Y entonces la llamativa morenita, Estrellita Souzan, la número 7, nos interrumpió con gesto despectivo y tono airado:

—¡Esto es un montaje!—dijo lo suficientemente alto para que Wanda Wynne la oyera—. ¡Estaba ya decidido! ¡Ben Berking sobornó a los jueces para que tú ganaras!

Wanda Wynne la miró con resentimiento. Se ruborizó.

—¡Vete al infierno, gata mexicana celosa! —le dijo con odio a la preciosidad hispana de ojos negros.

Durante unos instantes creí que iban a empezar a tirarse de los pelos. Se escupían comentarios desagradables la una a la otra mientras bajaban del escenario por un lateral. No había nadie cerca de ellas. Y entonces, repentinamente, Wanda Wynne soltó un alarido.

Salté. Ese alarido no era un grito de furia. Había dolor ahí, y un terror súbito y mortal. Me olí problemas y me abalancé hacia las dos chicas.

Pero llegué tarde para evitar lo que ocurrió. Antes de que pudiera llegar a la mitad del escenario, Wanda Wynne dejó caer su trofeo de plata.

Chocó ruidosamente y rebotó en el suelo. Luego Wanda Wynne cayó, lentamente.

¡Tenía una fina daga adornada con pedrería clavada en su pecho izquierdo!

—¡Qué demonios! —exclamé, y me lancé hacia ella. La sangre manaba atravesando el fino sujetador formando un estrecho río encarnado sobre la blancura de su torso desnudo. Al caer la chica rubia, la morena Estrellita Souzan dejó escapar un grito ahogado de terror... y luego agarró el mango del estilete y lo sacó del corazón de Wanda Wynne.

La sangre manó en abundancia. El rostro de Estrellita Souzan empalideció. Las rodillas le fallaron. Se desmayó. La daga cayó de sus dedos y con un repiqueteo plateado golpeó el suelo. La dama hispana se desplomó sobre el cuerpo de Wanda Wynne.

En ese mismo instante, en el estudio se organizó un tremendo guirigay. La gente pululaba de un lado a otro gritando. Vi al jefe de seguridad del estudio y grité:

—¡Despeje este maldito lugar!

Luego me acerqué a las dos bellezas caídas. Transporté a la morena Souzan a un lado y la dejé en el suelo. Luego me lancé a Wanda Wynne. La daga le había abierto un agujero limpio y profundo a través de la cinta y la piel. Tenía los ojos totalmente abiertos, mirando terriblemente al vacío. Estaba inerte, sin vida. Le busqué el pulso pero no pude notar ni el más ligero latido aislado.

Rasgué y retiré el sujetador desnudando el pecho izquierdo. Apoyé la mano contra aquel mullido montículo blanco de carne aún caliente manchado de sangre. Su corazón se había parado para siempre. Estaba muerta.

Tras esto, estuve ocupado unos cuantos minutos. El cadáver de Wanda Wynne debía ser vigilado, y yo tenía que llamar a Dave Donaldson, de la brigada de homicidios. El público del concurso de belleza y las participantes perdedoras tuvieron que ser dispersados. Todo el mundo parecía haber perdido la cabeza. Yo era el único con suficiente sensatez para hacer lo necesario.

Pero incluso yo metí la pata hasta el fondo. Y es que con todo el jaleo a mí alrededor, me olvidé de la morena

Estrellita Souzan. Luego, cuando me acordé de ella, ¡había desaparecido!

¡Había desaparecido ella... y también la copa de plata!

Dave Donaldson llegó muy pronto. Echó una ojeada al cadáver de Wanda Wynne y dijo:

—¡Diablos! ¡Menudo desastre! —me miró y preguntó—: ¿Quién lo hizo?

—No estoy seguro —dije—, pero creo que fue una hispana llamada Estrellita Souzan. La chica estaba dolida porque Wanda Wynne la pateó en el concurso de belleza. Salieron del escenario j untas. Y luego Wanda Wynne fue apuñalada. La tal Estrellita Souzan parece del tipo latino de sangre caliente que podría usar un pincho.

—¿Dónde está? ¿Dónde está la Souzan?

—Se escapó —admití, con la sensación de que se me ponía la pelota como un ladrillo rojo—. Probablemente cogió la copa que pensaba que debía haber ganado ella y se las piró.

—¡Pues sí que eres de mucha ayuda! —y se alejó a zancadas hacia el teléfono más cercano para ordenar la búsqueda y captura de Estrellita.

Pero cuando llegó la noche, aún no habían dado con ella. No estaba en su apartamento, ni en ningún otro de sus lugares habituales.

Mientras tanto, por supuesto, agentes de homicidios encontraron sus huellas en la daga que había acabado con la vida de Wanda Wynne. Para los policías era un caso resuelto.

De camino a casa, esa noche me paré en la funeraria a la que habían llevado el cuerpo de Ben Berkin. Allí, en su ataúd, Ben lucía como si aún estuviera vivo, muy natural. En el accidente se fracturó el cráneo, pero en la funeraria habían hecho un buen trabajo. La viuda pelirroja de Ben, Irene Berkin, estaba de pie junto al ataúd. Había sido hermosa en otro tiempo. Había acumulado demasiada grasa en su figura y tenía líneas alrededor de los ojos y la boca.

Le expresé mis condolencias y salí. Era irónico que Ben Berkin y su amante, Wanda Wynne, hubieran muerto el mismo día, con tan sólo una hora de diferencia. Me pregunté si la viuda de Ben, Irene, conocía la existencia de la rubia Wanda Wynne. Pero, por supuesto, no se lo pregunté.

Me fui a mi apartamento. En cuanto abrí la puerta, percibí un tenue olor a algo. Perfume. Mis músculos se tensaron.

¡Había alguien dentro del apartamento... o había estado allí recientemente!

Eché mano a la calibre 32 que siempre llevo en una funda de hombro y entré en el apartamento. Encendí las luces del salón. No vi a nadie, pero detecté un leve movimiento en mi dormitorio.

Salté hacia la puerta del cuarto y la abrí de un puñetazo. Luego exclamé:

—¡Pero qué... cielo santo!

Había una chica en mi cama. Estaba sin ropa... casi totalmente desnuda a excepción de las braguitas. ¡Era Estrellita Souzan, la miss hispana! ¡La que Dave Donaldson y sus polis de homicidios buscaban por todo Hollywood!

Se la veía hermosa como un demonio, tumbada allí sobre mi cama desecha. Antes, esa misma tarde, ataviada con su breve bañador, se la veía imponente. Había sido lo suficientemente bonita para conseguir mi voto en el concurso de belleza. Pero ahora...

Bueno, si no sospechara que era una asesina, le hubiera prestado mi camisa de muda sólo con pedírmelo. El cabello negro carbón caía sobre sus blancos hombros, y sus pechos desnudos emergían gloriosos. Tenía un cuerpo que me embargó de irresistibles deseos... todas esas delgadas curvas y seductores contornos. Nunca vi piel tan blanca y suavemente satinada.

Sus ojos negros me miraron enigmáticos. Y sus facciones estaban pálidas, demacradas y tensas.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Quería verte —respondió con voz baja y susurrante—. Pensé que la policía no sospecharía que estuviera aquí. Es el último lugar de la tierra en el que me buscarían.

—Así que ya sabes que te buscan por cargarte a Wanda Wynne, ¿no es así? —le recriminé.

—Sí, sé que me buscan —asintió, lamiéndose nerviosamente los seductores labios rojos—. Lo leí en los periódicos.

—Bueno, ¿entonces esperas que te oculte aquí de la policía, cielo? Porque no lo voy a hacer.

Se incorporó en la cama.

—Escucha, Dan Turner —susurró con desesperación—, ¡te necesito! Estoy en un lío... un verdadero lío.

Y eres el único que puede sacarme de él.

—¡Ni hablar! Tú no necesitas un detective privado, necesitas un abogado criminalista.

—No —dijo ella—. Te necesito a ti, Dan Turner. Mira, ¿te gustaría verme colgando de una soga? ¿Te gustaría ver este cuerpo blanco transformado en un trozo de carne fría y sin vida... comida por los gusanos? —se pasó los dedos por los pechos y las caderas.

Me estremecí ligeramente. No era una imagen agradable la que sugería. Y luego pensé en la rubia Wanda Wynne. Pensé en la herida de cuchillo en el pecho de Wanda...

—Deberías haber pensado todo eso antes de matar a la muñeca Wynne —dije.

—Pero... ¡yo no la maté! —gimió Estrellita.

—Mentira. Eras la única persona que estaba cerca de ella. Y estabas molesta con ella... muy molesta —dije.

—¡Pero yo no la asesiné!—exclamó Estrellita Souzan con un grito ahogado de desesperación—. Tienes que creerme, Dan Turner, ¡debes hacerlo!

—Si no lo hiciste tú, ¿entonces quién lo hizo? —ladré.

—¡Wanda fue asesinada por... por su propio marido! —susurró la bella morena.

Pesqué un pitillo del bolsillo y lo prendí para ocultar mi asombro. Me preguntaba adonde demonios quería llegar Estrellita.

—Escucha —me suplicó—, Wanda Wynne mantenía en secreto que estaba casada. Su esposo era un hombre llamado Tony Bogard. Antes trabajaba en el circo... y era ¡un lanza cuchillos!

—¿Qué...? —me ahagué con una bocanada de humo de cigarrillo.

—¡Sí! Y Tony Bogard se encontraba hoy entre el público, contemplando el concurso de belleza. ¡Yo le vi, en primera fila frente al escenario! —el tono de Estrellita era condenadamente convincente. Parecía estar segura de sí misma, y empecé a darle crédito. O al menos deseaba escuchar lo que tuviera que decirme.

Me acerqué a mi escritorio y saqué un botellín de Vat 69 y un par de vasos. Serví dos vasos de whisky bien cargados y me senté en la cama. Estrellita y yo apuramos nuestras bebidas. Luego dije:

—Ahora, comienza por el principio, cielo, y dame el parte.

Ella dejó escapar un suspiro que hizo que sus pechos se elevaran. A continuación comenzó a hablar:

—Wanda Wynne estaba casada con el tal Tony Bogard, un ex lanzador de cuchillos circense. Pero Wanda se separó de Tony hace mucho tiempo.

Wanda vino a Hollywood y Ben Berkin la conoció. Se encaprichó con ella... mucho.

—Sí, continúa—dije.

—Bueno, la esposa de Ben Berkin, Irene, estaba muy celosa. Sospechaba que Berkin estaba intimando con Wanda Wynne. Así que Berkin no podía ayudar mucho a Wanda en su carrera cinematográfica, por miedo a que corriera el rumor y su esposa se enfadara.

Asentí. Hasta el momento todo concordaba y tenía sentido.

—Mi teoría es —siguió explicando Estrellita— que Ben Berkin concibió la idea de este concurso de belleza para poder ofrecer así a Wanda Wynne un debut en el cine sin que pareciera un favor personal. Si ella ganaba el concurso, podría darle un contrato en la productora y todo parecería correcto. Así pues, Berkin lo planeó todo para que Wanda ganara el concurso. Sobornó a los jueces.

—No me sobornó a mí —repliqué.

—No necesitaba hacerlo. Ya había comprado a los otros dos jueces. Ellos neutralizarían tu voto.

Recordé entonces la mirada elocuente que inter— cambiaron aquellos otros dos jueces, cuando me vencieron en la votación. Comencé a creer que quizás Estrellita Souza tenía razón.

—Sigue hablando —le dije.

—Mientras tanto —prosiguió—, el marido de Wanda, el lanza cuchillos Tony Bogard vino a Hollywood. Descubrió que Wanda estaba intimando con Ben Berkin y perdió la cabeza por los celos. Hoy estaba entre el público y vio a su esposa ganar el concurso. Debió de darse cuenta de lo mucho que ahora estaría en deuda con Ben Berkin... y que tendría que causarle una buena impresión, muy buena. Así pues, en un ataque de celos, lanzó la daga al corazón de Wanda.

—¿Y cómo es que sabes tanto? —pregunté.

—No lo sé. Tan sólo lo supongo. Pero sé que tengo razón. Lo presiento... aquí —se apretó su desnudo pecho izquierdo.

—¿Por qué te diste a la fuga después de que asesinaran a Wanda Wynne? —le pregunté.

—Yo... vi ese trofeo de plata tirado en el suelo del escenario —dijo ruborizándose—. Estaba convencida de que tenía que haber sido mío; estaba convencida de que yo habría ganado si el concurso hubiera sido limpio. En ese momento tuve un impulso alocado... y lo obedecí. Robé la

copa de plata y me escabullí entre el barullo general. No fue hasta más tarde cuando fui totalmente consciente de que mis acciones podrían haber levantado sospechas... que podría ser acusada de asesinar a Wanda...

En contra de mi voluntad, la creía. Vi algo brillante junto a la cama. Era la enorme copa de plata.

Estrellita se la había traído con ella cuando se ocultó en mi apartamento. Miré a la monada hispana y dije:

—Aceptando que haya algo de verdad en tus teorías, ¿por qué viniste aquí? ¿Y por qué estás medio desnuda?

Me miró a los ojos con expresión franca.

—Te necesito. Eres el único que puede salvarme. No tengo dinero para pagar tus servicios. Pero...

Entendí lo que insinuaba. No tenía guita, pero tenía sex—appeal. A raudales.

—Imposible, nena. No estoy en este negocio por la mera diversión.

—¡Por favor...! —susurró ella, y me tomó la mano. La dirigió a su pecho.

Un cosquilleo me subió por el brazo. Mi problema es que no me puedo resistir a las mujeres. Siempre me hacen romper mis buenos propósitos. Y los pechos de Estrellita eran cálidos y suaves...

Después de todo, soy humano. ¡Qué demonios!

Lo siguiente que supe es que tenía a la preciosidad morena entre mis brazos. Y ella se abrazaba a mí con toda la pasión caliente de su sangre latina. Cuando la besé, sentí la punta de su lengua ardiente entre sus fragantes labios entreabiertos. Pude sentir sus muslos rodeándome, y cuando le apreté los pechos, gimió y me rodeó el cuello con los brazos...

No me molesté en apagar la luz...

Un buen rato después, me dispuse a telefonar. Tenía intención de comprobar parte de la historia de Estrellita Souzan; y si me había dicho la verdad, la ayudaría tanto como pudiese.

Llamé a uno de los tipos que había sido jurado en el concurso de belleza en los estudios Cosmos. Cuando lo tuve al aparato le dije:

—Soy Dan Turner. Voy a preguntarle algo y quiero una respuesta directa, porque tiene que ver con el asesinato de Wanda Wynne. Lo que quiero saber es esto: ¿le sobornó Ben Berkin a usted y al otro miembro del jurado para beneficiar a Wanda Wynne en el concurso de belleza?

Vaciló durante unos instantes. Y luego dijo:

—Sí, tiene razón, Turner. Ben Berkin había amañado todo.

—Gracias —le dije. Y colgué.

Luego me volví hacia Estrellita Souzan.

—Y en relación al tal Tony Bogard, el lanzador de cuchillos que estaba casado con Wanda Wynne —dije—, ¿sabes por dónde se mueve?

Ella asintió y me dio una dirección en Fairfax.

—Escucha, Estrellita —le dije mirándola—, voy a salir y te voy a dejar aquí. ¿Me prometes que no escaparás?

—¿Y por qué iba a escaparme? —replicó—. Si salgo, la policía me atrapará.

Era una mujer condenadamente sensata. Le lancé un beso y salí. Una vez abajo, llamé a Dave Donaldson de la brigada de homicidios.

—Escucha, Dave —le dije—, me dirijo a una dirección en Fairfax —le informé del número—. Quiero que vayas allí en unos diez minutos, podría tener algo interesante para ti... en relación al asesinato de Wanda Wynne.

—Lo único que quiero —me respondió gruñendo por la línea telefónica— ¡es echarle el guante a la tal Estrellita Souzan!

—Olvídala de momento —le dije—. No creo que ella lo hiciera.

Colgué antes de que pudiera responderme.

Me metí en mi nuevo cupé y partí hacia Fairfax. Enseguida me encontré delante del edificio de apartamentos en el que se suponía que vivía Tony Bogard. Eché un vistazo a los buzones de la entrada y vi su nombre en uno de ellos. Me hizo sentir bien, porque era otra confirmación más de la historia de Estrellita Souzan. Otra verdad. Subí al apartamento de Tony Bogard y llamé a la puerta.

La puerta se abrió. Vi a un tipo impecablemente vestido con aspecto ratonil, observándome.

—¿Qué quiere? —dijo.

—¿Se apellida usted Bogard? —pregunté.

—Sí, ¿y qué? —me respondió con tono amenazador.

Me colé al interior del apartamento y le dije:

—Usted era el marido de Wanda Wynne, ¿no es así? ¿Estaba en los estudios Cosmos cuando fue asesinada?

Sus ojos de roedor se achinaron, brillando.

—¿Quién se lo dijo? —gruñó.

—Usted era antes lanzador de cuchillos, ¿cierto?

Su rostro enrojeció.

—¡Esa asquerosa Estrellita Souzan se ha ido de la lengua! ¡Debí suponerlo antes de contarle tanto!

Cuando dijo esto, me quedó clara la película. Supe por qué Estrellita había averiguado tanto. ¡Estrellita había estado sonsacando a este idiota de Tony Bogard! Me miró y dijo:

—Así que Estrellita está escondida en su apartamento, ¿no es así, Turner?

Fue listo al averiguar eso. Y yo había sido un completo idiota al darle la pista. Pero de nada servía llorar por la leche derramada. Saqué la pipa para retenerle hasta que Dave Donaldson llegara a la escena.

Pero Tony Bogard era demasiado rápido para mí. Hizo algo que debería haber previsto, aunque no lo hice. Me pilló con los pantalones bajados. Se sacó un estilete de la manga del abrigo e intentó clavármelo.

Lo esquivé, pero la hoja penetró en la parte carnosa de mi brazo izquierdo. Tuve la impresión de que me clavaban un hierro candente en la carne. Me dolía muchísimo. Se me enrojeció la visión y cargué contra él.

Me recibió con la cabeza por delante, y chocamos nuestras cornamentas como un par de alces. Lo tenía inmovilizado por el abrigo y noté que este se rompía. Luego Bogard lanzó la rodilla y me la clavó en un lugar del que no me gusta hablar.

Me doblé hacia delante, más dolorido que siete infiernos. Tony Bogard cogió una botella de la mesa que había en medio del cuarto y me bautizó con ella, como si yo fuera un barco a punto de ser botado. Entonces comencé a caer más... y más... y más.

Cuando me desperté, Dave Donaldson me sacudía violentamente y me noté un chichón en la cabeza del tamaño de un Graf Zeppelin. Abrí los ojos y me tambaleé incorporándome, me sentía mareado.

Donaldson sacó una petaca de bourbon y me la pasó; eché un buen trago, a pesar de que no me gusta el bourbon. Me sentí algo mejor.

—¿Qué demonios te ha ocurrido? —preguntó Donaldson.

—Llegaste demasiado tarde, no tendría que haber pasado.

Entonces vi algo en el suelo. Era una cartera de piel. La recogí. Tenía el nombre de Tony Bogard grabado en oro. Recordé que se rompió su abrigo cuando estábamos forcejeando. La cartera debió de caerse entonces

del bolsillo, y se le pasó por alto cuando salió huyendo tras dejarme inconsciente.

Abrí la cartera. Dentro había una hoja de papel. La saqué y la leí.

Estaba escrita con tinta verde, y reconocí la letra:

«Querida Wanda: está todo arreglado para que ganes el concurso de belleza. Cuando recibas la copa, mira dentro. Encontrarás un diamante de cinco quilates... Con todo mi amor, Ben».

Me giré hacia Dave Donaldson y dije:

—Esta nota fue escrita por Ben Berkin para Wanda Wynne. Y, de alguna forma, el marido de Wanda, Tony Bogard, se hizo con ella.

—¿Tony Bogard? —Donaldson me miró fijamente—. ¿Quién es ese?

—Es el tipo que vive en este apartamento. El que me dejó noqueado. El que quería que arrestases... ¡El tipo por el que te telefoneé y te pedí que vinieras a mi encuentro!

—Pero ahora ya no está —dijo Donaldson.

Le agarré por las solapas.

—Sí, ¡y creo que sé adonde ha ido! —saqué a Dave a rastras del apartamento y bajamos las escaleras. Me sentía mareado... y aterrado. Había tenido una intuición...

Dejamos el coche oficial de Donaldson aparcado tras una curva y nos montamos en mi coche para ir más rápido. A pesar de tener una herida en el brazo, conduje yo, y zumbaba que daba gusto. Mi nuevo carro era un verdadero bólido. Lo mantuve en todo momento a noventa, ¡y al diablo con el tráfico!

Diez minutos más tarde me fundí una fortuna en goma de neumáticos al frenar delante de mi choza.

—¡Vamos! —grité a Dave Donaldson.

Me siguió a trompicones; entramos en la casa y subimos las escaleras. Llegué a la puerta de mi propio apartamento. Estaba abierta...

—¡Por todos los santos! —dije, y me lancé al interior.

Me quedé helado en el vano de la puerta de mi dormitorio. Me encontré precisamente con lo que había temido encontrar.

El adorable cuerpo desnudo de Estrellita Souzan estaba tirado sobre la cama. Pero ya no era tan adorable. Estaba completamente cubierta de sangre. Había una herida de cuchillo en su pecho. Estaba tan muerta como una caballa.

Dave Donaldson le echó un vistazo a la chica. Luego se volvió a mí.

—¡Maldito seas, Dan Turner! —bramó—. ¡La estabas escondiendo aquí!

—Sí —dije—, porque sabía que ella no mató a Wanda Wynne.

—Entonces, ¿quién lo hizo?—gruñó Donaldson—. ¿Y quién ha asesinado a la tal Souzan ahora mismo?

—Tony Bogard ha asesinado a Estrellita Souzan —respondí.

Y luego me percaté de algo. Vi que la enorme copa, la copa que Estrellita había robado y traído a mi apartamento, ya no estaba allí. ¡Había desaparecido!

El asesino la había robado. Pero ¿por qué? ¿Para llevarse el diamante del interior? Era absurdo. ¿Para qué iba a llevarse la enorme y pesada copa cuando podía simplemente sacar el diamante?

Y entonces, de repente, supe la respuesta.

Agarré a Dave Donaldson por la muñeca y exclamé:

—¡Ven conmigo! ¡Voy a ponerte en bandeja al asesino de Wanda Wynne! —y lo saqué a rastras del apartamento.

Nos apiñamos en mi bólido. Encendí el motor... hundí el pie en el acelerador a fondo y me dirigí a Beverly Hills.

—¿Adónde vamos? —farfulló Dave Donaldson.

—¡A casa de Ben Berkin! —respondí—. ¡A ver a su viuda, Irene Berkin!

Dave maldijo cuando derrapé en una curva. Si alguna vez un motor ha recibido castigo, el mío sin duda lo padeció en esos momentos íbamos a toda pastilla.

Y entonces frené en seco, a media manzana de la maravillosa residencia de Ben Berkin. Se veía luz en el salón. Donaldson y yo nos dirigimos al porche. Le hice una señal para que se mantuviera en silencio y saqué mi llave maestra. Logré abrir la puerta de entrada. Nos deslizamos al interior de la casa.

Cerca del pasillo principal oí voces en el salón. Era la pelirroja Irene Berkin, la viuda de Ben Berkin.

—Aquí tienes tus diez mil dólares —decía—. Dame la copa y la carta.

Entonces sonó la voz de Tony Bogard.

—De acuerdo —dijo—. Toma la maldita copa. Y aquí está la carta... ¡Cielo santo! ¡No la tengo! ¡Debo de haberla perdido!

En ese momento desenfundé mi automática y entré en la habitación.

—Sí. Perdiste la carta, Tony Bogard —dije—. Y yo la encontré.

Se volvió hacia mí. Me mostraba sus dientes de rata en una mueca salvaje. Pude ver su mano levantándose para lanzarme un cuchillo...

Dave Donaldson disparó por encima de mi hombro. Casi me deja sordo. La bala alcanzó a Bogard directamente entre los ojos, y Bogard se desplomó. Irene Berkin soltó un grito.

—¿Pero qué...?

—Tranquilícese, señora Berkin —dije—. Todo ha acabado ya.

Entonces Dave Donaldson me miró. Señaló el cadáver de Tony Bogard.

—¿Este es el tipo que se cargó a Wanda Wynne? —dijo.

—No —respondí—, pero asesinó a Estrellita Souzan en mi apartamento hace un rato.

—Pero entonces... ¿quién demonios mató a Wanda Wynne durante el concurso de belleza? —insistió obstinadamente Donaldson.

—Un hombre muerto —le respondí.

Donaldson me miró como si yo hubiera perdido totalmente la cabeza.

—¿De qué demonios estás hablando? —gruñó.

—Señora Berkin —dije volviéndome hacia ella—, permítame que le haga una pregunta.: usted sabía que su marido se veía con Wanda Wynne, ¿no es así?

—Sí...—dijo ella.

—¿Y usted se lo reprochó a su esposo, tal vez? ¿Le amenazó con divorciarse a menos que él la dejara?

—Sí...—repitió.

—Bueno —gruñí—, él probablemente intentó dejar a Wanda... pero Wanda no se lo permitió. Tenía muchos intereses puestos en él. Así pues, su marido, Ben Berkin, optó por otra solución. Él la mató.

—¡Te has vuelto completamente majara, Turner! —dijo Dave Donaldson—, ¡Ben Berkin llevaba muerto casi una hora cuando Wanda Wynne fue acuchillada! ¡Había sufrido ya el accidente de tráfico!

—Sí, lo sé —dije—. Eso es lo que lo liaba todo. Pero ahora ya lo entiendo. Ben Berkin realmente amaba a su esposa, no quería divorciarse de ella. Quería quitarse de encima a Wanda Wynne, y cuando vio que no la podía comprar, decidió asesinarla. Organizó un concurso de belleza que Wanda tenía que ganar. Gracias a sus habilidades como platero, hizo una copa enorme como premio. Sobornó a los jueces para asegurarse de que

Wanda Wynne ganaba la copa. Y escribió una carta a Wanda, contándole que había escondido un diamante dentro de la copa.

—¿Y qué? —inquirió Donaldson.

—Pues cuando Wanda Wynne cogió la copa, se marchó del escenario con ella. Estrellita Souzan bajó a su lado. Wanda introdujo la mano para coger el diamante... Pero, esperad un momento, os mostraré lo que ocurrió.

Levanté la enorme y grotesca copa del suelo. La separé de mí. Coloqué la mano en el interior, palpé ligeramente y encontré algo duro y con varios lados; un diamante. Parecía estar pegado al falso fondo de la copa. Tiré de él.

La pesada figura de plata (la mujer desnuda en bajorrelieve de la parte exterior del trofeo) se abrió súbitamente. Se oyó un sonido de muelles metálicos. Luego la figura volvió a cerrarse.

—Ben Berkin colocó un estilete en el interior de la copa —dije—, entre el armazón exterior y la parte del falso fondo en el interior. Al levantar el diamante en el interior del trofeo se libera un muelle. La figura de plata se abre... y el estilete sale disparado, con la punta por delante. Así es como Wanda Wynne fue asesinada por un hombre muerto. Así es como Ben Berkin la mató, incluso tras haber perecido en un accidente de coche.

—¡Dios Santo! —exclamó Donaldson; luego miró al hombre muerto, Tony Bogard—, ¿Y qué pinta él en todo esto?

—Bogard debió encontrar la carta que Ben Berkin escribió a Wanda Wynne... la carta en la que le informaba del diamante en el interior de la copa. Cuando Bogard vio a morir a Wanda, probablemente se dio cuenta de la verdad. Así que decidió hacerse con la copa de plata y usarla para extorsionar a la señora Berkin, aquí presente. Tony Bogard tenía que matar a Estrellita Souzan en mi apartamento para conseguir la copa de plata. Luego vino aquí a ver a la señora Berkin y le pidió los diez mil; o bien contaría a la policía que el fallecido Ben Berkin había sido un asesino —miré a Irene Berkin—. ¿No es así? —le pregunté.

—Sí —dijo asintiendo compungida— Y yo... le pagué el dinero, para mantener el recuerdo de Ben limpio de una mancha de asesinato.

Sentí verdadera lástima por ella. Había amado a Ben Berkin... y Ben la había amado a ella. La había amado lo suficiente para matar a una mujer y evitar así el divorcio...

Me volví a Dave Donaldson y dije:

—Escucha, Dave. Ben Berkin está muerto. Y también Tony Bogard. Tony Bogard era un asesino... mató a Estrellita Souzan en mi apartamento hace un rato.

—¿Y qué? —preguntó Donaldson, lentamente.

—Que teniendo en cuenta que Bogard ya está muerto, digamos que fue él quien asesinó a Wanda Wynne... que era su esposa. Bogard había trabajado en el circo como lanzador de cuchillos, así que la historia será aceptada sin mayores preguntas. ¿Qué te parece? ¿Estás en esto?

—Sí —dijo Donaldson—, estoy en esto. Ben Berkin no era mal tipo. Y ahora ya está más allá de la justicia.

Beyond Justice
Spicy Detective Stories, noviembre, 1935

OceanofPDF.com

El caso del horóscopo

Estaba dando una vuelta en coche por Wilshire Boulevard, sin pensar en nada en particular. Era demasiado tarde para ir al cine y demasiado pronto para irme a dormir. Y por una vez en mi malgastada vida no me apetecía pillar una curda. Así que me limitaba a matar el tiempo dando una vuelta.

De repente oí una voz que me llamaba:

—¡Dan! ¡Dan Turner!

Hundí el pie en el freno y me arrimé al bordillo frente a un enorme edificio de apartamentos. Alguien se acercó corriendo a mi buga. Era una chica. La reconocí: Evelyn Anderson, editora de una de las grandes revistas de cine de la Costa Oeste.

Evelyn era alta, pelirroja y de ágil figura. Metió la cabeza dentro del auto y dijo:

—¿Vas a algún sitio en particular, Dan?

—No. ¿Quieres acompañarme?

—No —dijo negando con la cabeza—, pero conozco a alguien que sí.

La miré.

—La chica que vive en el apartamento junto al mío tiene que llegar al aeropuerto de Grand Central. Debe coger el avión de las diez en punto a Nueva York. Ha llamado a un taxi, pero aún no ha llegado. Cuando te vi pasar con el coche, pensé...

Miré mi reloj de pulsera. Eran las nueve y treinta y cinco.

—¿Dónde está ella? Con un poco de suerte podríamos llegar a tiempo.

Evelyn se giró y se dirigió a toda prisa hacia el edificio de apartamentos. La vi susurrar algo a alguien oculto en las oscuras sombras de la entrada del edificio. A continuación, una monada se acercó corriendo. Era joven, bajita y con cuerpo sinuoso, y llevaba una pequeña bolsa de viaje.

—¿Es... es usted Dan Turner, el detective privado?

—Eso es lo que siempre he creído. ¿Y usted...?

—No me conoce. Soy Diana Banning. Yo...

—Pero... ¡claro que sí! Estoy tonto al no recordarla. La conocí una noche en una fiesta... en el Cocoanut Grove.

Lo cual era mentira. No la había visto en mi vida. Pero había visto fotos de ella en los periódicos y las revistas. Era una de las jóvenes promesas de los Wampas⁵ que trabajaba para los estudios R.K.X. Además, se rumoreaba que era la nueva favorita de Saúl Romne. Saúl Romne era, por supuesto, el gran jefazo de los R.K.X.

—Evelyn me ha dicho que no le importaría llevarme al aeropuerto...

—¡Salte a la nave! —le dije—. No tenemos mucho tiempo.

La chica se metió en mi cafetera. Apreté el acelerador y salimos pitando de allí. La palomita Banning se sentó muy cerca de mí. Temblaba. Podía sentir su muslo tembloroso junto al mío.

—¿Un viaje inesperado?

Ella asintió sin decir nada. Tras unos minutos en silencio dije:

—Encontraré cigarrillos en el bolsillo de mi abrigo. Encienda un par y póngame uno en la boca. Necesito tener ambas manos al volante.

La chica miró el velocímetro. Marcaba cien. Luego rebuscó en el bolsillo de mi abrigo. Encendió un par de pitillos y me pasó uno. Por el rabillo del ojo observé cómo fumaba el suyo. Lo hacía con caladas rápidas, cortas y nerviosas. Parecía asustada por algo... o alguien.

Volví a echar una ojeada disimulada. Tenía el cabello castaño y un bonito perfil. Además poseía el mejor par de pulgas juguetonas que jamás hubiera visto antes. Se proyectaban hacia delante como un par de cojines duros. Sus piernas, temblorosas y totalmente estiradas bajo el salpicadero, parecían bonitas bajo la tenue luz del panel de indicadores. No se le podía recriminar a Saúl Romne que estuviera colado por ella, si es que los rumores eran ciertos.

Tomé la curva de Los Feliz Boulevard sobre dos ruedas. Y a continuación, de repente, un enorme Buick sedán apareció a nuestro lado y comenzó a empujar mi cupé hacia el arcén de la carretera.

—¡Qué demonios! —exclamé.

A continuación sentí que algo duro y frío se clavaba en las costillas de mi costado derecho.

—Pisa fuerte... ¡rápido! —dijo Diana Banning con un susurro histérico. Volví la cabeza para mirarla. Tenía una pistola en la mano y estaba clavándomela en el riñón.

Era mi propia pistola. ¡La había cogido del bolsillo de mi abrigo cuando buscaba los cigarrillos! Me lo merecía por no haber guardado el arma en la funda del hombro, donde debía estar.

No me gustaba que me apuntara con mi propia pistola. Y tampoco me gustaba el enorme Buick sedán. Actué con rapidez. Hundí el pie en el acelerador hasta el fondo. Mi ocho válvulas saltó hacia delante como un galgo produciendo un zumbido bajo la parte trasera.

Y luego me la jugué. Solté el volante durante una fracción de segundo, me revolví y abofeteé a la Banning en los morros con el dorso de la mano. No lo suficientemente fuerte para hacerle daño... pero lo suficiente para lograr lo que me proponía.

La chica ahogó un grito; la automática saltó en sus dedos. La atrapé apartándola de su alcance. Con el mismo movimiento volví a sujetar el volante. Simultáneamente, el Buick sedán se colocó una vez más a nuestro lado. Y entonces fue cuando rugió su sirena.

—¡Polis! —dije entre dientes.

Diana Banning se agachó con el rostro completamente blanco.

—¡No les deje que me atrapen! —lloriqueó—. ¡Yo no lo hice! ¡Yo no la maté!

—Váyase al infierno, muñeca. No ando buscando problemas con la ley.

Y clavé el pie en el pedal del freno. Ralentiqué y aparqué en el arcén. El Buick se detuvo delante de mí, bloqueándonos el paso. Un poli uniformado con cara de perro salió del auto y se acercó a nosotros. Llevaba una libreta de multas en la mano. Tenía aspecto de ser un tipo duro.

—¡No le deje que me lleve! —volvió a gimotear Diana.

—¡Por Dios, cierra la boca, cielito! —a continuación salí del buga y avancé al encuentro del polizone—. De acuerdo, amigo, ¿cuál es el problema?

—Déjeme ver su permiso de conducir.

Saqué mi cartera y se la mostré. Mi permiso estaba en una solapa y mi placa en la otra. El policía les echó un buen vistazo. Luego me miró.

—¿Es usted Dan Turner? —percibí cierta admiración en su voz.

—Sí. Y tengo una prisa tremenda. Si va a multarme, hágalo rápido.

—¡Mierda! De todas formas va a librarse de la multa en menos de treinta minutos. ¿Para qué malgastar la mina del lápiz? —y añadió—: Pero, por el amor de Dios, en el futuro conduzca un poco más despacio.

—De acuerdo. Así lo haré.

—Asegúrese de que lo hace —regresó al Buick y se alejó a toda pastilla.

Volví a sentarme frente al volante de mi carro. Apreté el estárter y di la vuelta en mitad de la calle. Me dirigí de nuevo a Hollywood.

Diana Banning me apretó el brazo.

—¿No... no me buscaba a mí?

—No.

La chica dejó escapar un hondo y tembloroso suspiro. A continuación dijo:

—Quiero ir al aeropuerto de Grand Central. ¿Dón... dónde me lleva?

—Pronto lo averiguarás, ricura. Entonces, ¿a quién se supone que no has matado?

Su hermosa jeta palideció como la de un cadáver.

—Yo... estaba bromeando. No quise decirlo que dije.

—De acuerdo —le respondí con calma—. Simplemente bromeabas. No tenías miedo de aquel polizone. Y me clavaste la pistola en los higadillos sólo por diversión. Si a ti te parece bien, a mí también, y ya puedes ir saliendo de mi coche.

Arrimé el auto a un lado de la calle y reduje la velocidad.

Repentinamente sus rojos labios comenzaron a temblar.

—¡No... no! —susurró desesperadamente—. ¡No... no puedes abandonarme ahora! ¡Me atraparán...!

—¿Quién te atrapará?

—¡La... la policía!

—Así que la poli anda buscándote, ¿eh?

Asintió con expresión desconsolada.

—¡Tienes que ayudarme! —dijo temblorosa—. ¡Por favor!

—Podría ayudarte. Pero primero tengo que saber de qué va todo esto.

—Hay... hay una mujer muerta en mi apartamento. As... asesinada. Alguien le disparó a través de la ventana. ¡Pero yo no lo hice! —alzó la voz en un ataque de histeria.

—¡De acuerdo... de acuerdo! —dije—. Mantén el pico cerrado y haré todo lo que pueda.

Cinco minutos más tarde aparcaba el coche delante de mi madriguera. Ayudé a salir a la muñeca de pelo castaño y la acompañé al interior del

edificio. Cuando estuvimos en mi apartamento con la puerta cerrada con llave, serví dos buenos tragos de Vat 69 y le ofrecí uno.

—Bébetelo. Te calmará los nervios.

Y acto seguido apuré el mío de un solo trago. Ella se atragantó con el suyo y luego me miró.

—¿Qué... qué tengo que hacer?

—No tienes que hacer nada todavía; tan sólo decirme el nombre de la chica que se cargaron en tu choza.

—No... no conozco su nombre. Ella vino a verme y comenzamos a discutir por... por...

—¿Sí? ¿Por qué?

—Por... Saúl Romne. Y luego oí un disparo y a continuación ella... cayó a mis pies, muerta.

—¿Y qué pinta Evelyn Anderson en todo este embrollo?

—Vive en el apartamento de al lado. Oyó el disparo y entró corriendo. No me creyó cuando le dije que no había sido yo quien había disparado. Me dijo que me ayudaría a escapar. Llamó al aeropuerto e hizo una reserva para mí. Luego llamó a un taxi. Mientras tanto hice la maleta y luego bajamos las dos a esperar el taxi... y entonces pasaste tú.

—Evelyn Anderson es una buena chica. Intentaré sacarte de este lío.

Una leve desesperación asomó en sus ojos grises.

—No... no hay mucho que puedas hacer, me temo —se estremeció—. ¡Está escrito en mi horóscopo que... seré ejecutada por asesinato!

Clavé los ojos en ella con expresión idiotizada. De todas las locuras que había escuchado, esta era la más estúpida de todas.

—¿El horóscopo? —dije—. ¿De qué demonios hablas?

—¡Es verdad! —respondió con voz cansada—. Todo lo que ha predicho sobre mí el profesor Astrio se ha cumplido. Está escrito en los astros. Me dijo que Saúl Romne se interesaría por mí. Me dijo que me convertiría en una de las jóvenes promesas de los Wampas. Las... las dos predicciones se cumplieron. Y por último, esta misma noche, he recibido una carta del profesor Astrio.

—Déjame echarle un vistazo —le dije.

Abrió el monedero y me pasó un trozo de papel doblado. Lo leí:

«Estimada señorita Banning: veo un augurio terrible en sus astros. Veo una soga colgando sobre su cabeza, y su línea de vida termina de forma muy brusca. Por favor, tenga mucho cuidado. Astrio».

Me metí la nota en el bolsillo.

—¡Por todos los demonios del infierno! No creerás en esas cosas, ¿verdad, cielo? Además, aquí en California no se ahorca a nadie. Les gusta más el gas letal.

Y acto seguido, al verla tan triste, frágil y desamparada, la rodeé entre mis brazos.

La chica se fundió en mi abrazo como una niña asustada. Pude sentir los firmes montículos de sus pechos apretándose contra mi pecho. Su cuerpo se estremeció por agotamiento nervioso. La levanté del suelo. Era ligera como una pluma. La llevé a mi dormitorio y le desabroché los cierres del vestido. No se resistió cuando la desnudé. Parecía como si ya nada le importara.

La miré mientras se estiraba en la cama. Vestida me había parecido una belleza, pero desnuda cortaba la respiración. Sólo le cubrían el cuerpo unas diminutas braguitas y un sujetador de fina malla. Era tan condenadamente hermosa que no parecía real. Su cuerpo estaba formado por una serie de suaves y danzarinas curvas rosadas. Pero sus ojos eran profundas lagunas de miedo.

La besé en la boca y mi deseo se encendió como una hoguera. Luego le ofrecí otro trago de whisky y una cápsula de amital.

—Esto te ayudará a dormir un rato —le dije.

La belleza cerró los ojos. La tapé con una manta. No es que yo lo deseara; hubiera preferido quedarme allí a admirarla. Pero debía hacer algunas gestiones y la dejé en el cuarto.

Salí del apartamento, bajé y me metí en el buga.

Salí de Wilshire y me dirigí al apartamento donde vivía la Banning... al edificio donde había recogido a la chica un poco antes. Eché un vistazo a los buzones y busqué el número de su apartamento. Luego subí.

La puerta estaba abierta. Alguien pululaba por el interior. Entré.

—¡Por todos los santos!—dijo una voz—. ¿Cómo te las apañas siempre para oler estas cosas, Sherlock?

Era mi amigo Dave Donaldson, de la brigada de homicidios. Había otros dos oficiales de la central con él. Detrás de ellos vi un bulto en el suelo. Era el cadáver de una mujer. Tenía una bala en la cabeza.

—Hola, Dave —dije—. ¿A quién se han cargado... y por qué?

Señaló el cadáver. Era una morena bastante atractiva, probablemente rondaba la treintena. Tenía la ropa hecha jirones y el cabello negro

enmarañado cubriéndole los hombros. El vestido había sido rasgado y abierto por delante. Tenía arañazos sobre su piel blanca. El mobiliario de la habitación estaba tirado y desordenado, como si hubiera tenido lugar una lucha terrible antes de que la dejaran fiambre.

—Aún no la hemos identificado —informó Donaldson—. Pero sabemos quién lo hizo.

—¿Quién?

—Una muñequita llamada Diana Banning. Este es su apartamento. Encontramos un hierro y un casquillo. El número de serie está registrado. Lo hemos comprobado por teléfono. Pertenece a la tal Banning.

—¿Y dónde está la palomita? —pregunté con expresión inocente.

—Escapó. Pero la encontraremos. No irá muy lejos.

—Eso espero —dije—. Bueno, supongo que no es necesario que me quede por aquí.

Me dispuse a irme.

—Un minuto, listillo —dijo Donaldson—. ¿Cómo es que has aparecido por aquí?

En ese mismo instante, la pelirroja Evelyn Anderson apareció en la puerta del apartamento. Pudo oír la pregunta de Donaldson. Me lanzó una mirada de alarma y súplica.

Le guiñé un ojo. Luego me volví a Donaldson y dije:

—Vi tu coche aparcado abajo. Simplemente me entró curiosidad.

Dave se tragó el cuento. Así que salí al pasillo. Evelyn Anderson me interrogó.

—¿Ha podido escapar la chica? —preguntó.

—No. Pero está a salvo. Está en mi madriguera. La esconderé hasta que pueda sacarla de todo este lío.

Evelyn me miró atentamente.

—¿Sacarla de este lío? ¿Piensas que es inocente?

—No lo sé. Pero tengo intención de averiguarlo.

Luego bajé a la calle y me metí en el carro. Me dirigí a la covacha palaciega de Saul Romne en Beverly.

Me costó Dios y ayuda dar con ella. Era ya cerca de la medianoche, y el mayordomo de Romne insistió en que su señor se había retirado ya a dormir. Así que escribí dos palabras en una de mis tarjetas de visita, «Diana Banning». Se la pasé al mayordomo y dije:

—Llévele esto al señor Romne... ¿o prefiere que le zurre el trasero?

Poco después Saúl Romne bajó las escaleras. Llevaba puesto un pijama y una bata. Era un diablo bastante atractivo. Me miró de arriba abajo y me dijo:

—¿Qué narices quiere de mí?

Esperé a que el mayordomo se alejara. Luego dije:

—Diana Banning está metida en un lío. Una chica fue asesinada en su apartamento... con la pistola de Diana.

—¿Está... está detenida? —dijo palideciendo.

—Aún no. Los polis están buscándola. Pero la he escondido en mi casa.

—¡Por amor de Dios! —Romne se mojó los labios—. ¿Y qué deberíamos hacer? ¿Lo... lo hizo realmente Diana?

—¿Y cómo quiere que lo sepa? —luego añadí—: ¿Le compensaría deshacerse de cinco mil machacantes para que yo lleve el caso e intente sacar a la chica de este apuro?

—¿Cinco mil dólares?

Asentí. Después de todo, ¿por qué dejar pasar la oportunidad de recolectar algo de pasta? No estoy en este negocio por amor al arte.

Romne me miró.

—De acuerdo. Le firmaré un cheque.

Se ausentó durante unos cinco minutos. Mientras tanto aproveché para echar un vistazo a la estancia. Había un escritorio en una esquina del salón y una papelerera junto a él. Acostumbro a revisar las papeleras siempre que tengo ocasión. Se descubren muchas cosas de esa manera. En esa papelerera en concreto encontré algunos trozos de papel. Se leían algunas líneas mecanografiadas. Los cogí todos y me los metí disimuladamente en el bolsillo.

Poco después Romne regresó y me dio un cheque por cinco de los grandes. Lo cogí.

—A propósito, señor Romne... ¿por casualidad usted no habrá estado en el apartamento de Diana esta noche a la hora del asesinato, verdad?

Se ruborizó.

—¡No!

—¿Puede aportar a la policía alguna coartada en caso de que le pregunten?

—Sí —contestó un tanto irritado—. Si necesita saberlo, le diré que pasé la noche en el apartamento de una chica llamada Fifi Glendon.

Encendí un pitillo para ocultar mi sorpresa. Conocía a Fifi Glendon. Era una chica con la que se podía pasar un buen rato, siempre complaciente. Yo mismo había salido con ella un par de veces.

—De acuerdo, señor Romne. Muchas gracias —y me marché.

Me dirigí a casa de Fifi Glendon. Ella misma me abrió la puerta: estaba como una cuba, pero no me importaba. Era más sencillo tratar con Fifi cuando iba cocida.

Le eché un vistazo de arriba abajo cuando me abrió la puerta. Llevaba un pijama color guinda que contrastaba fuertemente con su cabello rubio teñido. Pero un segundo después, no presté demasiada atención al color de su pijama. Lo único que veía era su fino tejido; no hacía falta pasarlo por rayos X para poder echar un generoso vistazo a sus encantos femeninos. Podía ver el contorno de sus firmes y jóvenes pechos, la poética curva de sus caderas. Podía ver lo suficiente.

Tras escudriñarme en el vano de la puerta dijo:

—¡Bueno, bueno! ¡El mismísimo amante profundo en persona! Entra, polizonte. Hazme ojitos, me gusta cómo lo haces.

Entré. La besé... simplemente una formalidad. Pero la forma en que su roja boca se abrió y se aferró a la mía me pilló desprevenido. Me sentía como un nadador zambulléndome por tercera vez en una sensación oceánica. Y lo primero que supe es que la tenía entre mis brazos...

—¿Tienes algo en contra del chantaje, Fifi? —dije tras un largo rato.

Levantó la mirada desde el diván.

—Tengo debilidad por ello. De hecho, hay un par de tipos en estos momentos a los que les estoy sacando bastante pasta.

Sonreí.

—¿Qué te parecería aliarnos para pillar a Saúl Romne la próxima vez que venga aquí?

—¿A Saúl Romne? —Fifi me miró con gesto inexpresivo—. Jamás en su vida ha estado aquí!

Y en ese instante sonó el teléfono.

—Sí. Soy Fifi Glendon —contestó—. ¿Qué? Oh... comprendo. ¿Cinco mil dólares? Claro que sí, señor Rom... eh, señor Jones —colgó y la miré.

—Era Saúl Romne —dije— ofreciéndote cinco de los grandes para que digas que estuvo contigo aquí esta noche. Ha llegado tarde.

—¿Y ahora qué?

La besé.

—Ahora nada, bombón. Pero será mejor que le cobres por adelantado —y me fui de allí.

Mientras me alejaba al volante, revisé todo lo que había averiguado hasta el momento. En primer lugar una dama había sido asesinada en el apartamento de Diana Banning. Yo tenía a Diana escondida en mi choza. En segundo lugar, Saúl Romne me había dado cinco mil para sacar a Diana del atolladero. Pero también me había mentido acerca de su propia coartada... y ahora le ofrecía a Fifi Glendon otros cinco mil pavos para que confirmara su coartada.

Me acordé de los trozos de papel que había rescatado de la papelera. Paré el cupé y pesqué los fragmentos del bolsillo. Los uní. El mensaje mecanografiado decía:

«Saúl: O abandonas tus otros amores y vuelves conmigo, o algo ocurrirá. E. A.»

¡Qué interesante! Pero ¿cuál era el siguiente paso? Entonces recordé la tontería sobre el horóscopo que la Banning me había contado. Todavía conservaba la carta que había recibido del Profesor Astrio, donde le advertía que una soga pendía sobre su cuello, según los astros. Bueno, ¿cómo podría saber este falso astrólogo una cosa como esa antes de que hubiera ocurrido?

Paré en una de esas tiendas que permanecen abiertas toda la noche y eché un vistazo al listín telefónico. Conseguí así la dirección del Profesor Astrio. Vivía en un lujoso apartamento en Yucca Street. Regresé a mi cafetera y la puse en movimiento.

Aparqué antes de llegar a la dirección de Astrio. Otro coche aparcó detrás del mío. Salí. Miré a todos lados, y entonces exclamé:

—¡Qué demonios...!

¡Dave Donaldson de la brigada de homicidios estaba saliendo del otro vehículo!

—Bueno, bueno, Turner... —dijo cuando me vio—. ¡Aquí te tenemos de nuevo! ¿Qué andas tramando en esta ocasión?

—No mucho. Voy a subir a ver a un astrólogo llamado Asirio. Date el piro y ocúpate de tus asuntos.

—Maldito seas, husmeabraguetas... ¡estás tramando algo en todo este asunto del asesinato, y lo sé!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque vas a ver a Astrio... ¡y era la esposa de As— trio, Edna Astrio, la que encontramos cadáver en el apartamento de Diana Banning!

Me quedé de piedra. La esposa de Astrio, Edna As— trio, ese era el nombre de la morena que se habían cargado. De repente pensé en la carta rota que saqué de la papelería de Romne. Tenía las iniciales «E.A.»... ¡que podrían corresponder a Edna Astrio! Agarré el brazo de Donaldson.

—¡Subamos a ver a este astrólogo ahora mismo!

Subimos las escaleras juntos. El profesor Astrio respondió a nuestra llamada. Era un bigardo alto, delgado y cadavérico, con pelo negro como el carbón, ojos penetrantes y un aire mefistofélico en su porte. No me gustó su aspecto.

—¿Y bien, caballeros? —dijo con voz hueca.

Donaldson no se anduvo por las ramas.

—Su esposa está muerta, Astrio. Fue asesinada en el apartamento de una actriz llamada Diana Banning.

Astrio dio un paso atrás, su mandíbula de apurado afeitado estaba totalmente caída.

—¿Mi... esposa?... ¿asesinada?

—Sí. ¿No sabrá usted por qué se encontraba en el apartamento de la señorita Banning? ¿Sabe usted algo sobre la tal Diana Banning?

De repente, los negros ojos de Astrio centellearon.

—¡Sé mucho sobre ella! ¡Es la chica de Saúl Romne!

—¿Cómo sabe eso? —interrumpí.

—¡Porque yo le ayudé a conseguirla!—dijo con una sonrisa burlona, y luego entre dientes apretados—: Saúl Romne es un asqueroso y repugnante hijo de...

—Cálmese. Será mejor que se explique.

—¡De acuerdo! —rugió—. Les diré todo lo que sé. Romne me pagó mucho dinero para hacer este trabajo sucio. Me sobornó para que predijera el futuro a la señorita Banning. Elaboré un horóscopo falso para ella. Le dije que sería una de las estrellas de los Wampas... que tendría éxito en el cine. Predije que su éxito dependía de que aceptara las atenciones de Saúl Romne. Le dije que así estaba escrito en los astros... que así iba a suceder. De manera que cuando Romne se le insinuó, ella se rindió a él; pensó que debía hacerlo, porque los astros lo habían predicho. Llevo haciendo trabajitos de ese tipo para Romne desde hace tiempo.

—¿Pero qué tiene que ver todo eso con su esposa? —le espetó Dave.

Astrio rió tristemente.

—Mi esposa me ha dejado esta misma noche. Me dijo a la cara que durante el pasado año había estado viéndose con un amante... ¡y que ese amante era Saúl Romne! Me dijo que iba a irse con él... ¡y que me abandonaría para siempre! —sus negros ojos centellearon con fuego infernal—. ¡Yo sé lo que ha pasado! Romne la rechazó. No le importaba en absoluto. Ya tenía un nuevo amor: Diana Banning. Así que mi esposa se fue al apartamento de la Banning para aclararle un par de cosas. ¡Y me juego la vida a que Romne la siguió y le disparó en ese apartamento para deshacerse de ella!

Miré a Donaldson. La teoría de Astrio sonaba bien a primera vista. Y concordaba con un hecho que ya sabía: la propia Diana Banning había declarado que una mujer de cabello negro había llegado a su apartamento y se había enzarzado en una pelea por Saúl Romne.

Además, sabía también que Romne estaba haciendo grandes esfuerzos por hacerse con una coartada para esa noche. Y también tenía una carta de amenaza firmada por «E.A.»... ¿Edna Astrio?

Pero Donaldson no parecía muy convencido de la historia de Astrio.

—Puede que esté en lo cierto en cuanto al motivo de su esposa para visitar a Diana Banning—dijo al astrólogo—. Pero en cuanto a que haya sido Romne el autor del disparo... ¡tonterías! La propia Diana lo hizo —y luego añadió—: No abandone la ciudad, Astrio. Le necesitaremos como testigo cuando encontremos al bomboncito Banning.

Dave y yo salimos.

—Escucha —dije entonces—. Hazme caso y ordena que sigan a Astrio.

—¿Para qué?

—No te lo puedo decir ahora. Pero tengo una razón.

En concreto estaba pensando en la carta que Diana había recibido del astrólogo, en la que le advertía sobre la soga al cuello. Astrio era un fraude, como él mismo había reconocido. Obviamente, no podía adivinar el futuro. Entonces, ¿cómo había sabido que Diana iba a ser sospechosa de un asesinato que aún no se había cometido?

Pero Donaldson se limitó a gruñir.

—Es a Diana Banning a quien quiero pillar. Al infierno con Astrio.

Le acompañé hasta su coche policial, todavía discutiendo con él. No me atrevía a contarle lo de la carta que Astrio había enviado a Diana,

porque eso sería admitir que la había visto.

Se montó en el auto y me sonrió. Y, a continuación, abruptamente, su equipo de radio emitió un crujido; se oyó una voz por el altavoz.

—¡Llamando al teniente detective Donaldson! Detective Donaldson, coche 1325. Acabamos de recibir otra llamada anónima avisando de que la desaparecida Diana Banning está escondida en el apartamento de un hombre llamado Dan Turner...

Tragué saliva. Dave se abalanzó hacia mí, con su pistola de reglamento del calibre 38 en el puño.

—¡Así que esas tenemos! —gruñó—. Me has estado engañando, ¿eh? ¡Nunca pensé que caerías tan bajo!

—¡Deja de rasgarte las vestiduras y escúchame, Dave! Yo...

—¡Súbete al coche, junto a mí! —me ordenó con voz ronca—, ¡Vamos a ir a tu casa ahora mismo!

Lo dijo muy en serio. Yo no podía hacer nada. Subí a bordo y Donaldson se dirigió a toda pastilla hacia mi choza.

Justo en el mismo instante en que aparcó en la acera junto a la entrada principal de mi edificio, vi que dos personas salían y corrían hacia un sedán aparcado. El corazón me dio un brinco. Los reconocí a ambos. ¡Eran Saul Romne y Diana Banning!

No quería que Donaldson los viera, así que eché mano de su calibre 38.

—¡Maldito seas! —gruñó, alzó el puño izquierdo y me dio un puñetazo en toda la proa. Fue todo un señor puñetazo y vi las estrellas... un montón de ellas. Pero también vi cómo se alejaba el sedán de Romne.

Dejé de luchar.

—De acuerdo, Dave. Ahora ya te has cobrado todos los inconvenientes que te he ocasionado.

—Tonterías. Venga... sal del coche. ¡Vamos a subir a tu apartamento y a esposar a la bruja de la Banning!

Le acompañé con suma docilidad. Sabía que mi madriguera estaría vacía.

Dave registró todos los rincones. Luego volvió a mi lado, con expresión de total perplejidad.

—¡No está aquí!

Sonreí y me froté la dolorida mandíbula.

—Claro que no está. Pero estaba. La tenía escondida aquí... lo admito.

—¡Quizás ha vuelto a su propio apartamento! —dijo entre dientes rechinantes—. Venga... ¡Vayamos a ver!

De nuevo en su coche, le pasé el informe completo.

—Escucha, amigo. Diana no mató a la esposa de Astrio.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Quizás te lo diga... si te portas bien.

—Si sabes algo —dijo—, será mejor que lo sueltes todo. O te...

Me limité a reírme de él.

Diez minutos más tarde entrábamos en el apartamento de Diana Banning. El cadáver ya había sido retirado del lugar. Había un policía uniformado de guardia en la puerta. Diana no estaba allí, por supuesto. Dave me miró.

—¿Dónde está? Venga... ¡suéltalo!

—Espera un minuto. Quiero ver si puedo conseguir a alguien que apoye mi historia —me dirigí entonces al guardia uniformado—. Vaya al apartamento de al lado y traiga a la señorita Evelyn Anderson.

Unos instantes después el poli regresó con la pelirroja siguiéndole. Llevaba puesto un camisón de gasa que no tapaba mucho. Era todo un placer mirarla; bonitas caderas, pechos maduros, piernas torneadas. Parecía preocupada.

—De acuerdo, Dave —dije—. Ahora te diré todo lo que sé. Yo pasaba en mi coche por esta calle cuando la señorita Anderson, aquí presente, me paró. Me pidió que llevara a Diana Banning al aeropuerto. Accedí a ello. Pero en lugar de eso la llevé a mi apartamento y la escondí allí. Ella me había contado que había una mujer asesinada en su apartamento... pero que ella no lo había hecho. También me dijo que estaba condenada a morir en la horca... porque el profesor Astrio le había enviado una carta diciéndole eso.

—¿Astrio? ¿Cómo demonios podía saber...?

Sonreí.

—A eso me refiero exactamente. ¿Cómo podía saber Astrio por adelantado que su esposa iba a ser asesinada en este cuarto? A menos que...

—¡A menos que lo hubiera planeado él mismo! —gritó Donaldson. Asentí.

—Tenía suficientes motivos. Sabía que su esposa era una de las muchas amantes de Saul Romne. Eso sería ya motivo suficiente para quitarla de en medio... y cargarle el asesinato a Diana.

—¡El sucio hijo de...! ¡Vayamos ahora a por él! —Donaldson se dirigió hacia la puerta.

—Espera un momento —dije—. Quizás consigas que se derrumbe utilizando la carta que envió a Diana. Te la daré —me rebusqué en los bolsillos, y luego exclamé—: ¡Demonios! ¡La he perdido! Pero escucha... puedo acordarme de lo que decía. Mecanografiaré una copia. El no notará la diferencia —me volví hacia la pelirroja Anderson—. Tienes una máquina de escribir, ¿verdad?

La chica asintió. Nos dirigimos todos a su apartamento. Me dio una hoja de papel. Me senté frente a la máquina y tecleé una copia de la carta de Astrio según la recordaba. «Estimada señorita Banning: veo un augurio terrible en sus astros. Veo una soga colgando sobre su cabeza, y su línea de vida termina de forma muy brusca. Por favor, tenga mucho cuidado. Astrio».

Me levanté del escritorio. Metí una mano en el bolsillo interior y saqué la carta original que Diana había recibido, y que realmente no había perdido. También saqué los fragmentos de folio que había cogido de la papelería de Saúl Romne. Coloqué la carta de Astrio y los trozos de papel sobre el escritorio junto a la hoja que acababa de mecanografiar en la máquina de escribir de Evelyn Anderson. Y dije:

—De acuerdo, Dave. Mira estas «es»... y las «des». ¡Son idénticas! Estas cartas fueron escritas con la misma máquina. Astrio no escribió esa carta a Diana Banning. ¡Evelyn Anderson lo hizo! También escribió esta nota para Saúl Romne. Evelyn Anderson, «E.A.», fue uno de los amores rechazados de Saúl Romne. Ella fue quien disparó a la esposa de Astrio por la salida de incendios y colándose por la ventana de la Banning... ¡eliminando así a dos de sus rivales de un solo tiro!... ¡Cuidado! ¡Agárrala, Dave!

Donaldson se abalanzó hacia la pelirroja Evelyn Anderson. Pero llegó tarde. Ella ya sostenía una automática en la mano. Se clavó el cañón en el pecho izquierdo y accionó el gatillo.

La cogí antes de que cayera en el suelo. A continuación le busqué el pulso. Levanté la mirada y dije:

—Más muerta que un huevo frito.

—Pero... ¿cómo demonios lo has adivinado? —me preguntó Donaldson.

—Aquella llamada anónima a la policía fue la pista. Alguien llamó a la central e informó de que Diana estaba escondida en mi apartamento. Tan sólo había dos personas con las que había compartido ese secreto:

Saúl Romne y Evelyn Anderson. Debíó de ser uno de ellos quien llamó. Y no pudo ser Romne, porque él no quería que enchironaran a Diana. De hecho, fue Romne el que la sacó de mi choza justo antes de que llegáramos allí. Los vi huir. Por eso te arrebaté la pistola y dejé que me pusieras la jeta a tono.

—¿Quieres decir... que fue Evelyn Anderson quien dio el chivatazo a la central de que la señora Banning estaba en tu apartamento?—susurró Dave—. Pero... pero ¿por qué lo hizo? ¡Si poco antes había ayudado a Diana Banning a escapar!

—Fue una treta para alejar las sospechas de su persona. Quería que pareciera que había estado ayudando a la Banning. Pero, de hecho, quería que la pillaran. Planeó todo por adelantado. Envío a Diana una nota falsa, aparentemente de Astrio. Sabía que la Banning creía ciegamente en los astros... y que, cuando le endilgaran el asesinato, no se esforzaría mucho por escapar a su destino. Evelyn Anderson también envió una nota a Saúl Romne, ordenándole que la volviera a aceptar. Cuando él se negó, ella robó la pistola de Diana y mató a la mujer de Astrio con ella... cuando la mujer de Astrio entró en el apartamento de Diana para pelear por Saúl Romne.

—Y tú sospechaste... —dijo Donaldson.

—No sospeché. Lo supe. Lo supe en el instante en que la central recibió el chivatazo por teléfono. Evelyn

Anderson era la única que podía haberlo hecho. Debía tener un motivo. ¿Y cuál era? Celos es lo que concluí. Concordaba con los trozos de papel que robé de la papelería de Romne. Así que me inventé una triquiñuela para usar la máquina de escribir de Evelyn. Eso ha sido definitivo. La nota de Astrio y la carta para Romne firmada «E.A.» procedían de esta máquina. En cuanto hice la acusación... ya viste lo que pasó.

Dave recostó el cuerpo sin vida de la Anderson sobre el suelo.

—Sí —dijo él—. Y tanto que lo vi.

OceanofPDF.com

LA MALDAD DEL MONSTRUO

Las orejas eran puntiagudas y peludas, los saltones dientes frontales eran como afiladas estacas de marfil, y el color de su piel era del azul enfermizo de un cadáver al que un enterrador borracho hubiera olvidado meter en hielo. En una palabra, parecía un delegado comercial de una convención de hombres lobo siberianos. Cuando le abrí la puerta de mi cuchitril y lo vi allí de pie, pensé que estaba teniendo un mal sueño.

—¿Señor Turner? —dijo en un tono que manaba de algún punto inconcreto de las uñas de sus pies.

Sentí que se me erizaba el cabello como una peluca cardada; me las compuse para recobrar el habla y le dije que sí, que yo era Dan Turner.

Tras lo cual me lanzó uno de sus peludos torpedos intentando alcanzarme de lleno en el estómago.

—Pero... ¿qué diablos...? —susurré mientras esquivaba este intento inesperado y no provocado de agresión y apaleamiento. Ya había sido bastante molesto que me hubiesen sacado de mi sueño de medianoche con un persistente golpeteo en la puerta, pero mucho peor fue responder a la llamada y encontrarme frente a lo que parecía un tipo escapado de la pesadilla de algún demente. Cuando la pesadilla intentó dejarme tieso ya fue demasiado.

De manera que me dispuse a reventarlo.

Se tambaleó al fallar el puñetazo, y en ese momento abrió tanto la boca como una rana cazando moscas. Le asesté un golpe en la oreja con mi puño de los domingos, suministrándole una dosis de medicina en perpendicular que lo lanzó volando por el salón, haciendo que le saliera arenilla de los bolsillos traseros del pantalón.

Cuando aterrizó en el suelo, aquellos afilados y puntiagudos colmillos salieron disparados de su boca; una de las peludas orejas también se desgajó y se quedó colgando. Eché un vistazo a mis nudillos; estaban manchados de maquillaje azul. Fue entonces cuando empecé a comprender.

Drácula se enderezó tambaleante hasta ponerse en pie. Cuando la neblina se disipó de sus ojos exclamó:

—Gracias, señor Turner —dijo con acento educado—. Ha sido usted muy amable.

En ese momento lo reconocí.

Era Igor Stravinoff, la estrella del cine de terror. Sin los incisivos de tigre superiores e inferiores en la boca y con sus propios dientes naturales, su apariencia no era tan terrible. Podía incluso soportar la visión de aquella oreja peluda y colgante que oscilaba pendiendo de una de sus patillas. Pero ¿por qué me daba las gracias?

—¡Que me aspen si lo entiendo!

Me quedé mirándole estupefacto. Era un tipo corpulento, sobrepasaba mí más de metro ochenta por unos ocho centímetros y pesaba más de noventa y cinco kilos. Esta corpulencia le hacía parecer malvado en los fotogramas; cuando llevaba su extraño maquillaje parecía el monstruo definitivo salido del mismísimo infierno.

Gracias a su habilidad para aterrorizar a niños pequeños e idiotas, había amasado una fortuna haciendo de hombre del saco para la Paratone Pix antes de independizarse y formar su propia empresa. Y ahora, al convertirse en propietario del cincuenta por ciento de esta nueva productora independiente, iba a enriquecerse incluso más.

Me dirigió una sonrisa irónica.

—Quería decir que me alegro de que me golpease y me tumbase —dijo educadamente.

—¿Eh?

—Me ha permitido comprobar algo que necesitaba averiguar. Me demostró que usted podría hacerlo.

Mi ira comenzó a entrar en ebullición.

—¿Quiere decir que estaba poniéndome a prueba?

—Sí.

—¡Estoy a nada de volver a zurrarle la badana!—exclamé con voz ronca—. Casi consigue que me cague encima.

Su sonrisa retorcida se desplomó a modo de disculpa.

—Le pagaré bastante más que nada si vuelve a golpearme, señor Turner... cuando sea necesario.

—¿Qué? —pestañeeé atónito.

—Sí. Quiero contratarle para que haga justamente eso. Ponga usted el precio.

Hablaba como un fulano al que se le hubieran extraviado dos tornillos y el tercero estuviera a punto de rodar por el suelo.

—¿Está usted cocido o pirado? —le pregunté.

—No estoy bebido —dijo—. Pero si por pirado quiere decir loco, me temo que la respuesta es sí. Vea usted, creo... creo que estoy volviéndome loco.

Volví a sentir un espeluznante escalofrío. Me acerqué al trote a la licorera, me serví una triple dosis de Vat 69 y la apuré hasta el fondo. Ni siquiera me hizo cosquillas.

Stravinoff apoyó nerviosamente su pesada mole sobre el borde de una silla.

—Lo que quiero decirle es que puede que le suene extraño, señor Turner, pero la verdad es que necesito un guardaespaldas para protegerme de mi peor enemigo.

—¿Y quién es su peor enemigo?

—Yo —torció la boca en un gesto amargo.

Antes de que pudiera escupir una respuesta a esta información tan sumamente chiflada, el infierno explotó justo al otro lado de la entrada. Fuera, en el pasillo, alguien comenzó a aporrear enloquecidamente la puerta y se oyó un lamento femenino angustiado:

—¡Déjenme entrar! Por favor... Oh, antes de que sea de... demasiado tarde... Igor, querido, no debes hacerlo, no debes asesinar... —las palabras sonaban con un timbre aterrado.

Volé por encima de la alfombra hasta el otro extremo del cuarto y abrí la puerta de par en par. Una palomita pelirroja irrumpió en el vano y se abalanzó sobre mí; un bombón de cañón doble embutida en un vestido de seda azul verdosa pegado a su cuerpo como esmalte esmeralda.

—¡Igor! —gimió, y a continuación me rodeó con sus brazos. Luego, unos segundos después, pegó un respingo y se separó de mí—, ¡Usted no es Igor!

—No que yo sepa, muñeca.

Ella retrocedió, se volvió, divisó al gigantesco lunático de Stravinoff y gimió:

—¡Oooh, cariño...!

Stravinoff la besó solemnemente; le dejó un manchón azulón de maquillaje en el precioso rostro. Luego me dijo:

—Esta es Lanette, mi esposa, señor Turner —de repente desvió la mirada por encima de mi cabeza—. ¡Mockermann!

Me acerqué de un salto a la entrada; vi que había un bastardo rezagado bajito y musculoso que entraba a la carga. Tenía una pipa en una mano y el cuerpo de un caniche muerto en la otra. El gaznate del caniche estaba totalmente hecho trizas, como si hubiera sido atacado por la dentadura de algún animal selvático, dejando manchada la garganta lanuda con una costra de mejunje marrón. El efecto producido bastaba para revolverle a uno las entrañas.

De hecho, la escena al completo me había dejado más mareado que un borracho en un remolino de agua. Claro que reconocí a Maxie Mockermann. Era el magnate de la industria del cine que poseía la otra mitad de la nueva productora independiente de Igor Stravinoff, y su escasa altura la suplía con una inagotable energía en el mundillo del celuloide.

Los columnistas del cotilleo le llamaban el Napoleón de Hollywood, a pesar de que había sido despedido de una docena de los principales estudios de cine por ocasionar gastos excesivos. Sabía cómo hacer películas de éxito sin reparar en gastos, motivo por el cual la estrella del celuloide se había unido a él. Pero ¿qué diantres hacía con un chucho difunto? ¿Y por qué entraba trotando a mi iglú con una pistola en la mano? El arma parecía peligrosa, así como la manera en que la agitaba a diestro y siniestro. Me lancé hacia la pistola y se la arrebaté de los dedos antes de que pudiera adivinar mis intenciones. A continuación dije con voz lastimera:

—¿Le importaría a alguien comenzar a explicarse, por favor, antes de que tenga que enviar mis medidas para que me confeccionen una camisa de fuerza?

Lanette Stravinoff dejó escapar un profundo suspiro.

—Maxie y yo hemos seguido a Igor hasta aquí desde el estudio —titubeó.

Esto al menos aclaró de alguna manera uno de los puntos; explicaba por qué la estrella del cine de terror iba maquillada de hombre lobo. Evidentemente, había estado trabajando de noche delante de las cámaras y había venido directamente a mi choza desde el set del estudio sin detenerse para quitarse el maquillaje, los colmillos y las falsas orejas.

La pelirroja se dirigió a su maridito:

—Que... quería llevarte a casa después de que repitieras esa última escena —le dijo—, pero te escabulliste antes de que pudiera pararte. Así

que Maxie se ofreció a llevarme en su auto y seguimos a tu taxi...

—Así es —apostilló el fornido Mockermann.

—Desafortunadamente no pudimos alcanzarte hasta que... ocurrió esto —lanzó el perro muerto al suelo, que aterrizó con un golpe sordo.

Los atormentados ojos de Igor Stravinoff se salieron de las órbitas como si fueran dos uvas a punto de reventar.

—¿Yo... hice... he hecho eso?

—En el vestíbulo, sí. Aún tienes la boca manchada —farfulló Mockermann de mala gana.

Lo que dijo parecía ser totalmente cierto. Había un hilillo encarnado alrededor de los morros del gigante; y, cuando se lo limpió con el dorso de la mano, parecía que fuera a tirar hasta la primera papilla.

—Lanette tenía miedo de lo que pudieras hacer a continuación —continuó Mockermann—. Por eso hemos armado tanto escándalo para entrar aquí. También explica por qué yo llevaba una pistola.

Stravinoff se estremeció con un visible gesto de repugnancia.

—¿Pensasteis que yo podría asesinar a alguien?

Volvió a hundirse en su asiento y enterró el rostro entre los dedos. Finalmente logró sobreponerse y me lanzó una mirada con sus demacrados ojos.

—Ahora puede usted entender por qué debo contratar sus servicios, señor Turner.

—Qué me aspen si puedo entenderlo —prendí fuego a un pitillo—. Quizás podría aclarármelo si comenzara por el principio.

Suspiró agotado.

—Es muy simple. Me estoy volviendo loco. Me... me estoy convirtiendo en el mismo tipo de hombre lobo que represento en la pantalla.

—¿Está usted bromeando? —me ahogué con una calada de humo.

—No. Sin ser consciente de ello, yo... hago cosas como esa... —señaló al chucho descuartizado.

—No me fastidie. La gente no se convierte en hombre lobo. Lo que necesita es irse de vacaciones.

—No. No puedo irme de vacaciones ahora. Todo lo que poseo, hasta el último penique de Maxie Mockermann, ha sido invertido en mi nueva película. Aún no está acabada, y debo continuar hasta que se grabe la última escena. Después de eso... bueno, supongo que acabaré en una celda de paredes acolchadas.

Por algún motivo, sentí pena por aquel desgraciado. No parecía estar loco, tan sólo agotado.

—Pruebe con un psiquiatra, amigo —le sugerí—. Probablemente pueda sacarle de este lío.

Volvió a negar con la cabeza, desechando mi sugerencia.

—No... no me atrevo. Un especialista del cerebro con toda probabilidad me encerraría inmediatamente en un manicomio. Aún tenemos que terminar esta producción y estrenarla en las salas. Y ahí es donde entra usted.

—Mire, amigo, sólo soy un detective privado. No sé nada de enfermedades mentales.

—No le estoy pidiendo que me cure. Sólo quiero que esté cerca de mí, que tenga en todo momento sus ojos puestos en mí. Si yo... comienzo a hacer algo que no debiera, usted debe golpearme. Derribarme. Mantenerme a raya. Sé que puede hacerlo —se acarició la mandíbula recordando lo ocurrido unos minutos antes. Luego, desfundó la cartera—. Aquí tiene un adelanto. Quinientos dólares. ¿Es suficiente?

Dudé unos segundos. Hacer de guardián de un demente no es mi idea de la diversión, pero ese fajo de verdes crujientes era tentador. Después de todo, estoy en esta profesión por la pasta.

—De acuerdo, ya tiene a su amiguito de juegos. ¿Cuándo empiezo? —dije al fin.

—Inmediatamente. Se vendrá a casa conmigo.

Su voz cansada concordaba con la posición hundida de sus hombros.

Asentí, le dije que esperase mientras metía en la maleta unos cuantos trapos. Luego me enfundé mi traje de tweed. Cuando regresé al salón, Maxie Mockermann ya se había esfumado. Stravinoff recogió sus colmillos falsos del suelo, se metió las orejas peludas en el bolsillo y me pasó un brazo por el mío y el otro por el de su esposa pelirroja. Bajamos trotando hasta mi vieja cafetera en el garaje y nos embutimos dentro.

Les llevé hasta su lujosa choza a este lado de la línea de Beverly. Ninguno habló durante el trayecto, pero mi mollera no paraba de echar humo. Ciertos aspectos de todo este lío se negaban a encajar; no tenían sentido. Por un lado, Igor Stravinoff no parecía un chalado; y ese perro muerto, por alguna extraña razón, me parecía una farsa. Sin embargo, me reservé estos pensamientos; decidí esperar y ver qué ocurría. El tiempo diría.

En la guarida de Stravinoff, la frau de la estrella del cine de terror me dio las buenas noches y se piró a su boudoir. Igor se dirigió a su propia habitación, mientras una monada rubia del servicio me guiaba a una habitación contigua de invitados.

—¿Desea alguna cosa más, señor? —dijo sonriente.

Súbitamente tuve una idea y le eché una mirada especulativa.

—Sí... pero no estoy seguro de que pueda proporcionármela.

La chica se alisó el uniforme negro de tafetán.

—Simplemente dígame lo que desea. No será información, ¿verdad?

Me sorprendió su agilidad mental. Le dije:

—¿Cómo lo ha adivinado?

Sonrió.

—Usted es un husmeabragas privado. He visto su foto en los periódicos un montón de veces, detective.

—¿Y qué?

—Debe de haber venido aquí con un propósito concreto, y no es flirtear con el servicio.

—Tú no deberías ser una sirvienta, cielo —la achuché ligeramente—. Una belleza como tú debería dedicarse a hacer pruebas para la gran pantalla.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Ese cuento ya es viejo —a continuación se puso seria—. Sé por qué estás aquí, Romeo. Quieres husmear en las intimidades entre la esposa de Igor Stravinoff y Maxie Mockermann. ¿He dado en el blanco?

—Podría ser —le oculté que me acababa de dar un importante dato—. Es el típico triángulo doméstico, ¿verdad?

Iba a contestarme, cuando fuimos interrumpidos. Alguien llamó a la puerta y pude escuchar un cauteloso susurro al otro lado:

—Señor Turner, ¡debo verle inmediatamente!

Era Lanette Stravinoff.

Me entraron ganas de pedirle que se fuera a cardar lana. Pero antes de que pudiera decirle nada, la sirvienta decidió por mí.

—¡Tengo que esconderme, o me zumbarán! —susurró.

Acto seguido se escurrió por debajo de la cama. Sus tobillos desaparecieron allá abajo. Abrí la puerta.

—¿Sí, señora Stravinoff?

La esposa de Drácula se había engalanado con un picardías azul de volantes de delicado encaje. Las ondas ígneas de su cabello caían rodeando su cuello y hombros, destacando el blanco inmaculado de su piel.

—¿Podría venir a mi habitación un momento? —susurró—. Ten... tengo que hablar con usted. En privado.

—La sigo, muñeca —sin pensarlo dos veces aproveché la oportunidad de alejarnos antes de que la rubia que estaba bajo mi cama estornudase o algo similar. Nos dirigimos de puntillas a sus aposentos.

En cuanto cerró la puerta de su cuarto comenzó a hablar:

—Quiero preguntarle algo sobre Igor.

—¿Qué le ocurre?

—¿Usted cree que está realmente loco?

—¿Dónde está ahora? ¿Y qué está haciendo? —inquirí.

—Oh, eso —se encogió de hombros—. Le... le di un somnífero antes de que se marchara a la cama. Quería tener la oportunidad de comentar este asunto con usted sin que él lo supiera.

—De acuerdo, comience con el comentario.

—Bueno, repetiré la pregunta. ¿Está perdiendo la cabeza?

Le respondí que yo no era psiquiatra.

—Pero como profano en la materia, mi respuesta sería no —añadí.

—Y, sin embargo, están esos perros a los que ha matado, como el chucho del vestíbulo de su bloque de apartamentos esta noche —apostilló estremeciéndose—. Y en ocasiones me lanza unas miradas de lo más extrañas...

Reflexioné sobre esto durante un minuto y luego dije:

—Escuche, ¿le importa si utilizo su teléfono?

—No, en absoluto. Sírvase usted. Pero no entiendo...

Rodeé la cama, tomé el teléfono y marqué el número de un amigo, un cámara de los estudios Paratone. Cuando finalmente se despertó y contestó la llamada, me identifiqué y le dije:

—Quiero saber quién es el tipo que se encarga de los objetivos en la nueva peli independiente de Igor Stravinoff en los estudios de la United Service.

—Kip Kenton, y esta es una hora pésima para hacer preguntas extrañas. ¿No sabes que ya es más de media noche?

Le di las gracias, colgué y volví a marcar. Kip Kenton era otro colega mío, alguien en quien podía confiar. —¿Kip?

—Sí. ¿Quién llama?

—Dan Turner.

—Hola, detective. ¿Borracho?

—No, sobrio. Dolorosamente sobrio. Escucha, ¿has trabajado esta noche en el set de Stravinoff?

—Sí, hasta tarde.

—¿Tomas nuevas? —le pregunté.

—No, repeticiones de tomas ya hechas. Un montón de chorradas. Las tomas originales eran igual de buenas, o incluso mejores. Si Mockermann continúa así, terminará volviendo a rodar toda la película y acabará en bancarrota antes del estreno de la obra. ¿Qué es lo que te preocupa?

—De momento, nada —y colgué. Me volví hacia la palomita pelirroja—. Ahí tengo la respuesta, amiga.

Me miró atónita.

—¿Qué respuesta?

—Hagamos algunas suposiciones —saqué del bolsillo otro clavo más para mi ataúd y lo encendí—. Supongamos que cierto productor llamado Maxie Mockermann se quedara en bancarrota. Supongamos que persuade a una estrella del calibre de su maridito para que se le una en una aventura independiente rodando una peli de terror.

—¿Y... bien?

—Por seguir con el razonamiento, supongamos además que Mockermann siente una imperiosa necesidad de hacer una fortuna rápida sin incluir a Igor.

—Pero eso es absurdo —dijo ella—. Maxie no podría hacer una fortuna con una sola producción, incluso aunque sea una película de Stravinoff. Es cierto que las películas de mi marido hacen buena taquilla, pero no llegan a ser millones.

—Esta podría, con la clase correcta de promoción publicitaria —mi respuesta fue rápida como una bala.

—¿Qué quiere de... decir?

—Supongamos que la promocionan como la última actuación de Igor antes de ser enviado a un manicomio de por vida por haberse convertido en un maníaco asesino, exactamente como en las películas en las que siempre actuó.

—No estará insinuando que...

—Sí —gruñí—. Algún discípulo aventajado ha estado haciendo campaña para dinamitar la cordura de Igor, para volverle chiflado. Y el discípulo aventajado bien podría ser Mockermann.

—¡Pero eso es espantoso!

Le di la razón.

—En todo caso, tiene sentido. Si la primera película independiente de Igor también resulta ser la última, y si se estrena simultáneamente con su confinamiento en una celda acolchada como loco peligroso que se cree el hombre lobo, piense en los titulares.

—¡No! ¡Es... es demasiado horrible!

—¿Puede imaginarse las noticias de primera plana? Estrella del cine de terror se vuelve loco. El monstruo cinematográfico es un demente. Los papeles de la pantalla se hacen reales. Créame, las salas de cine necesitarán ayuda extra en las taquillas para poder hacerse cargo de la avalancha. Todo el mundo querrá ver al maníaco haciendo de maníaco.

—Pero... pero...

—Su marido nunca se cargó a ningún perro, nena —continué gravemente—. Le han dicho eso tantas veces que ha terminado por creerlo realmente, pero no son nada más que tejemanejes.

—¿Qué... qué le hace pensar eso?

—Bueno, consideremos esta noche. Usted vio al chucho que Mockermann metió en mi iglú. El afirmó que Igor se lo acababa de cargar.

Ella asintió.

—Sí, él...

—Entonces, ¿por qué el ketchup en el hocico del bicho estaba coagulado, en lugar de fresco y goteando sobre la alfombra? —inquirí—. ¡Mentira! Ese perro había estado muerto durante bastante tiempo. Maxie probablemente se lo cargó y lo trajo con él para mostrarlo como prueba falsa.

—Pero ¿y la san... sangre en la boca de Igor?

—Su propia sangre. Yo le había sacudido. Él mismo me lo pidió.

Dio un paso hacia mí, vacilante.

—¿Realmente cree que Mockermann está detrás de todo esto? ¿Que quiere convencer al resto del mundo de que mi marido es un demente?

—Así es como está escrito en mi libro, cielo.

—¡Oh, mi pobre Igor! —tomó una de mis manos entre las suyas—. ¡Tiene que ayudarlo!

Estaba a punto de decir que haría todo lo que pudiera cuando oí el grito de una mujer en la habitación de la derecha, el cuarto de invitados donde había dejado a esa monada rubia con uniforme de sirvienta de tafetán negro. Era un grito penetrante, áspero y aterrorizado.

—¡Qué demonios...! — exclamé con voz ahogada y le propiné a la palomita pelirroja Stravinoff un empujón que la hizo aterrizar de espaldas sobre la chaise longue. Luego me catapulté hacia el pasillo, derribé la puerta de la habitación contigua y sentí que se me encogían los higadillos. La sirvienta estaba tirada en el suelo con su cabello dorado despeinado y el traje hecho tirabuzones. Un salpicón encarnado y brillante manchaba su cabeza y tenía el cuello amoratado. La habían golpeado y estaba inconsciente; y luego un par de colmillos habían mordisqueado su preciosa garganta. Caí de rodillas y le presioné el corazón con la palma de la mano. Aún marcaba los segundos. Y cuando toqué con los dedos las marcas de los colmillos, una oleada de imágenes pasadas me atravesó el cuerpo; una imagen mental de Igor Stravinoff recogiendo sus machacadores de pega en mi salón... los que llevaba con su disfraz para la pantalla. Algunas cosas comenzaron a encajar en mi cabezota.

A mi espalda la esposa de la estrella del celuloide gimió:

—¡Dios mío! ¡Igor debe de haber... hecho esto!

Me enderecé, la sujeté por los brazos y la sacudí.

—¡Silencio! Cálmese o la frío a tortazos, ¿me entiende?

—Pero usted... yo... pero... —lloriqueó.

—Mueva el culo hasta su boudoir; llame a la comisaría y pregunte por el teniente Dave Donaldson de la brigada de homicidios. Dígale que se persone aquí con un doctor. Dese prisa mientras yo intento que este pastelito no se nos desangre hasta morir.

Luego me acerqué a la cama y rasgué una sábana para hacer un vendaje.

Lanette Stravinoff se alejó aturdida para cumplir mis órdenes. La oí haciendo la llamada; luego, finalmente, regresó justo cuando yo estaba acabando los primeros auxilios. No levanté la mirada, simplemente le pregunté por encima del hombro.

—¿Ha podido hablar con Donaldson?

—Sí —a continuación, abruptamente, soltó un alarido—. Igor, querido, ¿qué... qué intentas hacer?

Su tono me puso en guardia. Me giré, vi bajo la luz una monstruosidad que se cernía sobre mí. El rostro era azul, me mostraba los colmillos y balanceaba una porra en la mano.

Me golpeó con ella antes de que pudiera esquivarla. Multitud de cometas explotaron en mi cabeza y calambres de dolor me atravesaron el cuerpo. Caí hacia delante sobre el bulto inconsciente de la sirvienta rubia.

Pero no me había dejado del todo inconsciente. Tan sólo un poco grogui.

Me incorporé hasta ponerme a cuatro patas, me arrastré de un lado a otro como un borracho en una alcantarilla embarrada, y pude ver al enorme mostrenco saliendo de la habitación al trote, como si tuviera zancos en lugar de pies. Me arrastré hacia él y eché mano de la automática del calibre 32 que siempre llevo en la funda del hombro.

La pipa se encasquilló. Intenté desatascarla mientras continuaba arrastrándome.

Para entonces el idiota gigantesco estaba casi junto a la puerta de entrada de la choza. Entonces, justo cuando giraba el pomo, logré liberar la pistola y disparé una píldora en su dirección.

Supe que le había alcanzado; observé cómo un trozo de cuero del zapato salía volando y vi que la pierna se sacudía violentamente. Pero continuó su camino, llegó hasta el porche y cerró la puerta tras de sí. En ese momento las cosas se me nublaron cuando mi cráneo magullado comenzó a ponerse dramático. Me sentía como alguien intentando nadar a través de una ola de tinta negra.

—¡Igor! —sonó una voz aguda.

Era Lanette Stravinoff soltando alaridos en el pasillo a mis espaldas. Logré girarme justo a tiempo para enfocar mi borrosa visión en su maridito Drácula, el cual salía en esos momentos dando tumbos de su dormitorio. Recuerdo que me pregunté en esos momentos cómo era posible que hubiera recorrido en círculo la vivienda para regresar tan rápido al interior a través de la ventana de su dormitorio. Además, entre tanto se había limpiado el maquillaje y había cambiado el traje por un pijama. Sus ojos tenían una mirada distante.

Y también los míos. En ese momento caí totalmente inconsciente; me eliminaron en la tercera base.

El whisky de centeno hizo que volviera en mí. No me gusta el whisky de centeno. Abrí los ojos; distinguí a Dave Donaldson inclinado sobre mí, encauzando el agua de fuego por mi canal alimenticio. Tosí, hice gestos de protesta.

—¿Por qué no utilizas whisky escocés?

—Que te jodan, cerdo desagradecido—gruñó Dave—. Despierta y respóndeme algunas preguntas antes de que te patee las vegetaciones.

—¿Qué preguntas? —farfullé.

—Quiero saber quién se ha cargado a la pelirroja.

—No es pelirroja —dije yo—, es rubia. Y no se la han cargado; sólo la noquearon y la azotaron un poquito.

—¡No me refiero a la sirvienta rubia! —aulló—. A esa la enviamos al hospital. Saldrá de esta. Me refiero a la señora Stravinoff—señaló hacia abajo con el pulgar.

Me senté, eché un vistazo.

La pelirroja Lanette Stravinoff estaba en el suelo, cerca del lugar donde la sirvienta había yacido recientemente. Pero a diferencia de la sirvienta, este no era un simple caso de desmayo. La esposa de la estrella del terror había recibido el tratamiento completo; le habían rajado la garganta hasta dejarla hecha picadillo. Estaba tan muerta como los bonos de los Confederados.

Dos policías de uniforme me levantaron y me pusieron de pie. Donaldson me puso una mano en el pecho.

—¿Quién era el tipo que salió corriendo de aquí cuando llegamos? Intentamos detenerle, pero sin suerte. Parecía un personaje salido de un cuento de Edgar Allan Poe.

—¿Rostro azulado, orejas peludas y dentadura de tigre?—dije yo.

—Sí.

—Igor Stravinoff.

Dave se dirigió a un sargento.

—¡Dé el aviso por radio de que lo encuentren! —luego se giró hacia mí—. De acuerdo, Sherlock. Oigamos la historia.

Le conté lo que sabía. Cuando acabé, dijo:

—No puedo entender cómo pudo Stravinoff haberte golpeado y haber regresado a su cuarto tan rápido. Además, si le alcanzaste con una bala en la pezuña, ¿por qué no cojeaba cuando lo vimos dándose el piro?

Las nieblas comenzaron a disiparse en mi mollera.

—¡Acabas de dar en el clavo! —grité—. ¡Venga, vamos! —lo agarré y le arrastré afuera hasta su buga oficial. Ya no estaba aturdido. Había visto el final del reguero de pistas frente a mí y estaba ansioso por atar los cabos sueltos.

Donaldson embutió sus carnes bajo el volante.

—¿Adónde vamos?

—A la choza de Maxie Mockermann. ¿Sabes dónde está?

Asintió, pisó el acelerador y nos zambullimos en la noche. Cuando el velocímetro estaba en setenta, dijo:

—Creo que ya pillo la onda. No era Igor Stravinoff. Era Maxie Mockermann. Llevaba zancos para parecer más alto; utilizó el maquillaje de Stravinoff para que pareciera que era el actor el que había clavado los colmillos.

—Sí.

—Era un truco para encerrar a Stravinoff en una casa de locos como maníaco asesino. Tu bala impactó en el zanco de Mockermann en lugar de hacerlo en su pierna de verdad. Por eso lo vimos correr sin cojear. Y también explica cómo pudiste ver al verdadero Igor Stravinoff tan pronto después del follón.

—Claro. Métele caña a este cacharro.

Le metió otros quince kilómetros más por hora. Cruzamos embalados tres stops; casi nos llevamos por delante el guardabarros de una furgoneta del repartidor de leche. Finalmente, la choza de Mockermann se alzó ante nuestros ojos y Dave echó el ancla.

Nos dirigimos hacia el porche de entrada. Probé a abrir la puerta. El pomo giró. La puerta se abrió. Entramos de puntillas.

Una voz estridente y lastimera sonaba en la biblioteca; una voz extraña y forzada como nada que hubiera oído antes en toda mi vida, excepto cuando había sufrido algún ataque de delirium tremens.

—Sé la verdad, Maxie —decía Igor—. Querías convertirme en un demente para que mi última película te reportara una fortuna... y de esa forma podrías robarme a mi esposa cuando me enviaras al manicomio. Tú eres su amante. Ella te ha estado ayudando todo este tiempo.

—¡Aléjate de mí, Igor, eres un demonio!

Este último era Mockermann respondiendo, histérico y completamente aterrado.

Dave y yo llegamos a la puerta de la biblioteca. Estaba cerrada con llave. La aporreé, pero nada ocurrió.

Desde el interior de la estancia, el agudo gemido continuó. Era como la voz de un lobo, si un lobo pudiera hablar.

—Aquí están los mismos zancos que has usado, Maxie. Estuviste en mi casa. Tú y Lanette temíais que la sirvienta os delatara a Dan Turner. Así que intentasteis matar a Turner y a la sirvienta. Queríais que pareciera que lo había hecho yo. Eso bastaría para encerrarme en un cuarto acolchado para los restos. Oí a Turner contándole a mi esposa lo que había logrado reconstruir; pero mi palabra no contaría. La palabra de un loco nunca cuenta.

Retrocedí y me lancé contra la puerta cerrada. Reboté como una pelota de ping-pong.

El lamento vulpino continuó.

—Mi película está acabada. La repetición de tomas no eran más que una pantalla para calmar mis sospechas. Tenías planeado estrenar la producción en cuanto se hubiera hecho pública mi supuesta demencia. Pues bien, Maxie, finalmente vas a conseguir lo que deseas. Verás, ahora soy un hombre lobo.

—¡No... oh, Dios mío... tus dientes, no...!

Disparé una bala a través de la cerradura; logré romperla. Dave y yo entramos en tromba por la puerta; a continuación nos quedamos paralizados.

Igor Stravinoff sujetaba a Mockermann. Al principio me pareció que la estrella del terror llevaba puesto maquillaje; sus orejas no eran exactamente peludas, pero parecían puntiagudas, y sus dientes parecían colmillos afilados. Quizás fuera un efecto de la tenue luz de la biblioteca, pero hubiera jurado que su rostro era del color azulado de un cadáver en descomposición. Las llamas del infierno ardían en sus ojos cuando acercó su boca al gaznate del productor.

Le golpeé.

—¡Ya has matado bastante esta noche, Drácula! —gruñí, y le aporreé en la cabeza con la pistola—. Cuando supiste que Maxie y Lanette estaban pegándotela como a un idiota, se la devolviste. Mockermann es el que golpeó a la sirvienta y a mí, pero tú eres el tipo que se cargó a tu esposa. La dejaste fiambre en tu casa después de que Maxie se largara... mientras yo aún estaba inconsciente.

Sacudió sus poderosos hombros y me empujó.

—Sí, yo la maté. ¡Y ahora volveré a matar! —sus dientes superiores e inferiores chasquearon al juntarse.

Me abalancé sobre él una vez más y le pegué en la cabeza. Su cráneo parecía hecho de hierro forjado. Ni siquiera se le escapó una mueca de dolor. Tenía los dientes pegados a la garganta de Maxie Mockermann y no podía pararle.

—Ellos me convirtieron en un monstruo. Ahora el monstruo se cobrará lo que le deben —gimió horriblemente. Y entonces me di cuenta de que realmente había perdido el juicio. Estaba loco como unas maracas.

De repente lanzó a un lado el cuerpo sin vida de Mockermann... y sonrió.

Era la sonrisa de un lobo, la boca de un lobo... o al menos eso me pareció. Quizás mis nervios estaban descontrolados; quizás tan sólo se trataba de la tenue luz. Sin duda eso espero, porque nunca he creído en hombres lobo y odiaría tener que empezar a mi edad.

Dave Donaldson desenfundó su arma reglamentaria del calibre 38 y apretó el gatillo. La pistola escupió: ¡Bang!, e Igor Stravinoff se derrumbó con un trozo de plomo en su corazón.

—¡Tuve que hacerlo! —Dave tragó saliva—. ¡No había más remedio...!

Me acerqué al interruptor de la pared, lo encendí. Al iluminarse la estancia, la estrella del terror abatida ya no parecía un monstruo. Su color de piel era normal, así como sus dientes y sus orejas.

Miré a Donaldson.

—¿Viste tú lo que yo vi, o es que he sufrido una alucinación por ese brebaje de cebada que me hiciste tragar antes?

Evitó mirarme. Y desde ese día, nunca ha hablado del tema conmigo. Lo único que dijo fue:

—No sé de qué me hablas, Sherlock. Voy a llamar para que venga el camión de los fiambres y así poder largarme de aquí. Luego me voy a poner de alcohol hasta las cejas.

Era una buena idea. Me puse de alcohol hasta las cejas con él.

MONSTER'S MALICE

Dan Turner—Hollywood Detective, mayo, 1943

OceanofPDF.com

LAS ESTRELLAS MUEREN DE NOCHE

Por cincuenta dólares por adelantado, me planté en la esquina acordada de Hollywood con Vine a las diez en punto. La noche era lluviosa y me había olvidado de ponerme una gabardina, así que sobre las diez y media mi sinusitis comenzó a propinarme dolorosas punzadas. A las diez y cuarenta y siete decidí mandar todo al infierno y me fui en coche a mi apartamento, mientras el tabique nasal seguía martilleándome el cerebro. Lo que más deseaba era darme una ducha con agua caliente, echarme unos cuantos tragos de Vat 69 para prevenir la neumonía y regalarme una agradable y cálida sesión en la piltra.

Sin embargo, lo que encontré fue un ladrón y un cadáver, ambos del sexo femenino.

En el instante en que introduje la llave en la puerta de entrada a mi apartamento de soltero tuve la corazonada de que había invitados en el lugar. Las corazonadas son muy útiles en la profesión del fisgoneo privado, especialmente cuando se basan en una cuidadosa observación. En este caso me había dejado una lámpara

encendida cuando salí y ahora, junto a la tenue luz, detecté el almohadón del sofá descolocado y además había una silla apartada unos dos o tres centímetros de su sitio habitual. Alguien había estado pululando por allí durante mi ausencia y, a juzgar por el leve sonido que me llegó desde el dormitorio, parecía que el intruso aún estaba a bordo.

Saqué la automática calibre 32 lentamente de la funda del hombro, donde siempre la llevo; quité el seguro con el pulgar y avancé hacia los ruidos. Hasta llegar a la entrada del dormitorio permanecí tan silencioso como una mosca andando sobre nata montada; luego agarré el pomo, tiré de él con fuerza y me abalancé atravesando el umbral.

No vi a nadie, pero detecté movimiento en el interior del armario ropero.

—¡Ahí quieto! ¡Salga con las manitas en alto o le envío al otro barrio para siempre! —gruñí.

Mi visitante no invitado dejó escapar un gemido ahogado.

—¡Oh, Dios mío...!

Ese fue el pie de diálogo para que me quedara totalmente pasmado. La voz era femenina, y también lo era la propia merodeadora cuando salió retrocediendo del armario y estuvo a mi vista. Lo único que pude ver al principio fue el pliegue trasero de un caro traje de satén esmeralda que ceñía un par de delgados pero gloriosos contornos; el modelito verde estaba rematado por una desaliñada cabellera tan roja como una puesta de sol en el Pacífico pero el doble de espectacular. Luego, lentamente, esta increíble aparición se volvió para mirarme. Sentí que mis ojos se salían de las órbitas como uvas aplastadas.

—¡Barbara Banning! —susurré casi sin aliento.

Mi sorpresa era de lo más natural si se tenía en cuenta el estatus de la palomita pelirroja en Hollywood. Era una de las estrellas más cotizadas del momento en la industria de las fotos en movimiento; la primera estrella en nómina de la productora Altamount. Su deseado cuerpo decoraba las vallas publicitarias de costa a costa, y con su sueldo semanal se podría haber pagado la deuda nacional de Bolivia; y, sin embargo, la había pescado revolviendo en mi choza como una vulgar mangante. Era todo más absurdo que echar sal en el café. No tenía ninguna lógica.

La chica echó una melancólica mirada a mi revólver y lloriqueó lastimeramente aterrorizada.

—Por favor, no, no me dispare, señor Turner. No... no he robado nada.

—¡Ajá! —dije—. ¡Así que me conoces!

—Sí. Usted es Dan Turner, el... detective.

—Cierto. Y como me conoces, supongo que sabías perfectamente que estabas forzando la puerta de mi choza. En otras palabras, no la elegiste al azar.

—E... eso es cierto, señor Turner—reconoció tras un rubor encarnado.

Enfundé mi revólver, prendí un pitillo y exhalé una taciturna bocanada de humo.

—Veamos —dije—. Debe de haber alguna explicación para esto. Todo ha comenzado con una carta anónima que me llegó hoy.

—¿Una carta?

—Sí, una página mecanografiada con instrucciones y que adjuntaba tres billetes de diez dólares y uno de veinte —centré mi atención en ella con ojos achinados a través de otra nube de humo—. ¿La recuerdas?

Ella volvió a sonrojarse.

—No, no, me temo que no sé de lo que me está hablando.

—Seguro que sí lo sabes, gatita. El mensaje sin firmar me pedía que acudiera a la esquina suroeste de Hollywood con Vine esta noche a las diez en punto, donde un cliente potencial se encontraría conmigo en una hora. Y para probarme que la cosa iba en serio me adjuntaba cincuenta pavos.

La monada Banning cambió el peso de un pie al otro con expresión de enojo.

—¿Qué... qué tiene eso que ver conmigo?

—Todo —dije—. Al final no me reuní con nadie. Toda la historia había sido un engaño. Y en lugar de quedarme una hora entera bajo la lluvia, vine a casa un poco antes de lo esperado, y así es como te pillé saqueando mi gallinero. ¿Vas pillando ya la idea?

—Por favor —titubeó—. Yo... yo...

—No intentes hacerte la inocente. Tú me enviaste la carta que contenía los cincuenta pavos. Tú quisiste sacarme de mi choza para poder ventilarla —avancé un paso—. Venga, habla, nena.

—Vale, vale —pude ver que se derrumbaba—. Es verdad. ¿Y ahora qué vas a hacer conmigo?

—Eso depende —la estudié con atención.

—¿De qué?

—De cómo expliques esta escenita—incluí un gruñido en mi voz—. Y será mejor que la explicación sea interesante o hago que te metan en la trena por allanamiento con intento de robo.

—¡No... no serías capaz!

—Y tanto que sería capaz —luego añadí—: Imagina el daño que esto haría a tu carrera, chica.

Barbara Banning se estremeció.

—Yo... yo estaba pensando en mi carrera cuando vine aquí. Intentaba evitar el escándalo. Esa es la razón de que forzara la entrada.

—Eso son evasivas, nada más —afirmé—. Suenas como una buena candidata para ingresar en una casa de locos.

—No... no hay nada alocado en querer recobrar mis cartas, ¿no crees?

La miré detenidamente.

—¿Qué cartas? ¿Te refieres a la nota anónima que me enviaste? ¿La que contenía las cincuenta lechugas?

—No —dijo con tono cansado—. Las cartas amenazadoras que envié a Norine North. Sé que ella te las entregó para que las investigaras. Y yo

estaba in... intentando recuperarlas.

Silbé entusiasmado.

—Espera un segundo, cielo. Empecemos por el principio. ¿Estás hablando de Norine North, la que está en nómina de los mismos estudios para los que tú trabajas? ¿Tu única rival sería en la productora Altamount?

—S... sí.

—¿Y le escribiste unas cartas amenazadoras?

—E... eso es —dejó escapar un suspiro tembloroso—. Eran amenazas de mu... muerte... sin firmar.

Casi me trago el clavo de ataúd que fumaba, encendido y todo.

—Supongo que debo estar quedándome sordo —farfullé con voz ahogada—. Me pareció oír amenazas de muerte.

—Di... dije amenazas de muerte —la exuberante pelirroja me respondió con voz angustiada; a continuación recobró el movimiento inesperadamente; hizo una finta, me esquivó y se escabulló pitando hacia la puerta.

Se necesitan reflejos rápidos para ser un hurón privado y en ese momento tenía los míos tan afilados como para cortar un pelo. Me lancé a toda velocidad tras la pelirroja Banning, la cacé antes de que pudiera llegar al portal.

—¡De eso nada, cielito! —apreté aún más fuertemente la mano con la que le sujetaba el brazo—. No vas a esfumarte de aquí hasta que no lo sueltes todo.

—¡Por favor, me estás haciendo daño en el brazo...!

—Voy a zurrarte la badana si no te pones a piar —le advertí agriamente—. Ahora, cuéntame por qué enviaste amenazas a Norine North.

La chica retorció el brazo entre mis dedos, luego se rindió.

—¡Como si aún no lo supieras!

—Si lo supiera, no te lo preguntaría. Venga, suelta todo antes de que pierda los nervios.

Sus ojos se encharcaron de lagrimillas.

—¿Me estás diciendo que ella no ha venido a pedirte consejo?

—¿Quién? —pregunté—. ¿La palomita North? No, ella no me ha pedido consejo sobre nada. Mira, cielo, deja de interrogarme. Yo soy el que hace las preguntas.

—¡Pero... pero si Norine no ha venido a verte, me... me he equivocado en todo! Es decir...

—¿Qué quieres decir exactamente? Comencemos por el principio. ¿Por qué amenazaste a la nena de North?

—Porque está casada con el hombre que amo y ella se niega a divorciarse.

Clavé mis atónitos ojos en ella.

—¿Me estás diciendo que estás coladita por Garry North?

—Sí...

—Bueno, al menos los eliges guapos —dije, y realmente así lo creía.

El tal Garry North era una estrella del rodeo que recientemente había dado el gran salto de las películas del Oeste a las producciones de clase «A» de gran presupuesto; había logrado mucho más éxito de corbata blanca y chaqué de pingüino que con sombrero vaquero y seis pistolas. Como estrella de las producciones baratas de westerns no había tenido ningún éxito en el panorama de Hollywood, pero su salto a los dramas de salón le había catapultado a lo más alto. Todos los estudios principales se lo disputaban... así como un montón de damas. Tenía lo que hacía falta para camelar a las mujeres.

Sin embargo, su vida doméstica, curiosamente, no valía ni un pimiento. Se casó con la glamurosa Norine North y se separaron hace unos dos años, pero la separación nunca progresó a un divorcio. Por lo tanto, seguía imposibilitado legalmente en lo tocante a agenciarse una nueva esposa. No importaba lo que él pudiera decidir, al menos a este lado de la frontera de la bigamia, considerada ilegal incluso aquí en cinelandia; estaba atado de pies y manos.

—Así que él quiere casarse contigo, pero su esposa no le deja, ¿eh? —dije—. Y por eso tú la amenazaste con liquidarla.

—Sí. Yo... pensé que podría asustarla y que así aceptaría un divorcio amistoso. Por supuesto no firmé esas cartas con mi nombre...

La miré con el ceño fruncido y expresión enojada.

—¿Y qué diferencia hay si firmaste con tu nombre o no? Si ella sabe que su esposo está colado por ti ya debe de haberse dado cuenta de quién envió las amenazas. Hasta un tonto lo sabría.

—No, te equivocas. Hay docenas de mujeres locas por Garry; yo simplemente soy una afortunada entre muchas. Supuse que su esposa se asustaría y no intentaría averiguar cuál de todas sus enamoradas escribió aquellas cartas anónimas —hizo un leve mohín de bochorno—. Incluso distorsioné mi escritura.

—Tonterías —gruñí—. Los expertos pueden detectar la escritura distorsionada.

Torció la boca en un rictus de tristeza.

—Eso pensé, pero ya era demasiado tarde. Por eso entré en tu apartamento esta noche.

—¿Porque creías que Norine Norris me había pasado a mí las notas para que las investigara?

—Sí —titubeó—, Garry me dijo que había oído que

Norine iba a contratar tus servicios. Naturalmente eso me hizo entrar en pánico. ¿Qué ocurriría si lograbas relacionar las amenazas conmigo? Se acabaría mi carrera en el cine. Incluso podrían arrestarme y... y enviarme a prisión por amenazas por correo.

—El robo también puede enviarte a la trena, cielo.

—Pero... pero ya te he explicado por qué yo...

—Seguro que sí —la seguí fustigando para que aprendiera la lección—. La pega es que la palomita North no ha contratado mis servicios y yo no tengo las cartas. Eso significa que no tienes ningún motivo para revolver mi apartamento. Si cumpliera la ley debería fletarte a la Bastilla y permitir que los polis te pusieran en salmuera el tiempo suficiente para que aprendieras a controlar tus bajos impulsos.

A mis espaldas resonó una voz de barítono que interrumpió nuestra conversación.

—No, Sherlock, no le harás nada de eso a Barbara. No lo permitiré.

Se me escapó el aire de los pulmones.

—¿Qué demonios? —me volví como un derviche en pleno giro—. ¡Garry North!

—¡Garry, querido! —chilló la pelirroja Banning. Mi segundo visitante no invitado entró en el dormitorio con una expresión decidida en su atractiva y morena jeta. Era un hombre de porte atlético, lo suficientemente alto para sobrepasar mí más de metro ochenta y mis ochenta y siete kilos de peso por varios kilos de músculo. Además de esta discutible ventaja, me apuntaba con un cañón... un enorme Colt automático más apestoso que el desagradable culo de una mofeta.

—Veamos —dijo con retintín.

Miré con los ojos como platos la pistola y sentí que las tripas comenzaban a hervirme con ira justiciera.

—¡Eh! ¿Qué es esto? ¿La estación de Grand Central o qué? Para ser una choza particular hay demasiado tráfico público, o eso me parece.

—No te pongas histérico —apostilló North—, La puerta de entrada estaba abierta y entré. Y ahora, dime, ¿qué es eso de meter a Barbara en la cárcel?

La preciosa Banning dio un paso vacilante hacia él.

—El señor Turner sólo bro... bromeaba, cariño. No lo decía en serio.

—Quizás no lo dije en serio antes —apostillé con acritud—, pero estoy empezando a cambiar de idea. No me gusta que nadie me apunte con una pistola. Soy alérgico a las armas de fuego.

El cowboy norteno me lanzó una mueca sardónica.

—Apártate, pies planos. Voy a sacar a Barbara de aquí —la agarró del brazo—. Vámonos, querida.

A continuación, mientras se dirigían hacia el salón, preguntó a la chica:

—¿Conseguiste las cartas?

—No... no.

—¿Por qué no? —dijo parándose en seco.

—Porque —pestañeó en mi dirección— él dice que no las tiene. Dice que Norine no lo contrató para investigarlas.

—Pero... pero...

—Venga, daos el piro —les dije—. Ya has oído a la pelirroja. No tengo las cartas y tu esposa no ha estado aquí. ¿Quieres que lo jure delante de un notario?

North bajó la pistola vacilante.

—Qué desastre. ¡Quizás Norine acudió a otro detective privado! Si es así, estamos... estamos...

—Sí —sonreí—. Estáis acabados. Perdonadme si no consigo derramar unas cuantas lágrimas en muestra de apoyo.

Con un susurro aterrizado, el actor comenzó a lamentarse a los cielos porque, efectivamente, él y Barbara Banning estaban metidos en un lío muy feo, sobre todo porque fue él quien sugirió a Barbara que enviase las amenazas de muerte a su esposa.

—Si Norine logra rastrearnos por las cartas, ¡estamos hundidos! —farfulló desconsolado. Luego agarró el pomo de lo que pensó era la puerta de entrada de mi choza. Pero en realidad se trataba de la puerta del armario del salón. Comencé a advertirle, pero se me atravesaron las palabras en el

gaznate... porque en ese mismo instante abrió la puerta del armario de un rápido tirón.

Y fue entonces cuando el cadáver de una mujer cayó hacia delante. Era el cuerpo de la esposa de Garry North: una bella morena de generosa delantera, totalmente cadáver.

La dama difunta cayó inerte del armario y se desplomó aparatosamente sobre los brazos de North, al cual no pareció gustarle mucho nada de lo que estaba ocurriendo. De hecho, se había quedado totalmente paralizado. Su rostro se puso del color de la leche cortada, los labios le colgaban entreabiertos y los ojos parecían canicas inyectadas de sangre.

—¡D... d... di... i... iooss...! —bramó North.

La monada pelirroja gritó.

Ese grito me sacó de golpe de mi propio estado de aturdimiento. Me catapulté atravesando el cuarto de una zancada y propiné a North un potente empujón. Este se desequilibró hacia un lado y su esposa muerta cayó hacia el otro. La muerta aterrizó sobre la alfombra con un desagradable golpe sordo, rebotó dos veces como una muñeca de plástico de tamaño real, y rodó espeluznantemente quedando boca arriba; sonreía al techo con una terrible mueca que me perseguiría durante los siguientes once años de mi vida. Detecté un agujero redondo azulado en medio de la frente, y dos finos hilillos de pulpa rojiza habían resbalado por su rostro, dividiéndolo en dos por la nupia y ramificándose hacia las comisuras de los labios inertes. No hacía falta echar más que un vistazo para darse cuenta de que estaba más muerta que los bonos de guerra confederados.

Sin embargo, no se la habían cargado hacía mucho tiempo. El grado de flacidez de su cuerpo así lo indicaba; y además de la ausencia de rigor mortis se podía observar que la sangre aún no había tenido tiempo de oxidarse y ponerse de color marrón oscuro. Todo lo cual me aportó una imagen bastante exacta de cuándo y cómo había tenido lugar el asesinato.

Me volví hacia Garry North, que aún se tambaleaba desequilibrado por el empujón que le había propinado.

Todavía sujetaba el Colt, pero parecía haberse olvidado por completo del arma. Salté sobre él, le arrebaté el revólver y lo empuñé.

—¿Qué... qué...? —farfulló estúpidamente.

—Quieto ahí, colega—luego me dirigí al bollito pelirrojo—. De acuerdo, hermana. Estás detenida por asesinato.

Todo rastro de color desapareció de su tez, que quedó totalmente pálida bajo el maquillaje. Sus torneadas piernas temblaron.

—¿Yo...?—dijo con voz tensa— ¿Asesinato...?

—Sí —carraspeé—. Liquidaste a Norine North. Está más claro que un grano en un hoyuelo. Le metiste una bala en toda la trompa, y el estado soberano de California te gaseará por ello.

—¡No... No... Eso no es cierto!—gimió la chica—. ¡Ni siquiera sabía que estaba aquí! Tú... Tú mismo me dijiste que ella no había estado aquí... Y yo... Yo te creí...

—Déjalo. Ahorra tus explicaciones para el jurado.

—Pero te estoy diciendo...

—Mira —dije—, así es como probablemente ocurrió. Le enviaste algunas amenazas por correo y luego te enteraste de que iba a venir a consultarme esta noche. Así que me sacaste de mi iglú mediante una nota falsa y cincuenta pavos frescos; luego viniste aquí, forzaste la entrada y saltaste sobre Norine en cuanto llegó.

—¡No! ¡Eso es mentira!

—Tú —ignoré la interrupción— le volaste los sesos y la metiste en este armario. Luego, justo en el instante en el que ibas a marcharte, me oíste llegar a casa antes de lo previsto. La única cosa que podías hacer era enfrentarte a mí y hacerme tragar un montón de basura acerca de no sé qué cartas de amenaza.

—Por favor, Turner...

—Creíste que picaría el anzuelo y que sentiría tanta lástima por ti que te permitiría irte de rositas. Eso te eximiría de culpa, incluso cuando finalmente yo descubriera el cadáver. Y para entonces yo no tendría ninguna forma de probar que estuviste aquí. Sería mi palabra contra la tuya, y probablemente ya tenías planeada una coartada para que la bofia pensara que era yo el que mentía.

—¡No es cierto! ¡Te equivocas! —gimoteó ella.

—Planeaste todo —dije— para que yo acabara hundido en el barro. Después de todo, yo sería el panoli con un cadáver en las manos. Y me iba a costar Dios y ayuda explicarlo.

—Garry, querido... —dijo volviéndose a North—, ¡dile que deje de hablarme así! ¡Haz que pare de acusarme...!

—No hasta que me expliques una cosa, Barbara —dijo el guapo vaquero con voz temblorosa.

—¿Decirte... qué?

—La verdad. ¿Mataste a Norine?

—¡Garry!—su voz sonó desgarrada—. ¿Cómo puedes preguntarme una cosa así?

—Tengo que saberlo, Barbara.

Ella hizo un gesto de súplica en su dirección.

—No. Yo no la ma... maté. ¡Juro que no lo hice! ¡No sé nada de todo esto!

—Eso es todo lo que quería oír, querida —dijo él. Luego se lanzó al suelo antes de que me diera tiempo a adivinarle las intenciones; rodó como un barril colina abajo. Me golpeó con todo su peso en la parte posterior de las rodillas y mis piernas cedieron. Caí y me quedé hecho un ovillo desmadejado, aullando maldiciones al máximo volumen de mis amígdalas.

North se acercó directamente a mí, me sopesó con la mirada y me lanzó un mazazo noqueante con los nudillos en toda la línea de proa. El golpe me cortocircuitó y fui engullido por las negras fauces de la inconsciencia.

Cuando me desperté una extraña voz de hombre sonaba junto a mi teléfono. La voz ni siquiera me resultaba familiar, pero me pareció reconocer las palabras. Amortiguadas por la distancia, sonaban a frases y expresiones que yo mismo había usado en el pasado.

—Hola, ¿central de policía? Quiero hablar con el teniente Donaldson de la brigada de homicidios. Sí, esperaré, pero dese prisa. Necesito denunciar un fiambre.

Hubo una pausa corta mientras yo intentaba con gran esfuerzo abrir los ojos. Tenía un dolor de cabeza como el de toda una manada de elefantes y sentía mi maltratado cuerpo como el perdedor en una pugna contra un martillo pilón; pero, a pesar de los desperfectos, mi tanqueta mental parecía estar en funcionamiento. Me pregunté quién diablos estaba llamando a mi amigo Dave Donaldson y empleando el diálogo del cual poseía yo los derechos de autor. Aparentemente había un plagiador en el edificio.

El aullido atronador de Dave se oyó al otro lado de la línea.

—Bueno, ¿quién es el que anda balando al teléfono y sobre qué asunto?

Estas palabras hicieron que pegara un respingo monumental, porque me sonaron muy cerca; prácticamente en el oído. Me sobresalté más incluso

cuando la voz lejana del extraño respondió:

—Dan Turner berreando al aparato. Mueve tu trasero hasta mi nido ipso facto. Y trae un canasto para transportar carne, ¡estoy en compañía de un fiambre: una estrella de cine llamada Norine North, que recientemente se ha reunido con sus antepasados a causa de una bala en la azotea!

Abrí rápidamente los ojos y de repente me di cuenta de que era yo el que hablaba. Estaba de pie en el salón, con un pitillo en una zarpa y el teléfono en la otra. El bombón moreno, la tal North, estaba aún tumbada a mis pies, en la misma posición que la había visto por última vez, e igual de muerta.

Los únicos ausentes eran Garry North y Barbara Banning, que obviamente habían escapado tras dejarme inconsciente.

—¡Será posible, maldita sea! —dije—. ¡Entonces soy yo el que está hablando!

—¿Qué dices? —rugió Donaldson— Eh, ¿estás mamado?

—No, sólo ligeramente mareado. Pero los hechos siguen siendo los que te he contado. Estoy metido en un lío de asesinato. Si eres tan amable, mueve tu enorme mole hasta aquí según lo solicitado.

Después colgué antes de que pudiera bombardearme con preguntas inútiles.

Lo que realmente necesitaba era un trago; uno bien grande. Me arrastré hasta mi pequeña licorera, abrí un quinto de medicina de las Tierras Altas escocesas, arrimé la botella a mis labios y dejé que fluyera una generosa cantidad del líquido por el tracto alimenticio. En el mismo instante en que el whisky tocó fondo comencé a sentirme mejor. Me sentó tan bien que repetí el tratamiento. El dolor de cabeza se esfumó y me senté en un sillón.

Me quedé profundamente dormido, pero con los ojos abiertos como platos.

Lo siguiente que supe es que mi choza estaba abarrotada de héroes de la central y el mismísimo Dave Donaldson me abofeteaba la cara con la palma abierta, pías, pías, pías.

—¡Venga, despierta, torpedo! —gruñó—. Vuelve a la vida y comienza a silbar.

Fijé la mirada perdida en él.

—¿Qué tengo que silbar? Dime qué melodía quieres.

—¡Ya sabes lo que quiero! —voceó—. Dime por qué dejaste fiambre a la tal North —volvió a golpearme en las fauces—. Venga, suéltalo.

Ese golpe final en todos los morros disipó los últimos gramos de apatía que me quedaban. Volví a la vida, salté de la silla y agarré en un puño la pechera de la camisa de Donaldson.

—Como vuelvas a darme un puñetazo, esparciré todos tus huesos desde Pasadena a Manhattan Beach —le advertí—. Ya me han apaleado lo suficiente para una sola noche y no me apetece iniciar todo el proceso de nuevo. No me gusta.

—No me importa si te gusta o no. Cuando hago preguntas espero respuestas —se apartó resentido—. Especialmente de un sospechoso de asesinato.

Adopté su mismo gesto frío.

—Que una gata incube sus crías en un horno no las convierte en galletas. Y el mero hecho de que haya una maciza muerta en mi chabola no prueba que yo la dejara tiesa. De hecho, no prueba nada en absoluto... excepto que quizás yo podría señalarte quién es el culpable, si quisiera.

A continuación saqué un pitillo del bolsillo, lo prendí y le soplé el humo a la cara.

—Y no estoy seguro de querer hacerlo.

—Eh, espera un segundo...

—Vaya —hice un ampuloso gesto despectivo—. Se ve que la cosa cambia. De repente te has dado cuenta de que podría ayudarte a resolver este enigma y ahora quieres que seamos colegas. Que te den, amigo.

—No seas así, sabueso. Después de todo, si tú sabes quién disparó a esta preciosidad...

—No he dicho que sepa quién le disparó.

—Pero diste a entender que podrías señalar al culpable. Es tu deber como ciudadano hacerlo. Además, eres un detective con licencia. Eso es lo mismo que decir que eres, en cierta manera, un madero. Ningún policía tiene derecho a ocultar pruebas.

Le sonreí con satisfacción.

—¿Pero no me acabas de decir que soy sospechoso? ¿No dejaste caer que estaba detenido?

—Sí, bueno.

—Pues si estoy detenido, mi licencia está automáticamente suspendida. Por lo tanto no soy un poli privado. Y por lo tanto puedo mantener la boca cerrada si me apetece.

Pareció darse por vencido.

—De acuerdo, maldita sea, mis disculpas. Retiro todo lo dicho. No estás detenido y siento haberte abofeteado en la jeta. Venga, entonces, ¿quién demonios se cargó a Norine North?

—Una palomita —dije.

—¿Una palomita?

—Una estrella de cine.

—¿Qué estrella, por los clavos de Cristo?

—Una de las primeras figuras de la productora en la que trabaja la chica de North, los estudios Altamount.

Donald aulló una maldición lastimera.

—¿Quieres dejar de marear la perdiz? ¡Dame su nombre!

—Barbara Banning —dije.

—¿Uh? ¿Te refieres a esa elegante modelazo de cabello rojo? ¿La monada con curvas? ¿La muñeca que hizo de protagonista en...?

—Da igual la lista de películas en las que ha aparecido. Sí, Barbara Banning, el bollito con curvas y pelo technicolor.

Luego le hice un resumen de lo que había ocurrido; comencé por el mensaje falso con el anzuelo de cincuenta dólares que hizo que saliera de mi choza. Le expliqué cómo pillé a la monada registrando mi madriguera; cómo Garry North entró en escena un poco más tarde; cómo Garry descubrió el cadáver de su esposa en el armario y, finalmente, con pesar reconocí que después me derrotó por goleada.

Donaldson estaba totalmente atacado y hecho un manojo de tics nerviosos cuando pronuncié la última línea.

—¿Y luego North puso pies en polvorosa junto a la señorita Banning tras dejarte inconsciente?

—Supuestamente —torcí la boca con gesto desabrido—. Estaba demasiado inconsciente para averiguarlo.

—Bueno, por todos los demonios... ¡vámonos! —aulló Dave.

—¿Vámonos adonde? —le miré y pestañee.

—¡A atraparla, por supuesto! Quiero que estés conmigo cuando la acuse de asesinato. Necesitaré tu testimonio para que prospere la acusación. Si no es mucha molestia—añadió con sarcasmo.

—¿Y dónde piensas encontrar a la chica? —dije.

—Podemos probar suerte en su casa primero.

—Perderás la apuesta —le dije—. Tengo la impresión de que la chica intentará mantenerse alejada de sus lugares habituales hasta que averigüe

hacia dónde sopla el viento. Probablemente sea consciente de que la policía anda tras ella. Supongo que se esconderá en algún lugar, dependiendo de lo que suceda. Quizás espera que yo sea su cabeza de turco... si es así, no creo que quiera aparecer en público hasta que los periódicos anuncien mi arresto por el asesinato.

Dave reconoció que tenía sentido lo que decía.

Luego se le iluminó el rostro.

—¿Por qué no probamos con Garry North? Lo más probable es que se la haya llevado a algún escondite... y él no tiene ningún motivo por el que ocultarse. Lo único que hará será negar que tiene algo que ver con el asunto.

—¿Y piensas que podrás hacer que deje de negarlo? —le pregunté.

—No me sorprendería —Dave sacó una porra del bolsillo—. Es increíble la cantidad de discusiones que he ganado con tan sólo dos o tres toques de esta herramienta. Vamos. El remilgado North está a punto de sufrir un leve masaje craneal.

Sin embargo, Donaldson se equivocaba. Al menos se equivocaba si esperaba encontrar a Garry North en su casa. Nos dirigimos en el sedán oficial de Dave hasta el lujoso apartamento que el ex cowboy había hecho decorar fastuosamente; allí un mayordomo británico con el rostro como una lápida de mármol nos informó que su señor no había regresado.

—Estoy seguro de no poder informarles del lugar donde se encuentra —añadió con refinado acento.

—¿Quiere decir que no va a decírnoslo? —gruñó Dave.

El mayordomo emitió unos ruidillos nasales.

—No tengo intención de discutir más sobre este asunto, señor.

Retrocedió con gesto de desdén al interior del apartamento y se dispuso a cerrar la puerta.

Nunca deben gastarse este tipo de bromas a un policía. Dave se erizó, echó chispas como un fusible encendido y se lanzó contra la puerta con la irresistible fuerza de un alud alpino; se estrelló con tal ímpetu que dejó al arrogante lacayo tambaleándose. Un segundo más tarde estábamos dentro.

—¡Pero qué significa...! —protestó el mayordomo. Dave lo miró con ojos calculadores.

—¿Qué está diciendo?

—¡Salgan de aquí inmediatamente o llamaré a la policía!

—No tendrá que gritar mucho para llamarles —tronó la voz de Dave—. Yo soy policía —dio la vuelta a su solapa y le mostró la placa. Luego formó una pinza con sus dedos y el pulgar y apretó el gaznate del tipo—. Un comentario más de ese tipo y exprimire licor de la nuez de su garganta.

—¡Glug!—jadeó el mayordomo al mismo tiempo que manoteaba en el aire con ambas manos—. Pog Diogggs, ¡me egstá ahogandog! ¡Bagsta ya!

—¿Se va a portar bien?

—Glug... ¡glaro!

—¿Nos contará lo que queremos saber?

—¡Sig meg dejag! ¡Aug!

Dave relajó la presión.

—De acuerdo. Esto no ha sido más que una pequeña muestra, tengo algunas más en la recámara. Ahora, veamos, ¿dónde podemos encontrar a su jefe?

—Ya se lo dije, señor. No lo sé.

—¿Podría intentar adivinarlo? —pregunté uniéndome a la fiesta. El lacayo parecía estar dolorido.

—Puede que esté con su prometida, señor. Pasa todo su tiempo libre con ella.

—Pues menuda ayuda —dije decepcionado, y se lo hice notar—. Ya sabemos que está con Barbara Banning. La cuestión es adonde podría haberla llevado.

—¿Barbara Banning, señor? Me temo que ha habido un malentendido. Su prometida no es la señorita Banning. Ya no. Es una joven dama llamada Susan Sullivan, señor.

Tuve un presentimiento repentino.

—¿Susan Sullivan? ¿Quién demonios es?

—Le acabo de informar, señor. Es la persona con la que el señor North tiene intención de casarse si su esposa le concede el divorcio —el tipo bajó la voz como si estuviera compartiendo un secreto—. Pero si quiere saber mi opinión, señor, no creo que eso ocurra jamás. Desde que dejó a la señora North y se mudó a este apartamento de soltero ha estado intentando convencerla de que le devuelva la libertad, pero ella se niega.

—Ya no podrá negarse nunca más —dije recordando cómo la habían dejado fiambre en mi propia choza—. Garry ahora puede casarse cuando quiera. Cuénteme más cosas sobre la palomita Sullivan.

El mayordomo frunció el ceño.

—¿Palomita, señor? Oh, sí, claro; jerga local, sin duda. Bueno, la señorita Sullivan es de origen irlandés, según tengo entendido.

—¿De verdad? Me deja de piedra —dijo Donaldson con sorna—. Venga, cante todo lo que sepa.

—Sí, señor. Muy bien, señor. Tan sólo trataba de describirle a la joven dama, señor. Es típicamente irlandesa: cabello muy oscuro, piel muy clara, elegante en cuanto a sus medidas y de temperamento caliente. En una ocasión la vi lanzar un jarrón...

—Por todos los santos, ¿le importaría saltarse el esbozo del personaje y darme su dirección?—aulló Dave—. ¿O voy a tener que sacársela a palos?

—Realmente eso no será necesario, señor. Ella vive en un apartamento de dos plantas en Yucca Street —mencionó además el número.

—Por fin obtenemos resultados. Vayamos a dar un paseo, Sherlock.

—Sí —dije, y le seguí hasta la salida del edificio.

Nos embutimos en su cafetera y nos dirigimos a Yucca como propulsados por succión mecánica.

—¿Así que piensas que encontraremos al tal North en la casa de Susan Sullivan? —pregunté finalmente.

—Es una posibilidad, claro que sí. Quizás se llevó a la muñequita Banning a algún escondite y luego se encerró con la chica irlandesa. Si es así, lo vamos a tener a nuestra merced.

—¿Por qué lo dices? —pregunté.

Tomó una curva sobre dos ruedas y una patilla; enderezó en un cruce.

—Mira, primero Barbara Banning afirma que va a casarse con él si pueden deshacerse de la esposa. Luego el mayordomo nos dice que su prometida es Susan Sullivan. En otras palabras, North parece haber prometido matrimonio a dos chicas diferentes.

—¿Y qué te dice todo eso? —le sonsaqué para averiguar qué estaba pensando. Las acrobacias mentales de Donaldson me interesaban porque la mayoría de las veces eran totalmente estrafularias.

—Me dice muchas cosas —gruñó—. Si está tonteando con dos palomitas distintas, seguramente no querrá que la una conozca la existencia de la otra, ¿voy bien?

—Probablemente —admití—. Continúa.

—Así pues, si logramos pillarle con la tal Sullivan —dijo—, le amenazaremos privadamente. Le advertiremos que tenemos la intención de informar a Susan Sullivan sobre la otra querida, Barbara Banning. Obviamente no le gustará la idea.

—Y por lo tanto se verá obligado a informarnos de dónde se esconde la Banning. A continuación la cazamos y caso cerrado—. Un plan perfecto —asentí—. Pero tiene un fallo.

—¿Qué fallo?

—Que quizás haya una perspectiva distinta —dije pensativo—, una explicación distinta.

—¿Como cuál...?

—Una de las cosas que más me hace sospechar de Barbara Banning por el asesinato es el hecho de que ella tenía un motivo válido. Al eliminar a la esposa de North de este mortal embrollo convertiría a North en un hombre libre para poder casarse de nuevo.

—Sí, claro.

—Y Barbara pensó que ella era la elegida para el casamiento —continué—. Pero ahora tenemos una segunda dama, Susan Sullivan, que también parece estar prometida al Romeo de North.

Dave derrapó en otra esquina, esquivando por los pelos un enorme camión de la basura; el conductor de este soltó un grito de angustia y acto seguido se estrelló contra una palmera, derramando una lluvia de cáscaras de pomelo y hortalizas por toda la acera.

—¿Y bien? —preguntó Dave.

—Acabas de oír la descripción que el mayordomo nos ha dado de la señorita Sullivan —dije peinándome el cabello con los dedos y sacándome de entre los mechones una patata pocha y dos cáscara de huevo—. Nos dijo que era irlandesa y de carácter fuerte... capaz incluso de lanzar un jarrón contra alguien.

—¡Ah, ya veo! ¡Empiezo a entender por dónde vas! Piensas que quizás fuese la tal Sullivan la que lo hizo. Tenía el mismo motivo que la otra... ¡Un enorme deseo de ser la nueva esposa de North!

—Podría ser —dije encogiéndome de hombros—, pero quizás no. Simplemente te estoy mostrando una explicación alternativa. Parece bastante obvio que North prometió matrimonio a dos mujeres distintas, siempre que pudiera librarse de Norine. Por lo tanto, una de esas chicas

podría haber intentado deshacerse del problema tomando el atajo del asesinato.

Los ojos bovinos de Dave me miraron con cierta irritación.

—¡Cada vez que me sale un caso de asesinato sencillo tienes que venir a meter las narices y complicarlo!

—se quejó—. Ahora tenemos a dos sospechosas principales en lugar de una. La hemos hecho buena.

—Podría haber más de dos —dije deliberadamente para agobiarle aún más—. El bollito Banning me dijo que había docenas de damas loquitas por el tal Garry. Por los datos que tenemos, podría haber prometido matrimonio a todo un regimiento, lo cual ampliaría tu campo de investigación a un número desconocido de fulanas.

—¡Ah, cállate!—farfulló Dave—. Me está entrando dolor de cabeza. Ahora ya no sé dónde me encuentro.

—Estás a media manzana de la casita de Susan Sullivan. Echa el ancla.

Hundió el pie en el freno hasta el fondo, las ruedas patinaron hasta detenerse totalmente y con tanta fuerza como para que le diera un ataque de nervios a la junta de racionamiento de neumáticos en pleno. Unos segundos más tarde ambos cruzábamos a trompicones una parcela de césped y nos acercábamos al domicilio de la tal Sullivan.

—¿Llamamos al timbre o entramos sin más? —susurró Dave cuando llegamos al porche.

Señalé hacia un Cadillac descapotable azul en el camino de entrada.

—Ahí está tu respuesta.

—¿Y cuál es? No soy muy bueno con los acertijos.

—A menos que esté totalmente equivocado, ese tiene que ser el cacharro de North. Le he visto conduciéndolo por la ciudad en muchas ocasiones. Lo cual indica que se encuentra dentro del edificio.

—Entonces yo tenía razón —se vanaglorió Dave—. Tuve el presentimiento de que lo encontraríamos aquí.

—Sí. Entonces entramos sin llamar.

Saqué mi llavero con llaves maestras y busqué una que abriera el cerrojo. Se oyó un click y la puerta cedió. Cruzamos a toda prisa el umbral y atravesamos un pasillo que daba al salón iluminado. La luz nos reveló a Garry North en el ardiente acto de depositar un sensual beso en los labios de una chica que cooperaba con sumo entusiasmo. Era una mujer exquisita, diminuta y ardiente.

Sin embargo, el abrazo se deshizo rápidamente cuando Donaldson y yo entramos en escena. North explotó con un rugido de indignación y se alejó de un salto de la diminuta muñeca.

—¿Qué es todo esto...? —entonces me reconoció—. ¡Turner! ¡Usted...!

—En persona —dije—. Acompañado del largo brazo de la ley. Este enorme personaje aquí a mi lado es el teniente Donaldson del departamento de homicidios.

—Pero... ¿pero qué...?

Eché un vistazo a la elegante chica, que se atusaba el moño despeinado intentando recomponerlo.

—Supongo que usted es Susan Sullivan.

—Sí.

—Qué bien —dije—. Ahora que ya hemos hecho las presentaciones podemos ir al grano —me acerqué a North—, ¿Está listo para comenzar a cantar?

Su respuesta me desconcertó, me dejó con la boca abierta. Había esperado que adoptara una actitud inocente y exigiera saber de qué demonios hablaba. En cambio, dijo con voz cansada:

—Sí, estoy preparado para contestar cualquier pregunta que quieran hacer. Y... y siento haberle golpeado, Sherlock.

El asombro de Dave Donaldson era incluso mayor que el mío.

—¿Quiere decir que reconoce que estuvo en el apartamento de Turner? ¿Confiesa que lo noqueó y ayudó a escapar a la señorita Banning? —espetó al fornido guaperas.

—Sí —la voz de North sonó tranquila y serena—. Y si eso me hace culpable por obstruir el ejercicio de la justicia, ¡estoy listo para tomar mi medicina!

Se me escapó todo el viento de los pulmones a borbotones. Pero me recuperé rápido.

—Sólo puedes disculparte de una manera, amigo —dije—. Dinos dónde llevaste a la Banning.

—Muy bien —dijo—. Aunque detesto la idea de hacer de chivato, soy consciente de que no tengo alternativa. Barbara debe pagar por el asesinato de mi esposa.

—¿A qué se debe este repentino cambio de opinión? En mi apartamento me golpeó para ayudarla a escapar. ¿Por qué se muestra tan

obediente ahora?

—Porque lo he hablado con Susan, aquí —añadió North—, y ella está de acuerdo en que es lo correcto.

Donaldson pestañeó atónito.

—Ah, entonces la señorita Sullivan está al tanto de todo, ¿eh?

—Sí, así es —apostilló la elegante muñeca—. Garry me contó toda la historia. Estaba prometido a Barbara Banning, ya lo saben... hasta que me conoció. Entonces se enamoró de mí. Pero cometió el gran error de no anunciar a Barbara que su relación había acabado. Así que ella pensó que aún tenía posibilidades con él, y por eso asesinó a la esposa de Garry.

—Naturalmente —añadió North—, me quedé confundido y bastante enojado cuando fui consciente de lo que había hecho Barbara. Mi primer impulso fue ayudarla a escapar, por los viejos tiempos, ya me entiende. Ahora me arrepiento de ese impulso.

—Ummmm —farfulló Dave Donaldson—. Parece un tanto ansioso por echar a la señorita Banning a los lobos.

—No, simplemente quiero que se haga justicia.

—¿Está seguro de que no está intentando proteger a la señorita Sullivan?

North se puso tenso.

—¿Qué insinúa con ese comentario?

—Sabe perfectamente qué insinúo. Quizás fue la señorita Sullivan quien se cargó a su esposa.

La diminuta monada irlandesa dejó escapar una protesta iracunda.

—¿Cómo se atreve a decir tal cosa? —su genio explotó—. ¿Qué motivo podría tener yo para...?

—El mismo que podría haber tenido Barbara Banning —recogí la pelota de la conversación y corrí varias yardas escapando de la melé—. Para liberar a North y poder casarse con él.

—¡Retire eso inmediatamente! —aulló ella—. ¡Retírelo o... o le sacaré los ojos! —y se abalanzó sobre mí dirigiendo las uñas a mi rostro.

Con el puño laxo, le propiné un golpe suave en la cara. No quería poner mucho ímpetu, no deseaba fracturar sus bellas facciones. En ocasiones, sin embargo, no mido bien mis fuerzas. El golpe la noqueó y la dejó con las piernas temblando.

Se tambaleó y se derrumbó. Simultáneamente, Garry North se lanzó hacia mí con los puños cerrados.

—¡Maldito sea, le enseñaré a no pegar a la mujer que amo...! —vociferó el actor.

—Todo tuyo, detective —dijo Donaldson, y lanzó una pesada bota de talla 46 que golpeó a North mientras cruzaba la estancia. El galán perdió el equilibrio y aproveché para clavarle un puñetazo en la mandíbula; lo derribé como a una pila de fichas de póquer. Aterrizó sobre las curvas de Susan Sullivan y ambos rodaron por el suelo, intentando desenredarse.

Saqué el revólver y les apunté.

—De acuerdo, niños, se acabó la fiesta —anuncié—. Levantaos y portaos bien. Vamos a ir todos a dar una vuelta y recoger a la Banning. Luego decidiremos cuál de los dos amorcitos dejó tiesa a Norine.

Dave se sentó al volante de su buga e hizo de chófer. Yo me introduje en el asiento de atrás con North y la irlandesita; les hice notar el arma que sostenía en la mano.

—Danos la dirección, Garry, viejo amigo, venga colega. Escupe dónde está escondida Barbara.

—No tiene que apuntarme con un arma para eso —protestó—. Ya les he dicho que estoy dispuesto a entregársela.

A continuación soltó una cascada de instrucciones a Donaldson y giramos a la izquierda alejándonos de Yucca y en dirección a Cahuenga; aceleramos por la nueva autopista y atravesamos Cahuenga Pass hacia San Fernando Valley.

Finalmente paramos justo delante de un desvencijado motel de carretera, las cabañas individuales estaban situadas en un recinto en forma de U con el extremo abierto hacia la calle. Eran cabinas más que cabañas... madrigueras destartaladas de estuco emplastado en alambre y vigas. Parte del estuco se había pelado en las fachadas, dejando al descubierto la chapucera estructura de madera. Garry North señaló.

—Ese es el lugar.

—¿Qué cabaña?

—Por la parte de atrás, la de en medio. La dejé allí y me prometió que se quedaría hasta que volviera a saber de mí.

—Y tanto que va a saber de ti, oh sí.

Dave aparcó frente al patio y salimos todos en tropel del auto: Susan Sullivan, North, Donaldson y yo. Marchamos hacia la parte trasera de la casita en fila india.

—Me siento fatal por todo esto —susurró North.

—Si tú te sientes fatal —gruñí—, imagina cómo va a sentirse Barbara.

—Supongo que no debería sentir lástima por ella. Una asesina no merece tal compasión —murmuró.

—No hables así de ella, Garry —dijo la irlandesa—. Después de todo, lo hizo porque te amaba...

Donaldson fijó sus ojos en ella.

—Cállese. Usted misma tampoco es que esté totalmente fuera de sospecha, o al menos no por mucha distancia —a continuación llamó a la puerta de la cabina con un golpe fuerte e imperioso típico de la policía..

Desde el interior de la choza se oyó a Barbara Banning responder indecisa:

—¿Garry? ¿Eres tú? —hubo una pausa—. ¿Garry...?

Le di un codazo a North.

—Venga, estúpido. Respóndele.

—Sí, Barbara—alzó la voz—. Abre. Déjame entrar.

Sonó el cerrojo, la puerta se abrió hacia dentro y las bisagras chirriaron. Con aspecto más de ama de casa desaliñada que de una elegante y famosa estrella de cine pelirroja, Barbara Banning apareció en el umbral. Sus trenzas de puesta de sol estaban desechas y su vestido esmeralda parecía arrugado, como si hubiera dormido con él. Clavó sus ojos en North; luego nos observó al resto y dejó escapar un gemido tembloroso.

—¡Garry...!

—He traído a algunas personas conmigo —dijo incómodo.

Donaldson soltó una risotada.

—¿Cómo que personas, demonios? Ha traído a la autoridad.

Esto hizo que la Banning entrara en acción súbitamente. Giró sobre sus talones y corrió por la única estancia desvencijada de la cabina, hacia la salida trasera. Clavé un codo en las costillas de Dave, lo aparté a un lado y crucé la puerta a toda pastilla tras la pelirroja.

La atrapé.

Dave, North y Susan Sullivan ya estaban en el interior de la cabina cuando atrapé a la cautiva que se retorció, la giré y la obligué a mirarlos de frente.

—De acuerdo —ladré—, aclaremos todo este embrollo.

—Sí —exclamó Donaldson—, señorita Banning, queda detenida por el asesinato de Norine North.

Ella no le contestó directamente. Se quedó mirando a Garry y dijo con voz apagada:

—Así que me entregaste a la policía, ¡Judas!

—Pero Barbara, no... no pude evitarlo. Me obligaron a traerles aquí. Y yo... yo no puedo seguir encubriéndote si realmente asesinaste a mi... mi esposa...

—Yo no la asesiné. Ya te dije que no lo hice —a continuación se giró con expresión confundida a la muñequita Sullivan—. ¿Y tú quién eres? ¿De dónde has salido?

—Esta es Susan Sullivan —dije—, nuestra segunda sospechosa. Según hemos sabido, también está prometida a Garry.

Susan me interrumpió.

—Esta es la segunda vez que me acusa de estar implicada en el asesinato. Le llevaré a los tribunales y le demandaré...

—¿Prometida a Garry? —susurró Barbara.

La muchacha irlandesa asintió victoriosa.

—Sí.

—¿Es... es eso cierto, Garry? —la dama pelirroja volvió los ojos llorosos a North.

Él hizo un ademán tranquilizador.

—Bueno, sí, Barbara. Es decir, quiero decir... bueno, sí.

—Comprendo —dijo ella con un hilo de voz.

—Sí —gruñó Donaldson—, Te cargaste a su esposa por nada. No ha servido de nada.

Barbara sacudió la cabeza de lado a lado.

—No. Yo no me la cargué. Supongo que no importa ahora si me cree o no me cree, pero soy... soy inocente.

—Todos los asesinos dicen lo mismo, hermana —comentó Dave con sorna.

—Y también los tipos que en realidad no son culpables, colega—dije yo—. ¿Podría sugerir algo?

—Claro, adelante.

—Tienes tu equipo portátil en el coche. ¿Por qué no sometes a estas dos chicas a la prueba de parafina? Las manchas de nitrato procedentes del estallido de retroceso de la pistola se harán visibles si alguna de ellas disparó un arma en algún momento durante esta noche. No llevará mucho tiempo y podría ahorrarnos un montón de palabrería musical.

Donaldson se acarició la barba incipiente de las mejillas.

—Bueno, de acuerdo. Ve tú a por el equipo. Yo me quedo aquí en caso de que alguien intente darse el piro. Venga, date prisa.

Salí con pies ligeros de la choza; encontré lo que buscaba en el coche oficial de Dave. Cinco minutos más tarde Donaldson despegaba un molde de cera de la mano derecha de Barbara Banning, luego de la izquierda. Derramó en la cera unos productos químicos y no ocurrió nada.

—Debería salir un color morado —farfulló—. El test da negativo. Será mejor que lo pruebe de nuevo. Debo de haberme equivocado en el procedimiento.

—No —dije yo—, no cometiste ningún error. Si da negativo significa que Barbara no estuvo trasteando con una pipa esta noche.

La muñequita Banning sonrió amargamente, como si realmente ya no importase.

—Le dije que era inocente.

—Y tanto que sí, cielo —afirmé con delicadeza—. ¿Qué tal si le pasamos la prueba a la señorita Sullivan?

—¡Y un cuerno! —la diminuta chica chilló furiosa—. Como me toque, yo...

—Oh, venga —murmuré—. Estás quedando muy mal, pequeña. Si rechazas someterte a la prueba conseguirás que pensemos que hay algo que te asusta.

—No estoy asustada, pero no voy a permitir...

—Escucha —dije—, no pasará nada si realmente eres inocente. Mira, te lo probaré. Garry te lo mostrará —me volví hacia el elegante actor—. ¿No es así, amigo?

—No le entiendo —gruñó.

—Por supuesto que me entiende. Sólo le estoy pidiendo que se someta al test para probar a Susan que siempre da negativo... siempre que no se haya disparado ningún arma de fuego.

North se arrimó a la puerta.

—Déjame en paz, husmeabraguetas. ¿Por qué debería someterme al test? Nadie sospecha de mí.

—Ahí es donde te equivocas —dije—. Tú eres el que se cargó a su propia mujer... ¡Párale, Dave! ¡Va hacia allá!

Los siguientes diez segundos fueron un borrón en movimiento, un caos de sonido atronador. North sacó un Colt de su bolsillo e intentó disparar una

bala en el corazón de Donaldson. Pero fue excesivamente lento al desenfundar. La pistola del calibre 38 de Dave estornudó: ¡Ka-Chow!, ¡chow! con tono vengativo. Barbara Banning chilló con un grito agudo. Su — san Sullivan la interrumpió con un alarido de banshee. Y Gary North gimíó como una orea mientras se dirigía a la puerta. Aún gemía cuando cayó redondo. Ya no tenía el Colt en la mano. De hecho, ya no tenía dedos. Donaldson se los había volado... y había incrementado el daño insertando una dosis de metal en el muslo del galán. De ambas heridas manaban borbotones de ketchup.

—¡Le di! —dijo Dave pesaroso.

Asentí y me arrodillé sobre el desgraciado North, que se retorció.

—Todo este asunto ha sido un enrevesado plan urdido por ti —le dije—. Comenzó cuando Norine te negó el divorcio. El segundo capítulo fue Barbara Banning. Prometiste casarte con ella si conseguías liberarte de

Norine. Pero más tarde conociste a Susan Sullivan y te colaste por ella, hasta las trancas.

—¡Mi mano... mi pierna... oh, Dios...!

—Veamos, incluso si lograbas deshacerte de tu esposa, no ibas a poder casarte con Susan porque Barbara tenía prioridad sobre ti. En resumen, no serías libre a menos que desaparecieran de la escena tanto Norine como Barbara.

—Por favor —lloriqueó North—... hagan algo... me estoy desangrando...

—En breve —le prometí—. Pero antes déjame que acabe de hablar. No me queda mucho más que decir. Y es lo siguiente: tú persuadiste a Barbara para que enviase amenazas anónimas a Norine. Luego, en un retorcido doble juego, lograste convencer a Norine de que consultara conmigo aquellas notas amenazadoras. Cuando Norine accedió a ello le pasaste la información a Barbara. El resto fue sencillo. Una nota falsa con cincuenta pavos me sacó de mi madriguera. Tú forzaste la entrada y tendiste una emboscada a tu esposa cuando vino a verme. Tú le metiste una bala en su cerebro y colocaste su cadáver en mi armario, y saliste pitando. Un poco más tarde, Barbara también forzó la entrada a mi madriguera. Lo hizo porque tú le dijiste que lo hiciera. Ella pensaba que encontraría las cartas inculpativas. Naturalmente ella no sabía que el cadáver de tu esposa estaba en el armario. Y esa fue la trampa que le tendiste.

—Por... todos los santos...

—Todo fue según lo planeado. Pillé a Barbara escudriñando mi apartamento. Luego apareciste tú... y haciéndolo parecer un accidente, abriste a propósito la puerta del armario, revelando así el cadáver de Norine. Toda la escena fue planeada para endilgarle el asesinato a Barbara y que fuera enviada al ahumadero. Luego podrías casarte con Susan y todo sería maravilloso. Incluso te cubriste las espaldas ayudando a Barbara a escapar. A primera vista, ese hecho alejaba las sospechas de tu persona y las dirigía hacia ella con más fuerza. Pero cometiste un grave error. Cuando apareciste en mi casa y me dejaste seco. ¿Cómo podías saber que Barbara había forzado la entrada y había estado escudriñando mi casa a menos que fueras tú el que se lo sugirió? ¿Y por qué sugerirle a la pelirroja un embrollo tan ridículo? Cuanto más pensaba en ello, mayor era mi impresión de que tú estabas involucrado mucho más profundamente de lo que parecía. Así que decidí tenderte una trampa.

North intentaba parar las hemorragias.

—Por favor... hagan algo... no quiero... morir... así...

—El truco fue sencillo —acabé mi discurso ignorando sus quejidos—. Logré reuniros a ti, a Susan y a Barbara en un solo lugar. Luego se me ocurrió la idea de la prueba de parafina. Te llevé al punto en el que o bien accedías a someterte al test o bien te opondrías, lo cual era lo mismo que una confesión de culpabilidad. Reconozco que faroleé un poco.

—Consigan vendajes... rápido...

Inspeccioné el muslo. La bala de Dave tan sólo había producido una muesca superficial, un leve surco de seis milímetros de profundidad. Pero en lugar de tranquilizarle, dije:

—Mala suerte. Se ha cercenado la arteria femoral. No hay manera de salvarte a menos que te llevemos a toda pastilla al hospital.

—Entonces... llévenme fuera... al coche.

—No hasta que nos lo aclares todo.

—¡Dios, sí... lo confieso... todo! ¡Soy culpable...!

Me enderecé, encendí un pitillo e hice un gesto a Donaldson.

—Ya le has oído, bala rápida. A partir de ahora es todo tuyo.

A continuación eché una mirada a Susan Sullivan y Barbara Banning.

Ya no se miraban como rivales. Evidentemente se habían dado cuenta del tipo de rata que ambas habían amado; un completo capullo. Y estaban

abrazadas la una a la otra, llorando felices como sólo las mujeres saben hacer.

STARS DIED AT NIGHT
Speed Detective, octubre, 1944



FIN
DE LOS CASOS DE DAN TURNER DETECTIVE DE
HOLLYWOOD

notes

OceanofPDF.com

Notas a pie de página

¹ Para una aproximación al mundo de la Weird Menace, véase Los hombres topo quieren tus ojos, y otros relatos sangrientos de la Era Dorada del Pulp, Jesús Palacios (Ed.), Valdemar, Madrid, 2009. Esta antología incluye también un relato de Bellem: “Sangre para el vampiro muerto”.

² De hecho, en el Diccionario de la novela negra norteamericana - Javier (loma, Anagrama, Barcelona, 1986—, Bellem no merece entrada propia, y es citado sólo a través de la figura de Cleve F. Adams y despachado en estos poco halagüeños términos: «(Adams) Es uno de los autores que desviaron ideológicamente la primitiva tendencia del género hacia actitudes manifiestamente reaccionarias. En este sentido cabe situar su colaboración con otro escritor de similar postura, Robert Leslie Bellem (...), en la novela The Vice Czar Murders (1941), originariamente publicada bajo la firma conjunta de Franklin C. Charles».

³ Ver: www.thrillingdetective.com/tumer.html

⁴ Todo esto, como puede imaginar el lector, hace que la traducción de Bellem resulte particularmente complicada, y que sea de agradecer especialmente el esfuerzo hecho en esta edición por su traductora, Marta Lila Murillo, para conservar y mantener su estilo peculiar en un castellano lo más aproximado y respetuoso posible con el original.

⁵ Wampas: Western Association of Motion Picture Advertisers. Esta organización galardonaba a trece jóvenes actrices cada año, escogidas por ser las más prometedoras del panorama cinematográfico del momento. Fueron elegidas entre 1922 y 1934. A las elegidas se les daba una amplia cobertura publicitaria. (N. de la T.)